

La rata de los ojos
esmeralda.



Manuel de Ortega

La rata de los ojos esmeralda es su primera novela y primer volumen de la trilogía *Hambre, Sombra y Muerte*

Manuel de Ortega

La rata de los ojos esmeralda

Diseño de cubierta: Ayalant.

Letra <<El Canto de los Lanceros>>: Ángel Márquez.

A mi sobrina, gracias por hacerme mejor persona.

A mis padres, gracias por creer en mí.

A mi hermana E., gracias por tu ayuda.

PRÓLOGO

FIN.

El viento del norte soplaba como si fuese un suspiro de Dios, la nevada era tan intensa que dejaba visibilidad solo un par de metros a su alrededor, y el escalofrío inundaba cada músculo de su cuerpo. Cada centímetro de su piel estaba abrasado por el frío, apenas podía caminar, pero su misión era más importante que su propia existencia, la anciana que la había criado como a una hija y que le había enseñado tantas cosas se lo había encomendado.

Tras varias jornadas caminando por el desierto helado de Escarchia, en el norte de Betalia, creyó que había llegado al lugar, este estaba tan apartado que parecía haber quedado en el olvido, aún quedaban rastros de haber existido vida hacía ya muchas generaciones. Tal vez eligió este sitio por la lejanía, o porque sus fuerzas ya le habían abandonado debido al agotamiento. Pensaba que la vida le abandonaría en su próximo suspiro.

El viento parecía soplar cada vez más fuerte, el recuerdo de Karyma luchaba contra la fuerza de la naturaleza. La joven se acercó al precipicio y miró hacia abajo, después comenzó a levantar su mirada poco a poco, hasta ponerla dirección al vacío existente frente a ella, solo había oscuridad, frío y abismo. De pronto, abrió su capa de piel de oso pardo, y dejó ver una caja de madera con decoraciones doradas, y en cuya tapa se podía leer en un extraño idioma: *No hay mejor escondite que el olvido.*

Dio un paso al frente y extendió sus brazos, en cuyos extremos soportaba la caja de madera. Una ráfaga de viento helado le atravesó desde la espalda, como si fuera una orden divina, era ella, sabía que era ella, la mujer que la cuidó, a quien había dejado atrás. Cerró los ojos y dejó caer la caja al vacío. No se oyó el impacto contra el suelo, parecía que la caída no tenía fin, pues la hostilidad del paisaje y la oscuridad de la noche hacía parecer que Escarchia era el mismísimo fin del mundo.

Karyma sabía que había cumplido el propósito por el cual había viajado desde tan lejos, no le quedaba más que la redención de su existencia. Apoyó sus rodillas sobre la nieve frente al precipicio y miró al negro cielo, no se veía una sola estrella, todo estaba cubierto por un poderoso velo de aire nevado. Buscó en la noche a su madre, pidiéndole asilo.

—Ya está, todo ha terminado—dijo en voz baja y temblorosa sin apartar su vista del manto nocturno—madre, ven por mí, por favor, ven por mí.

De pronto el viento cesó, miró a su alrededor buscando la fuente de tal hecho milagroso. Oyó pasos en la nieve, procedían de su espalda, se dio la vuelta y contempló una silueta a unos cien metros. La espesa oscuridad de la noche no le dejaba ver con claridad, pudo observar una figura, extremadamente delgada, apoyada sobre una especie de cetro y vestida con harapos que bailaban al son de los pasos mientras se iba acercando a ella, únicamente podía apreciarse la luz que desprendía los ojos de aquella silueta, como los de una lechuza en la oscuridad.

Capítulo I. Aguas Pardas

Aguas Pardas siempre fue un pueblo de tradición pesquera, posee las mejores empresas de pesca gracias a sus avanzados barcos, lo que le permite a su vez ser los dominantes en el comercio marítimo. Es un pueblo costero del sur de la península, no destaca por su tamaño, siendo el más pequeño de la comarca, pero sus barcos y valientes marineros son conocidos en todo el reino. Hombres de otros tiempos colaboraron con los antiguos mandatarios a la expansión de los dominios actuales de la corona, expulsando de la península a los boleros, hasta formar el poderoso Reino de Betalia.

A la cabeza del mismo se encuentra el rey Aloys IV, de la dinastía Llágara, la cual llegó al trono después de que su padre y el antiguo señor de Monte Dorado derrocaran al líder de los boleros.

Betalia es un reino de tradición guerrera y comercial, sus productos manufacturados son conocidos en todo el continente, y sus relaciones comerciales llegan a puntos remotos de la geografía. Posee el ejército de tierra más especializado de cuantos reinos le rodean, tanto que cuando desemboca un conflicto en monarquías colindantes ambos bandos intentan pactar con Betalia una alianza contra el contrincante. Y es por ello que el rey posee gran popularidad entre el pueblo, gracias a los beneficios que obtiene el reino por ceder a su Tropa Inmortal. Así es como se conoce al ejército betalo en el resto del mundo.

La belleza de Aguas Pardas radica en su paisaje llano, verde, soleado y fértil. Se sitúa en el valle del Río Pardo, el cual suministra agua a todas las

poblaciones que en él se asientan. Posee un gran puerto, casi mayor que la propia población, donde se encuentran situados varios puestos de astilleros, almacenes comerciales y donde atracan sus rápidas e insumergibles flotas.

A pesar de aportar estas para el comercio nacional y poseer un puerto abierto al mar protagonista de los intercambios comerciales, Aguas Pardas está llena de carencias, su única fuente de ingresos proviene de la venta de la pesca local, puesto que las grandes empresas que en ella se asientan son de compañías pesqueras que pertenecen a familias procedentes de otras partes del reino, y cuyos dueños ostentan títulos nobiliarios de alta cuna. Poco pueden hacer pescadores locales frente a las grandes campañas de pesca de estas empresas, salvo tener la suerte de ser contratado por algunas de ellas a cambio de un salario indecente.

En el pueblo se habían asentado hacía ya años poderosas familias pertenecientes a casas nobiliarias, sobre todo una, los Fadique, quienes poseían la mayor parte de los barcos pesqueros. Se dedicaban a la gestión de estas grandes empresas. Otros, decidieron dedicarse al comercio marítimo, siendo esta una buena opción para hacerse rico gracias a la situación geográfica del lugar y al puerto al que se tenía acceso en aquel pequeño pueblo del sur.

El sesenta por ciento de la población se dedicaba a la mendicidad, muchos no tenían casa y acudían al chabolismo en la periferia del pueblo, otros robaban, bien para subsistir o bien como forma de auto emplearse. Las mujeres tenían un peor destino. Las viudas tenían que recurrir a la prostitución para poder criar a sus hijos, o incluso servir en alguna casa noble durante jornadas interminables a cambio de las sobras de la comida y un pequeño jornal. El resto de la población sobrevivía gracias a que poseía alguna pequeña barca y podían salir a faenar, o bien porque habían tenido la suerte de encontrar un

empleo en una empresa pesquera, pero aun así el esfuerzo de sus trabajos no les generaba beneficios suficientes como para sobrevivir.

Paseando por las calles de Aguas Pardas se puede observar la realidad de la humanidad, modelada por la avaricia del hombre: grandes casas de piedra en el centro de un poblado de cabañas de madera de alcornoque, personas vestidas con sedas traídas de tierras orientales paseando delante de harapos andantes o panzas rechonchas cruzándose con esqueletos vivientes. Una realidad multiplicada exponencialmente a lo largo de todo el reino, y aun siendo así, la muchedumbre se sentía orgullosa de ser betala gracias a su rey, ya que tanto él como su padre crearon una nación respetada en el resto del mundo. El sentimiento nacionalista evadía cualquier hambruna, epidemia o injusticia.

Capítulo II. Lección de Excentricidad.

El profesor señalaba con una vara de madera sobre un mapa cada uno de los reinos que compone el mundo y preguntaba al alumnado la capital de cada reino, el cual respondía sin titubeos en voz alta.

-¿Capital de Tierras Gemelas?

-Mellíz.

-¿Capital de Jua?

-Mwangal.

Los alumnos tenían aprendida bien la lección.

La planta de la clase no era muy amplia, apenas cabían una veintena de pupitres, los cuales estaban ocupados por jóvenes cuyos atuendos eran provistos de sedas originarias de oriente. Eran todos chicos, bien alimentados y vestidos. No hacía falta un aula de mayor dimensión, puesto que la educación era un bienpreciado al alcance de pocas familias.

Como cada día, el profesor observó desde su mesa aquellos ojos grandes y verdes que asomaban por la ventana durante horas, pero hoy tenía algo especial: un gorrión andaba apoyado sobre su cabeza. Aquella persona únicamente dejaba a la vista la parte superior de su rostro, el resto, estaba cubierto por una capucha marrón de tela de saco, aquella que se usa para guardar el pan. El profesor siempre que se percataba del alumno misterioso aumentaba su tono de voz para que esta pudiese atravesar las cortinas de caña que colgaban de la ventana, pero el pequeño oidor recóndito, en el momento en que se daba cuenta que era descubierto por el profesor, como siempre, huía.

En toda aula hay siempre un líder, y no precisamente el instructor. Malco pertenece a la familia de los Fadique, su tío es señor de Monte Dorado, una comarca del reino situado al norte de la Meseta, la cual se encuentra en el centro de la Península. Llegó con sus padres cuando era un bebé para que estos trabajasen en la empresa pesquera de su tío, pronto ganó fama por sus excentricidades y su ego. Con tan solo diez años su primera hazaña fue cortar el pulgar de un sintecho y llevarlo a clase para practicar anatomía, sobra decir que no fue una tarea encomendada por el profesor, pero a Malco los dibujos del cuerpo humano del instructor le parecían aburridos y poco prácticos. Obviamente no fue castigado por ello, no por ser menor de edad, sino por ser de sangre noble. En Betalia la justicia es otro privilegio que no todos pueden disfrutar.

El profesor vio huir al alumno curioso, volvió su rostro para el alumnado con la idea de continuar la clase de geografía, pero antes de que sus ojos llegasen a su destino notó un pequeño golpe en la parte izquierda de su cara. En ese momento vio como caía al suelo un cuenco de madera lleno de tinta, a continuación, pasó su mano por el lugar donde había recibido el golpe y se percató de que un río negro le caía por su rostro.

—¡Mirad, es un calamar, como los que pesca los empleados de mi padre!—dijo Malco en voz alta señalando al profesor.

Los alumnos de aquella pequeña clase comenzaron a reírse, a algunos incluso se les paralizaba la respiración de tanta carcajada.

—¿Quién ha sido? — preguntó el profesor con expresión seria.— ¿Malco, tienes algo que decir?—El alumno aludido se puso en pie disimulando la carcajada. Su rostro blanco y pecoso estaba bañado por lágrimas, producto del esfuerzo de su diafragma intentando contener la risa.—¿Crees que eres el gracioso de tus compañeros?, ¿Crees que tienes autoridad sobre mí o sobre alguno que se

encuentre en esta clase? – el profesor iba ciñendo las cejas a medida que iba sermoneando al alumno, el cual iba cambiando la expresión de su rostro, mutando de pletórico a frío.

– Creo que eres un muerto de hambre más de este puto pueblo, creo que, si no llega a ser por nuestro dinero, no podrías no solo ni pagarte una puta leprosa, sino ni tan siquiera llevarte un trozo de mugriento pan a la boca, creo que tienes que joderte y obedecer porque en esta puta clase, no perdón, en este puto reino no eres nadie. Sigue contando tus mierdas de historias para nosotros o me veré obligado a hacer que te despidan, o mejor, que te ejecuten, bajo la mirada de tu esposa mientras me la follo – contestó el alumno con aires de superioridad.

El resto de alumnos permanecían atónitos a la conversación, nadie soltaba palabra, pero sus ojos hablaban por sí solos, apoyando la contestación del compañero. El profesor estuvo unos segundos en silencio contemplando el grupo de miradas que le observaban, se dio la vuelta y se sentó en su silla.

– Bien, para mañana quiero que traigáis una relación de países con sus respectivos reyes– el profesor continuó con su clase como si nada hubiese pasado.

Capítulo III. Nodriza.

-Majestad, las arcas de la corona no consiguen recuperarse desde de la anterior guerra, los productos del reino no logran solventar los problemas económicos debido a que la materia prima sigue aumentando el precio—dijo uno de los consejeros reales que se encontraba sentado en el Salón del Consejo.

—Hemos estado analizando la situación, y hemos llegado a la conclusión que deberíamos cambiar de proveedores, el problema es que los más económicos están más lejos del reino, y por supuesto a más lejanía más costoso es el transporte de la mercancía—manifestó otro de los consejeros.

Betalia es un reino desértico, exceptuando el valle del Río Pardo y los prados de Cabeza de León, en el este de la península. Esto hace que el reino necesite comprar ciertos alimentos y materia prima fuera del reino, para poder fabricar sus productos manufacturados, lo que encarece el precio del mismo. La situación geográfica de Betalia permite al reino gozar de fortificaciones naturales, pero el precio que ha de pagar a cambio es una tierra inerte en la mayor parte del reino.

Entre los productos con los que comercia el país están prendas de algodón, tintes, o herramientas de metal y armas. Cabe decir que Betalia cuenta con algunas minas de hierro, pero no las suficientes para satisfacer la demanda exterior de sus productos férreos, aún así y debido a las guerras exteriores, las materias primas se encarecen anualmente, debido a la necesidad de los reinos de reconstruir o levantar de nuevo las ciudades caídas en las guerras.

-Necesito pensar— dijo el rey, el cual se encontraba en pie con sus brazos apoyados en la mesa y con su mirada fija a la misma.

–Majestad, opinamos que deberíais...- el rey interrumpió al consejero de forma brusca mandándole callar.

–Salid de la Cámara, he dicho que necesito pensar–manifestó el monarca con carácter.

Los consejeros recogieron los pergaminos que habían depositado sobre la mesa, y uno a uno fueron saliendo de aquella sala. El último, cuando cerró la puerta, lo hizo mirando de frente al monarca, quien le respondió con ojos de incertidumbre.

Aloys IV apenas estuvo unos minutos en soledad en la Cámara cuando entró la reina, la cual abrió el enorme portón de madera con decoraciones doradas que daban acceso a la sala, a la cual se accede desde una galería custodiada por dos soldados. Poco a poco se acercó a la mesa y colocó su mano derecha sobre la nuca del rey.

– Mi señor, no estéis mal, como siempre encontrareis la solución. Se os reconoce grandes méritos desde antes de que ostentases el peso de la corona, siempre has sabido gestionar los problemas con sabiduría y solventarlos con justicia y equidad. No me cabe duda que encontrareis las respuestas que buscáis– la voz de Mailen era dulce y calmada, como si fuera una dulce melodía capaz de calmar a la bestia más salvaje.

La reina siempre actuaba de forma sumisa y servicial. En ocasiones la relación del matrimonio se asemejaba más a la de un caprichoso niño y su madre, que a la de dos soberanos de un gran reino guerrero. El rey alzó su rostro, su mirada buscaba cobijo en los ojos de su esposa, tras oír el mensaje de esta su expresión se volvió calmada y sus ojos comenzaron a humedecerse.

–Os amo tanto, no sabría que hacer sin vos, ven, sentaos a mi lado, dame del amor más incondicional – respondió el monarca ante la mirada tierna de su

esposa.

En ese momento la reina se desabrochó los primeros botones del corsé, se sacó su protuberante pecho, era de tez clara, como la nieve virgen de las montañas del norte, poseía un pezón cuyo color recordaban a las fresas maduras y la suavidad de su piel era como la del lomo de un conejo. El rey acercó su barbuda cara a la aureola del pecho de su esposa, mordió el pezón con nerviosismo provocando que esta apretara sus dientes para poder soportar mejor el pequeño dolor que le estaba produciendo, y el rey comenzó a alimentarse del néctar femenino de su amada. La reina miraba fijamente a su bebé con frialdad.

Capítulo IV. Letras Heredadas

Como cada día, tras la jornada laboral, el profesor acudía a la posada para evadirse mentalmente de su trabajo. Le gustaba la docencia, pero no los alumnos que acudían a sus clases, donde él mismo no tenía autoridad alguna. Era la única posada de Aguas Pardas, lleva como nombre <<El Coño Áureo>>, sobra describir qué tipo de servicios ofrecen en aquel negocio a parte de servir el avinagrado vino autóctono u ofrecer estancias en sucias habitaciones.

El profesor proviene de una de las familias más humildes del pueblo, su padre había perdido la vida cuando formaba parte de las filas que lucharon junto al padre del rey en la expulsión de los boleros, hacía ya varias décadas. Su familia fue recompensada por uno de los nobles betalos gracias a los servicios prestados por el padre, un beneficio formado por novecientas monedas de oro, que aprovechó la esposa para enseñar matemáticas y literatura a su hijo, y una pequeña casa de piedra a las afueras de Aguas Pardas. Lute era la única persona del pueblo que sabía leer y escribir, por ello consiguió el puesto de profesor para los hijos de los nobles que vivían en la aldea. A pesar de que desempeñaba un oficio por encima del resto de sus vecinos, y que era hijo de un soldado que sirvió a la corona, su origen humilde y posición social le acompañaría toda la vida.

Lute salió con prisa del aula, estaba lloviendo. Encogió sus hombros y colocó su bolsa de tela sobre su cabeza para resguardarse. Se dirigió a la posada con paso rápido y firme, como el trote de un caballo orgulloso de su porte.

El acceso a la posada es provisto de unas escaleras con una docena de peldaños. El edificio estaba construido en altura para protegerse de las

crecidas del Río Pardo. Lute comenzó a subir los peldaños con prisa mirando a los mismos para evitar resbalarse, y de pronto se tropezó con alguien. Pudo intuir que la persona que obstaculizó su paso era bastante más baja que él, aunque bien es cierto que el profesor era conocido en el pueblo como El Tronco, debido a su gran altura.

– Disculpe– dijo Lute ciñendo las cejas protegiéndose de la lluvia que caía sobre su rostro.

En ese momento solo pudo ver unos ojos grandes y verdes, aquellos que cada mañana se nutría de conocimientos de forma clandestina en sus sesiones docentes, aquellos grandes ojos, que era lo único que dejaba ver la capucha. Miró al profesor, y salió corriendo perdiéndose entre las estrechas calles enfangadas. El profesor se quedó consternado, miró hacia la puerta de la posada, volvió a mirar hacia la dirección en la que se había ido el pequeño y de nuevo hacia la puerta. Finalmente se decidió a entrar.

Capítulo V. Monte Dorado

Monte Dorado se encuentra en la meseta norte de Betalia. Es una comarca minera que pertenece a la Casa Fadique. Su señor, Martín, es primo segundo del monarca, e hijo de quien luchó junto al padre de Aloys en la reconquista, por ello durante la repoblación de la península y como agradecimiento, el padre de Aloys dio a los Fadique aquellos territorios.

Durante las repoblaciones se llevaron a cabo el reparto de territorios conquistados entre las principales familias del reino. Algunos territorios están custodiados por señores, pero son de titularidad real, otros, sin embargo, fueron entregados en posesión a determinados nobles, como pago por los servicios prestados en la Guerra de la Conquista, como es el caso de Monte Dorado.

Martín Fadique es el mayor de los gemelos, antaño su padre envió a su hermano a Aguas Pardas para dirigir una empresa pesquera comercial.

Monte Dorado es la comarca más rica del reino gracias a que posee la única mina de oro del mismo. Sus ingresos provienen no solo de la mina, sino de sus grandes flotas comerciales, las cuales generan un gran beneficio, al igual que su industria pesquera.

El señor de Monte Dorado se encontraba en su lecho con dos prostitutas. Era adicto al sexo y sus filias no tenían límite. Sus orgías eran bien conocidas incluso más allá de las fronteras. Tenía fama de conquistador, de caballero, ninguna mujer se le resistía. Corría el rumor que ninguna dama del reino podía mantener la mirada dirigida hacia los ojos del señor más de cinco minutos sin

acabar de rodillas haciéndole una felación. Su éxito, tal vez se deba por la belleza de su rostro o porque el tamaño de su miembro era la comidilla de todas las jóvenes nobles del reino.

Entre sábanas empapadas de sudor y humedad vaginal, Martín besaba a una de las mozas, mientras la otra le hacía una felación. Agarró fuertemente la cara de la receptora de sus labios y le escupió en la boca, a continuación, le introdujo dos dedos en la misma hasta llegar a la garganta. La prostituta daba arcadas al tiempo que sollozaba. Eso le ponía a Martín, le ponía mucho, y hacía que se le ocurrieran otros juegos. En actitud peyorativa el señor dio una bofetada a la prostituta para que dejara de sollozar. Le había roto el labio, el cual comenzó a sangrar. La otra mujer paró de jugar con el miembro del señor y se alzó, miró a su compañera con temor, la cual lloraba en silencio. – ¿Acaso he dicho que pares perra?, continúa mamando o a ti te partiré los dientes. – dijo el señor en actitud déspota.

– Y tú, ¿qué eres?—preguntó Martín a la chica a la que le sangraba el labio.

– Una perra señor.

-¿El qué? dilo más fuerte.

-Una perra señor.

-¡Más fuerte!

La prostituta comenzó a llorar mientras respondía a Martín. En ese momento apartó de un manotazo a la mujer que le hacía la felación, sale de la cama y se dirige al sillón de terciopelo que se encontraba frente a la misma, junto a la chimenea. Ordenó a una de ellas que abriera la caja de plata que había sobre el escritorio, tras hacerlo la mujer se percató que la misma guardaba una daga. En ese momento las prostitutas comenzaron a sentir miedo, se miraban la una a la otra, fijamente, con desconcierto.

-Méteselo en el coño – le ordenó el señor.

Ambas comenzaron a llorar fuertemente, temblaban, no recordaban pasar tanto miedo jamás.

– ¡Méteselo en el coño!

La portadora de la daga se acercó a su compañera mientras la otra se recostaba en la cama y abría sus piernas. Ambas lloraban y a la de la daga le temblaban las manos. El señor observaba con los ojos bien abiertos, su miembro estaba tan erecto que sobresalía de sus piernas cruzadas. Comenzó a masturbarse.

– ¡Méteselo en el coño!–el tono de voz cada vez era mayor.

La mujer acercó la punta de la daga a la vagina de su compañera y cuando esta sintió el frío del metal en su sexo cerró fuertemente los ojos. En ese momento abrieron la puerta de la habitación y la escena se paró.

Entró uno de los hombres de confianza de Martín.

– Señor, una misiva real, el rey le cita en palacio–dijo acercándose a la silla en la que se encontraba sentado.

El noble ordenó a las prostitutas que se marcharan de la habitación, las cuales agarraron con prisas sus ropas y salieron de la misma. Martín extendió su mano para que su hombre de confianza le entregara la carta, la cual comenzó a leer acercándose a la luz que desprendía la chimenea, y tras leerla detenidamente mandó a su consejero que preparara el viaje hacia la residencia real.

Capítulo VI. Lazos de Ingratitud

La residencia real se encontraba en Ferralia, la capital del reino, una ciudad situada en el centro de la meseta, bien fortificada por el relieve.

El rey se encontraba en el salón principal del castillo cuando entró Martín.

-Majestad- saludó el señor entrando en la sala tras hacer reverencia con la cabeza.

-¡Primo! ¡qué alegría verte! ¡déjate de formalismos, somos familia!-exclamó el monarca.

Aloys siempre había tenido muy buena relación con sus familiares, sobre todo con aquellos que ayudaron a su padre a la expulsión de los boleros durante la reconquista, con los que además fue bastante generoso proveyéndoles de buenas tierras y rentas.

-He venido en cuanto recibí la misiva, no nos veíamos desde hacía meses. Y cuéntame, ¿Cuál es el motivo de tu citación primo?-dijo mientras se sentaba en el diván.

El monarca se levantó de su silla y se fue hacia la mesilla, agarró una jarra y comenzó a echarse agua en una copa.

-No voy a andar con rodeos, la corona necesita de vuestra ayuda, no pasa por su mejor momento, la sequía de Betalia provoca que tengamos que comprar suministros y materias primas en el exterior, productos tan caros que la manufacturación en el reino no sale rentable, pues la inflación de precios de nuestros productos ya no hace competencia con el resto de mercados- Aloys hizo una pausa para dar un trago de la copa mientras Martín le oía atentamente-

los dos zonas fértiles del reino no dan abasto para mantener al resto de población—volvió a dar un trago de la copa—Por otro lado las minas de hierro del reino se están agotando, están al límite. Y Betalia no posee una riqueza natural que permita al reino reinventarse.

Martín ya se olía por donde irían los tiros, aun así, se hizo el despistado.—Disculpad majestad, no tenía conocimiento de la situación, pero vos siempre habéis resuelto los problemas que han concernido a estas tierras, confío en que podáis solventar tales penurias.

—Veréis Martín, lo que necesito es oro. Sois el único señor de este reino que puede ofrecerme esa ayuda. Sé que aún os debo la mitad de lo que me prestasteis durante mi última salida del reino en socorro de Tierras Gemelas, pero esta vez se trata de nuestras tierras, de nuestro orgullo, de nuestro pueblo. No podemos permitir que corra la noticia por el continente de que Betalia está en crisis. Sabéis de sobra que la corona devolverá cada moneda.

El rey tenía una actitud sumisa, poco común en un mandatario de sus características, pero sabía que, aunque él fuese el monarca, la familia Fadique era muy poderosa económicamente, y de ellos dependía que la corona pudiese acabar con el problema económico de la misma o al menos poder modelar un nuevo futuro para el reino.

Martín se levantó del diván y se acercó al enorme ventanal de la sala, cuyas vistas daban a los jardines del castillo.

—Alteza, sin ánimos de ofenderos, en el pasado mi familia prestó una gran suma de oro a la corona, la cual aún no ha sido pagada. Ni tan siquiera me habéis ofrecido un aval, ni una sola garantía de pago. Aunque no me habéis dicho cantidad, por la envergadura del problema supongo que será una gran suma, lo que debilitaría mi casa. Sabéis que tengo una flota pesquera en el sur, la cual

no anda en su mejor momento, y tengo que inyectarle oro en esta época si no quiero perder los barcos. El consejo que os doy mi señor es que negociéis con los proveedores, que lleguéis a un acuerdo y que le recordéis viejas batallas en las que Betalia empuñó la espada junto a ellos. Pero no estoy en posesión de tanto oro en estos momentos.

Aloys sabía que el patriarca de la Casa Fadique estaba mintiendo. Posee la única mina de oro del reino, y su empresa pesquera estaba en pleno auge, hasta el punto que sabía que Martín había mandado fabricar trece embarcaciones más a los astilleros de aquellas tierras.

El rey se acercó a su primo, adoptó la misma postura que él, y perdió su mirada entre los cristales del enorme ventanal.

-Todo lo que tenéis se lo debes a la corona, todo lo que sois se lo debes a mi padre, y ahora no sois capaz de devolver el favor—dijo el rey en voz baja.

Martín volvió la cara hacia su primo, el cual se encontraba a solo unos centímetros de él, en el mismo ventanal.

-Cuando vuestro padre repartió las tierras y nos concedió Monte Dorado era una colina desértica, con un pequeño monte coronando el terreno. No se conocía la mina que después tuvimos la suerte de descubrir. Si vuestro padre hubiera sabido que ese monte contenía oro ¿nos la hubiese concedido? Monte Dorado es hoy día la comarca más fuerte gracias a mi trabajo. Los Fadique estamos donde debemos estar, como recompensa por nuestro esfuerzo. Mi padre luchó junto al vuestro en la guerra contra los boleros. Por ello nos concedió aquella colina, así que, por ley, por derecho propio y por justa recompensa, es mía.

Martín agarró su abrigo y se dirigió hacia la puerta, cuando la abrió tropezó con Mailen, la cual había oído toda la conversación desde detrás de ella. La

miró fijamente a los ojos y continuó caminando por el pasillo. La reina miró la puerta que daba acceso hacia donde se encontraba su esposo, pero decidió ir tras Martín, quien al llegar al segundo pasillo del palacio fue empujado por Mailen hacia una de las recámaras.

La reina acorraló a Martín contra la pared de la habitación y comenzó a besarle mientras se levantaba los faldones de su despampanante vestido rojo. El señor se colocó de rodillas, y comenzó a restregar su cara por el vello púbico de Mailen mientras apretaba fuertemente con una de sus manos un pecho de la reina. Jadeaban sin control, la monarca tiraba de los pelos del señor mientras este escupía sobre el sexo de la misma y volvía a introducir su lengua sobre la abertura. Nadie podía oír nada, la habitación donde se refugiaron no se frecuenta, es por ello que apenas se ventila, es la oscuridad la que invade tal estancia.

Capítulo VII. La Rata de los Ojos Verdes

Lute se encontraba sentado en una de las mesas del Coño Áureo, tomando su habitual vaso de vino. Miraba por la ventana con la mirada perdida, sin oír el gran barullo que se producía en la sala. Agarró la jarra para servirse un nuevo vaso, al terminar de hacerlo dirigió su mirada hacia las escaleras del salón que daban acceso al piso superior de la taberna. En ese momento vio una figura conocida bajando por ellas, mediana estatura, y ataviada con harapos de color marrón. Era él, su alumno misterioso.

Por su cabeza pasó multitud de pensamientos: ¿Cómo puede pagarse un mendigo la compañía de una mujer? A pesar de que nunca pudo ver más que aquellos enormes ojos verdes, el conjunto de su físico no anunciaba más que un joven adolescente, con lo cual no entendía cómo iba buscando los servicios de una prostituta.

El joven salió del local y se dirigió al mercado, el cual se encontraba junto al puerto. Estaba muy abarrotado de personas. Se detuvo en medio de una calle para contemplar el puesto de frutas que había a su derecha, miró hacia los lados y poco a poco se fue acercando. Aprovechando que el tendero atendía a una señora agarró una manzana y salió corriendo. El tendero se percató y comenzó a gritar para que atraparan al ladrón, pero el pequeño ratero era demasiado rápido y pudo escabullirse entre la multitud, la vida en la calle le había dado una gran experiencia y agilidad para desaparecer en momentos tensos.

Caminaba ya tranquilamente por un callejón mordiendo su manzana cuando al volver en una esquina se cruzó con Malco Fadique, y varios de sus compañeros de clase, los cuales se encontraban jugando con espadas de

madera.

-¡Mirad, es el muerto de hambre que cada mañana se pone en la ventana del colegio!

-Sí, este se ha creído que vamos a pagarle las clases— dijo uno de sus compañeros.

-¡Atrapémoslo!, vamos a darle nosotros la próxima lección—la idea de Malco gustó a sus compañeros.

Todos comenzaron a correr tras el pequeño ladrón, quien poseía mayor velocidad que la de sus seguidores. En un momento de la persecución, Malco dividió el grupo para intentar atraparlo por varios puntos, una buena decisión estratégica, pues conocía el callejero del pueblo, lo que le sirvió para arrinconar al pequeño en un callejón sin salida.

El joven de ojos verdes se posicionó de frente a sus perseguidores, jadeaba fuertemente producto del cansancio, miraba hacia todos lados buscando una vía de escape, pero no hallaba ninguna. El líder del grupo se fue acercando a la presa poco a poco, dando pequeños pasos, sonriente y mirando al joven fijamente.

-Vamos a ver si las lecciones del profesor te han servido para algo, ¿alguna vez tendrías que pasar tú también por un examen no?— Malco desenvainó su espada de madera mientras continuaba hablando.

-Voy a hacerte unas preguntas, si las contestas satisfactoriamente te dejaré marchar, pero si no, te apalearé en cada fallo que cometas, y si al final la calificación de la prueba es suspensa, introduciré mi espada por el agujero de tu pequeño y apretado culo.

Los amigos de Martín comenzaron a mirarse unos a otros, para ellos se trataba

de un juego, de humillar a un niño de la calle, pero entendían que Martín llevaba el juego a los extremos, y aunque el mismo no había comenzado sabían que las normas del joven noble se llevarían a cabo ya que conocían de sobra a su compañero de clase.

La pequeña seguía mirando a su alrededor buscando una forma de escapar, pero no la hallaba.

-Pregunta número uno, ¿Quién manda en este pueblo?– Había comenzado el examen.

El pequeño miraba a los ojos de su captor, pero no decía palabra alguna. En ese momento sintió un fuerte dolor en su cabeza producto de la estocada que le había dado Martín con su espada de madera.

- ¡Yo mando en este pueblo! Siguiendo pregunta– los aires de grandeza que desprendía la voz del joven noble parecían emanar de una entidad divina.

En ese momento uno de sus compañeros le pidió que parase, que el juego ya no le estaba gustando, a lo que Malco le respondió con un golpe de su espada en el costado.

-Cállate. Sentaos y mirad, como vea alguno de vuestros ojos cerrados será vuestro culo el que reciba mi espada–dijo con nerviosismo el pequeño noble, el mismo nerviosismo de cuando una persona está llegando al final de un acto sexual.

Malco se solía poner nervioso con facilidad, no soportaba que le llevaran la contraria o le diesen órdenes. Narcisista y egocéntrico, así era él, realmente creía que el pueblo le pertenecía y sus ciudadanos no eran más que simples perros callejeros.

-Tienes razón, este juego me aburre, necesita más acción–dijo mientras cogía

un cristal afilado de considerable tamaño acabado en punta que había visto nada en el suelo nada más atrapar al joven.

Sus compañeros acataban su orden, pero algunos comenzaron a medio cerrar los ojos para no ver la escena que se iba a producir.

-Segunda pregunta, ¿Quién tiene la polla más grande de este reino?—el ego de Malco se engrandecía por momentos.

Antes de que pudiese contestar, el joven noble le cortó la cara con el cristal, provocándole una herida tan profunda que el propio gesto de dolor hacía descubrir los tendones faciales del pequeño ladrón.

-Me gustan tus ojos, no son un verde común. Quiero uno, ¿me lo regalas?, no, mejor me lo gano—dijo Malco agachándose para contemplar mejor la mirada temerosa del joven.

-Tercera y última pregunta, piénsate bien la respuesta. ¿Qué ojo te sobra, el izquierdo, o el derecho?

El pequeño no podía parar de llorar debido al miedo y al dolor que le provocaba el tajo de su cara. De pronto Malco se puso de pie y con mirada penetrante pronunció:— ¡Qué cojones!, ¡este es mi pueblo!, ¡esta es mi gente!, ¡tú eres mío! ¿Por qué conformarme con un solo ojo pudiendo tener los dos?

Se acercó aún más al pequeño ladrón apuntándole con la punta del cristal, y de la nada apareció un gato que saltó a su cabeza dando un gran maullido consiguiendo arañarle la cara. Malco cayó hacia atrás del susto y miró fijamente al gato, el cual se encontraba delante de su presa con los pelos de su lomo erectos, protegiéndole, en actitud defensiva. En ese momento se oyeron gritos.

-¡Parad! ¡Parad!, ¿qué hacéis?—Era el profesor, quien venía corriendo desde la

esquina de la calle— Malco, ve a casa, ya hablaremos de esto mañana, no pienses que no voy a informar a tus padres.

Lute se dirigió a su alumno de forma sumisa, aunque dándole una orden, el cual se dio la vuelta para irse de la escena no sin antes escupir al pequeño ladrón.

-Esto no acaba aquí rata de ojos verdes—advirtió el noble al pequeño.

El profesor ojeó la cara del pequeño ladrón, y negó con la cabeza— esto no tiene muy buena pinta, vamos a casa, mi esposa te coserá la herida.

Capítulo VIII. La Copa Envenenada.

Mailen se encontraba sentada junto al fuego, el cual era lo único que iluminaba la sala. Sostenía una copa de vino, pero no daba sorbo alguno. En sus ojos reflejaba las llamas de la chimenea, a la cual miraba fijamente, pero sin verla, estaba evadida, plagada de pensamientos sin rumbo.

Aloys entró en la sala y se dirigió hacia donde estaba su esposa, comenzó a tocarle los pechos suavemente, pero ella no se inmutaba, seguía mirando al fuego. El rey se humedeció un dedo con su saliva y lo perdió entre las faldas de su amada buscando cobijo donde guarecerlo.

-Ahora no mi rey, estoy cansada—el tono de la reina era bajo y agotado.—solo hago darle vueltas a la cabeza a la crisis que está pasando la corona, intentando buscar solución alguna.

El monarca se sentó en la silla que había frente a ella— han pasado varias semanas desde que pedí ayuda a mi primo, el muy desgraciado. Sin mí padre no sería nada, no tendría nada—Aloys se enfurecía cada vez que recordaba la negativa del señor de Monte Dorado.

-Vuestro primo tenía razón, no podéis arrebatarle las tierras, pues son suyas por ley. Nunca un gusano tuvo tanta suerte. Pero vos también tenéis la ley de vuestra parte— dijo a su esposo mientras daba su primer sorbo de la copa.

-A qué os referís esposa.

-Sois el rey de Betalia, estáis obligado y legitimado para empuñar la espada por el bien del reino—la reina abandonó su actitud pasiva y comenzó a hablar con ánimo e interés.— ¿Creéis que este no es un motivo para luchar por la

recuperación de la Corona?

-¿Me estáis diciendo que declare la guerra a Martín Fadique?—los ojos del rey se abrieron y sus cejas se encogieron.

- ¿Qué puede entender una mujer de la guerra mi señor? Eso es cosa de hombres, yo únicamente existo para servirlos y daros descendencia mi señor—la voz de Mailen se volvió dulce.

En ese momento el rey apartó la cara.

-Disculpad mi amado, no quería ahondar en ello. Únicamente intento decirlos que sois el rey, nada ni nadie está por encima de vos. Tal vez la ley no permita adueñaros del oro de Monte Dorado, pero tu derecho es divino y va más allá de lo terrenal.

-Tenéis razón, convocaré al Consejo, no puedo permitir que la corona dé quiebra existiendo recursos en el interior de mi reino.

Aloys se levantó del sillón animado, puso sus manos en las mejillas de su esposa y le agradeció una vez más su existencia, manifestándole la inutilidad que podría ser su vida sin ella. La besó y salió de la habitación mientras su esposa quedaba mirando al fuego, pero con una mirada distinta a la que poseía cuando el rey entró. Se sentía satisfecha.

Capítulo IX. Vínculo

Lute vivía en una pequeña casa de piedra a las afueras de Aguas Pardas, junto a su esposa Samia y su pequeña hija Helena, de cinco años de edad. La casa no disfrutaba de grandes espacios ni comodidades, pero tenían la suerte de vivir en una de las pocas viviendas fuertemente construidas entre tantas chabolas y cabañas de madera.

Samia cosía la herida frente a los ojos atónitos de Helena. No estaban acostumbrados a recibir visitas, pues no tenían mucho para ofrecer, salvo su hospitalidad. El pequeño malherido fruncía las cejas en cada puntada que daba a su carne, a lo que Samia le respondía soplando en su herida para intentar aliviar el dolor del joven.

Las manos que tejían eran suaves, haciendo que pronto el pequeño malherido se calmara. Cuando la herida estaba cosida, Samia cortó el hilo y antes de que retirase sus manos del rostro del joven este las agarró y se las volvió a colocar en su rostro, volviendo a notar su suavidad, sintiendo tal vez lo que nunca había sentido a su corta edad. Samia sin apartar las manos del rostro del joven, giró la cabeza y miró a su esposo, quien observaba la escena desde unos metros.

-Bien, supongo que tendrás hambre jovencito. He preparado unas gachas, no contaba con invitados, pero, ya sabes el dicho, donde comen tres comen cuatro, o algo así. Así que ve a lavarte un poco mientras preparo la mesa—dijo Samia levantándose de la silla y recogiendo las herramientas que había usado para la sutura.

-Helena, muestra a nuestro invitado donde puede asearse, no tardéis mucho pues la cena se enfría—ordenó el profesor a su hija.

La pequeña de cinco años agarró al joven del brazo—ven, vamos—le dijo con su dulce voz infantil.

El joven malherido miraba la sutura frente al viejo espejo. Movía su cara frente a él, como si intentara reconocerse. De pronto se oyó una voz masculina desde la estancia que había servido de hospital—vamos chico, la cena está en la mesa.

El joven tragaba casi sin masticar, no levantaba los ojos del cuenco. Mostraba una actitud de inquietud frente a la comida, es como si hubiese tenido que luchar por defender su ración frente a otros a lo largo de toda su vida.

-Las gachas de Samia son las mejores de toda Betalia, ¿supongo que estarás de acuerdo verdad?—dijo el profesor en tono jocoso mientras observaba el ansia con la que comía el joven— no me has dicho tu nombre— el chico seguía comiendo sin parar, es como si no oyera lo que Lute le decía—¿Eres de Aguas Pardas? ¿Tienes familia?—No contestó a ninguna pregunta, solo comía y comía.

-Aquí estás a salvo hijo, puedes contarnos lo que quieras, estos muros no tienen oídos, puedes estar tranquilo— le dijo Samia mientras le acariciaba la mano del joven que agarraba un pequeño trozo de pan.

Volvió a sentir aquellas suaves manos llenas de compasión. El chico paró de masticar, se quedó fijamente mirando aquella mano, en cuyos dedos apenas habitaban uñas, fruto del trabajo, fruto de la vida.

-Lo que no entiendo es cómo vives en la calle y puedes pagarte una puta. ¿Me lo puedes explicar?—el tono del profesor se volvió más serio.

Samia se levantó de la mesa, agarró en peso a su hija y salió del salón. No quería que Helena oyera determinados temas que se iban a plantear sobre la mesa.

-¿Tienes lengua?, supongo que si tienes para pagarte un polvo tendrás para pagarme la ración que te estas comiendo.

El joven se levantó de su silla y comenzó a caminar rápidamente hacia la puerta de salida del hogar.

-¡No, espera!, ¡no te vayas!, ¡solo intento saber quién eres—Lute se levantó de la mesa y fue tras él, pero el joven era tan ágil y rápido, que casi sin darse cuenta el profesor, el chico ya había desaparecido de su casa.

Capítulo X. Ayer

Aloys y Mailen se prometieron cuando la reina era solo una niña. Fue una estrategia política entre la Casa Llágara y la Casa Gálega. Ambos señores lucharon para derrocar al profeta Adnan, líder de los boleros. Tras la derrota del mismo el país vivió una época convulsa, pues ambas casas se disputaban el trono mediante una guerra civil, que acabó siendo satisfactoria para la Casa Llágara.

Para estrechar lazos y sellar la paz se firmó el Tratado de Ferralia, en el que ambas casas comprometían a sus hijos: Aloys y Mailen, para que en cierto modo las dos familias estuviesen en el trono.

Los reyes se conocieron un par de días antes de su boda, celebración que acabó convirtiéndose en fiesta nacional. Todos los reinos del continente supieron del inminente matrimonio, y todos enviaron representantes de las mejores familias.

Tras veinte años casados no habían conseguido tener descendencia, esto era la comidilla de toda taberna, de toda reunión, de toda conversación, tanto de familias de alta cuna como de los más bajos estratos sociales.

La realidad del problema únicamente la conocía las sábanas del monarca, pues el rey sufría del llamado mal canino. Su dolencia consistía en que todo su órgano reproductor estaba cubierto por piel impidiendo la penetración y haciendo que el sexo fuese bastante doloroso. Le llamaban el mal canino por los aullidos que emitían los varones que lo padecen tras las relaciones sexuales debido al dolor, gritos que recuerdan al aullido de un perro.

Frente a los chismorreos, la pareja públicamente se muestra fuerte y unida,

saben que no podrán callar el problema por mucho tiempo, pues ¿Qué rey no obtiene descendencia?

Que si el monarca es marica, que si su esposa es estéril, que si no se aman, que si duermen en lechos separados... las historias que se contaban sobre el matrimonio eran infinitas.

La Casa Gálega se encuentra en el noroeste de Betalia, una comarca costera a los pies de la Bahía de la Foca. Durante la Guerra, fueron una de las casas derrotadas por los boleros, y la familia tuvo que desplazarse a Monte Dorado para ponerse a salvo, hasta que la guerra finalizara y poder recuperar sus tierras. Así, que los Gálega contrajeron una deuda con los Fadique.

Capítulo XI. Sacrificio

El señor de Monte Dorado se encontraba con uno de sus consejeros económicos, resolviendo algunos asuntos del sur, en ese momento entró en la sala uno de sus guardias.

-Señor, tiene usted visita, le esperan en el salón principal.

Martín se despidió de su consejero dándole algunas órdenes y salió de la sala. Cuando entró por las puertas del salón principal se encontró con Mailen, la cual paseaba mirando la decoración de la sala.

-No esperaba tan agradable sorpresa– dijo Martín caminando elegantemente, digno de su atractiva personalidad.

-Aún recuerdo de niña los juegos por estos pasillos. Siempre le tuve miedo a este retrato–dijo la reina mirando al enorme cuadro colgado en la pared en la que se recreaba la victoria de la guerra contra los boleros.

-¿A qué se debe la visita alteza?–preguntó con respeto el señor.

-No hace falta que guardéis las formas conmigo Martín.

Era la frase que el señor estaba esperando, se abalanzó sobre ella y comenzó a besarle el cuello. Estaba tan excitado que su miembro comenzó a estrechar el pantalón.

-No he venido para esto–dijo interrumpiendo la escena y apartando a Martín de su cuerpo.–El rey planea atacaros con los Inmortales, no recibió con buen pie vuestra negativa al préstamo– dijo la reina mientras reanudaba su paseo por el salón observando cuadros.

-Entonces todo va como lo planeamos. Si el rey ataca Monte Dorado habrá

acabado su legendaria fama— Martín emanaba felicidad.— Ven, vamos a mi lecho, hay que celebrarlo.

-Que predecible sois los hombres, no entiendo como sois los dirigentes. Déjate de celebraciones, estas se llevan a cabo tras las victorias, y aún no has ganado.—dijo Mailen en tono serio.

-Aún no hemos ganado, diréis. Esto no es por nosotros, sabes que es legítimo derecho. Lo hacemos por él— dijo Martín agarrando los brazos de la reina desde detrás de ella.

A Mailen le cambió la expresión de la cara, su duro y extravagante rostro se volvió triste, y una lágrima de amor recorrió su mejilla.—¿Cómo está? ¿Es feliz en el sur?

-Nuestro hijo es ajeno a todo esto, nadie conoce la verdad, no es el momento. Será una gran historia la suya, será un gran rey—susurró el señor.

Capítulo XII. Pecado

Cuando el profesor entró en el aula había formado un gran barullo, las mesas estaban descolocadas, algunas sillas rotas y multitud de pergaminos por el suelo. Al fondo, todos los alumnos se concentraban formando un círculo dando gritos, parecían animar una pelea de gallos. El profesor se dirigió rápidamente y fue apartando alumnos hasta conseguir ver la escena.

En el centro se encontraba Malco, estaba sentado sobre uno de sus compañeros de clase, al que llamaban Camaleón, debido a la distracción de sus pupilas. El Camaleón se encontraba en el centro, rodeado de un charco de sangre. Malco había conseguido clavarle en el hombro un punzón en medio de una discusión, y a pesar de que a su compañero apenas le quedaba movilidad para defenderse, Malco seguía dándole puñetazos en la cara, con expresión de satisfacción y deseo, de mucho deseo.

-¡Malco!, ¡Para!—gritó el profesor.

Pero Malco no oía, estaba tan excitado con la escena que solo podía ver y oír lo que tenía debajo de él. Lute, al ver que la escena no paraba, agarró al noble por debajo de sus hombros y le levantó, apartándolo de un solo golpe. Malco se volvió hacia él, y con el punzón que aún conservaba en la mano intentó apuñalar al profesor, el cual pudo esquivar el ataque agarrando su mano. Lute le respondió con una bofetada, provocándole un leve sangrado en el labio inferior.

El ruido de la clase cesó, todos los alumnos permanecieron atónitos ante lo ocurrido. Un plebeyo había pegado a un noble, y no cualquier noble, sino al sobrino del hombre más rico e influyente del reino. Malco miró a los ojos al profesor.

-Acabas de cavar tu propia tumba- le dijo mientras escupía la sangre acumulada de la boca.

-Malco, yo..., lo siento...-dijo el profesor mirando al suelo, no era capaz de mirar al estudiante a la cara.

-Acabas de perderlo todo-susurró el noble con voz serena y pausada.

El pequeño noble salió del aula y poco a poco le siguieron todos sus compañeros, incluido Camaleón, quien ensangrentado y casi sin poder andar salió detrás de su agresor.

El profesor se sentó en un pupitre, no creía lo que había llegado a hacer. Sabía que sería castigado, y el temor no era por ello, sino por la forma en que sería su castigo, y lo más importante para él, cómo afectaría eso a su esposa e hija. Rápidamente salió de la escuela camino a casa.

Capítulo XIII. El Sur en el Norte

Lo ocurrido en Aguas Pardas llegó al castillo real. Mailen, al enterarse, intentó convencer al rey para que el agresor pagara con su vida. El rey no entendía por qué debería hacerlo, puesto que estaba a punto de declarar la guerra a la Casa Fadique, al tío del noble agredido en aquel pueblo del sur, pero su esposa le argumentó que independientemente de sus tensiones políticas se trataba de un noble. El castigo debía servir como ejemplo para el pueblo, el cual debe saber que destino le espera si un plebeyo atenta contra una persona de sangre azul. Aún así el monarca creía que era excesiva la petición de la reina, por lo que envió su sentencia al sur: el profesor estaría encerrado en una celda hasta después de la guerra de Monte Dorado, solo tras ella decidiría su destino, pues la bofetada a un noble le parecía el menor de sus problemas en este momento y no podía permitirse distracciones ni pérdidas de tiempo.

Capítulo XIV. Ojos de Luz

La caballería partió al alba de Ferralia, le esperaban varias jornadas de camino hasta Monte Dorado. El rey decidió ir acompañado con una décima parte de sus inmortales, pues consideraron que la batalla sería rápida y victoriosa gracias al factor sorpresa. Monte Dorado es de las comarcas más pequeñas del reino, no posee un gran ejército, el cual además no puede hacer frente a la temida legión real por muy pocos Inmortales que fuesen de camino hacia la ciudad.

-Alteza. ¿Vais cómodo en vuestro caballo? Ordené ayer que cambiaran la montura—dijo uno de sus consejeros acercándose al monarca con su caballo.

-¿Sabes por qué el pueblo me llama marica?—preguntó el rey mirando al frente mientras continuaba su marcha.

-No alteza, ni tan siquiera conocía tal rumor— el rey sabía que su consejero mentía.

-Dicen que soy incapaz de meterle la polla a mi mujer y dejarla preñada. Tiene gracia. Soy el segundo rey tras la guerra contra los boleros y el primero en engrandecer este reino. He ayudado a otros reinos en sus luchas y he colaborado en instaurar la paz en tierras que no me competen, y aun así se me reconoce por ser el puto maricón incapaz de engendrar hijos.

-Mi señor, de ello quería hablaros. Tened cuidado alteza, hay ojos que miran y ojos que ven, oídos que oyen y oídos que escuchan, mentes que reciben y bocas que envían.

-Pollas que preñan y pollas que valen lo mismo que un coño con lepra— contestó el monarca haciendo referencia a sí mismo.

-Lo que intento deciros majestad es que elijáis bien vuestros oídos, vuestros ojos y vuestras bocas. Las ratas son indefensas en soledad, pero muy astutas y peligrosas en manada—el consejero no dejaba de mirar al frente.

-Lleváis a mi servicio desde que era un niño Bartol, solo vos sois mis ojos, mis oídos y mi boca. Solo a vos os confiaría mi vida. Por ello estáis aquí.

Era inminente la caída de la noche, el rey ordenó acampar para continuar la marcha al amanecer. Tras cazar unos conejos, se hizo una gran hoguera, junto a ella se comía, bebía y contaban viejas victorias. El rey se levantó del tronco en el que se encontraba sentado.

-voy a mear—dijo a su consejero, quien no le apartaba la mirada hasta que el rey se perdió entre los matorrales del bosque.

Se sacó su miembro y comenzó a orinar mientras tarareaba una canción. De pronto oyó pisadas en unas hojas secas, paró de tararear y recogió su miembro rápidamente. Desenvainó su espada y comenzó a mirar a su alrededor. Volvió a oír las roturas de hojas secas a su izquierda, se giró y vio una figura baja y delgada. Debido a la oscuridad no pudo ver más que unos ojos brillantes. Comenzó a correr hacia el campamento, cada vez que miraba hacia detrás seguía viendo esos ojos, mirándole desafiantemente desde la oscuridad. No se había constatado que había llegado junto a sus compañeros hasta que tropezó con el tronco en el que se encontraba sentado antes de su ida. Cayó al suelo y los soldados se levantaron para socorrerle, pero fue Tom, uno de los soldados más jóvenes quien consiguió llegar para ayudarlo a levantarse.

-Majestad, ¿estáis bien?

-Sí, solo que me ha parecido ver un gran felino escondido entre los árboles.

-En estas tierras no hay felinos señor, creo que estáis cansado del viaje, deberíais ir a dormir—le aconsejó Bartol.

Aloys hizo caso y se dispuso abandonar la reunión para dirigirse a su tienda.

Capítulo XV. Punición

Lute entró de forma apresurada a su casa para avisar a su familia de lo ocurrido. Nada más entrar comenzó a llenar unos sacos con algo de ropa y provisiones. Su esposa, alterada, le preguntaba una y otra vez que qué era lo que ocurría, y la respuesta del profesor era siempre la misma:— Preparaos Helena y tú, te lo explicaré por el camino.

Cuando se disponían a abandonar la casa, la puerta principal de la misma se vino abajo. En ese momento entraron cuatro guardias armados.—Lute García, quedas detenido por conspirador contra la corona—dijo uno de los guardias.

-Lute, ¿qué pasa?—la esposa no paraba de preguntar nerviosa mientras tenía a su hija en brazos, la cual no paraba de llorar asustada.

En ese momento entró Malco en la casa. Se paró en el centro del vestíbulo principal y comenzó a mirar cada detalle del mismo.

-Así que esta es tu pocilga, típica de un cerdo como tú.

Tras ojear la casa se dirigió a Helena, la cual estaba en brazos de su madre, la miró fijamente ante los temerosos ojos del profesor.

-Malco, no. Deja mi familia en paz, soy yo quien ha delinquido. Te ruego que dejes a mi familia en paz—suplicaba el profesor.

-Lléváoslo—ordenó el joven noble.

Los guardias ataron al profesor y lo sacaron de la casa mientras suplicaba a gritos que dejase en paz a su familia.

El paseo de Lute desde su hogar hasta las mazmorras no era extremadamente largo, pero él sintió que había pasado una eternidad cuando llegó. Todos los

vecinos del pueblo, desde sus ventanas, puertas y puestos de comercios, observaron el apresamiento del profesor con cara de sorpresa. Nadie entendía que podría haber hecho una persona tan admirada en el pueblo, con tanta educación, y tan discreta y respetada.

Cuando Lute llegó a las celdas pasó por el control principal de la entrada, donde el carcelero le colocó los grilletes. Tuvo que atravesar medio edificio hasta la celda que se le había asignado. Durante el camino, iba observando a los presos que se encontraban en las jaulas colindantes. Lo peor de Aguas Pardas y sus alrededores estaban dentro de esos muros.

Capítulo XVI. El Náufrago

Se había formado un gran barullo en la playa, cientos de pescadores corrían hacia la orilla. La mar estaba tranquila y no corría mucho aire, el sol, como siempre, daba con fuerza.

Un hombre apareció medio ahogado en la orilla, tenía síntomas de hipotermia, no reaccionaba. Un grupo de marineros comprobaron su pulso, el cual era bastante débil.

-¡Aún vive!—gritó uno de los presentes.

Pronto comenzaron las labores de reanimación por parte de los más experimentados en las aguas. Cuando consiguieron reanimarlo le cubrieron la cabeza con un paño para evitar la exposición al sol, al mismo tiempo que intentarían acabar con su frío.

Desnutrido, no podía apenas caminar. Los salvadores de la playa improvisaron una camilla con algunas maderas desechadas por los astilleros y con una vela de una pequeña embarcación que hacía tiempo se estaba pudriendo en la playa.

Karyma, Karyma..—susurraba una y otra vez el náufrago desde que recobró el conocimiento.

-¡Dadle agua, está delirando!—dijo en voz alta uno de los presentes en aquella playa.

Capítulo XVII. La Batalla Dorada

La noche había sido fría. Los Inmortales y su rey estaban a punto de llegar a las fronteras de Monte Dorado. A medida que la distancia disminuía, el rey dudaba cada vez más del consejo de su esposa. Llegó a oler el arrepentimiento de no actuar bajo las palabras de su consejero, el cual le seguía hacia la guerra, aunque no estuviese de acuerdo en la celebración de la misma.

Cuando llegaron a las puertas de la ciudad observaron algo que les dejó atónitos, las puertas de acceso a la misma estaban cerradas, excepto una.

-Es extraño alteza, no es normal que la ciudad esté cerrada a estas horas. Una ciudad solo se encierra así misma por la noche.

-O cuando estás en peligro—dijo el monarca.

Habían contado con la estrategia del factor sorpresa, pero al parecer Monte Dorado intuía que el rey de Betalia aparecería acompañado de su ejército. Pero lo que más curioso les parecía era que habían dejado una puerta abierta, invitándoles a entrar. Comenzó el debate entre algunos hombres que estaban junto al rey. Un general del ejército manifestó la posibilidad que fuese un despiste por parte de los guardianes de las puertas de la ciudad, pero Bartol le respondió que no podía ser tan fácil.

Los caballos comenzaron su marcha hacia la entrada de Monte Dorado, delante del rey iba la mitad del diminuto ejército que le acompañaba. Aloys, junto a su consejero, estaba bien resguardado, pues poseían Inmortales tanto en su frente como detrás, cubriéndole las espaldas.

-Recordad señor, estamos aquí por Martín Fadique, el pueblo no entenderá la marcha sobre sus calles, manteneos firme, no desenvainéis hasta que nos

encontremos frente a sus soldados—aconsejó Bartol al monarca, quien miraba fijamente hacia la puerta a la que se acercaban.

Los primeros hombres comenzaron a cruzar las puertas de la ciudad e iban colocándose en medio círculo, esperando la entrada de su rey. Cuando este consiguió entrar observó algo insólito, la ciudad estaba totalmente desierta. No se oía ni siquiera el viento. Todo estaba en calma. Las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas, no se oía nada en el interior de las mismas. Los puestos comerciales habían quedado colocados, con sus productos sobre los mostradores, es como si la humanidad había sido sorprendida por una fuerza sobrenatural y se la hubiese tragado la tierra.

Reanudaron su marcha camino al palacio del señor, el paso de los caballos era lento, pero firme, las miradas se dirigían a todas partes buscando un ápice de vida que no lograban encontrar.

Al llegar a la plaza central de la ciudad uno de los caballos de la primera fila comenzó a ponerse nervioso, tanto que logró desmontar a su jinete. En ese momento comenzaron a salir hombres armados de debajo de la tierra. Poco a poco fue descubriéndose el ejército de Monte Dorado, el cual se encontraba camuflado en agujeros que habían hecho en el suelo de la plaza. El primero en descubrirse logró atravesar con su espada el abdomen de uno de los caballos, tirando a su jinete al suelo, quien no sobrevivió al corte en el cuello que le había propinado un segundo soldado que había salido del suelo. La batalla había comenzado.

-¡Es una trampa!—gritó uno de los soldados.

La tierra comenzó a escupir soldados por doquier, por todas partes. Es como si se levantaran los muertos de sus tumbas, pensó el rey observando la escena mientras desmontaba de su caballo.

En aquella plaza perecieron varios de los Inmortales en los primeros minutos de batalla, el polvo que se levantaba sin parar nublaba toda visión de los soldados reales que iban en las últimas filas, los cuales improvisaban sus movimientos rigiéndose por el sonido del metal de las espadas y los gritos que se oían.

El rey, no con la misma agilidad de cualquier hombre de su ejército, consiguió quitar algunas vidas. El polvo que levitaba creaba una cortina cada vez más opaca, más espesa, era como una tormenta de arena. No dejaban de salir hombres de debajo de tierra. Bartol miraba a su alrededor jadeando, completamente cubierto de sangre ajena. Observó a pocos metros al rey, el cual luchaba pasivamente, le costaba mantener el equilibrio, tras preocuparse por el estado del monarca el rey le dijo que le costaba mantenerse en pie, que se encontraba mareado.—Las fuerzas me abandonan Bartol.

—¡Majestad, salíos de la ciudad, dirigíos a la puerta!—dijo el consejero a su rey, quien se dispuso a cumplir la orden de forma inmediata.

De pronto se oyó un barrido que venía de detrás de la cortina de arena. Un rinoceronte se dirigía a la escena a toda velocidad, llevándose todo lo que encontraba a su paso, sin control, con tal fuerza que derribaba a todo hombre, de cualquiera de los dos bandos.

Solo quedaban unos veinte Inmortales en pie cuando la arenisca comenzó a disiparse, mostrando la cantidad de cuerpos y hombres heridos tumbados en el suelo, y los que aún seguían luchando.

De pronto las ventanas de las casas que daban a la plaza comenzaron a abrirse, y a descubrir arqueros en cada una de ellas, los cuales apuntaban con sus flechas hacia los soldados reales.

Bartol estaba anonadado, exhausto. Contemplaba todos los ángulos de la plaza

buscando alguna inspiración. De pronto observó un tanque de agua, sostenido por cuatro anchas patas de madera, era tan grande que podría apagar la sed de media ciudad. Miró hacia lo lejos, dirección a las puertas de la ciudad, la cual se veía desde la plaza, y observó algo que le hizo inquietar aún mucho más: la puerta por la que habían entrado estaba cerrada, el rey no podía salir.

Apartó la vista de su monarca y la dirigió hacia el rinoceronte, el cual pisoteaba la cabeza de uno de los Inmortales. Agarró una lanza que se encontraba en el suelo, corrió hacia la bestia y se la lanzó sin lograr más que hacerle un rasguño, pero esa había sido su intención.

La bestia abandonó la cabeza del soldado y miró fijamente al consejero, tras un fuerte suspiro comenzó a correr hacia él. Bartol comenzó a correr con todas sus fuerzas hacia el depósito, cuando le quedaban unos metros para alcanzarlo se detiene en seco y se dio la vuelta, colocándose frente al rinoceronte que venía directo hacia él, y cuando la bestia estuvo a punto de alcanzarle se tiró hacia un lado, cayendo de costado en el suelo. El rinoceronte no pudo frenar su velocidad y chocó contra una de las patas que sostenían el tanque de agua, provocando la rotura de la misma y que el animal cayese al suelo, momento que aprovechó Bartol para abalanzarse sobre él y atravesar su cráneo con una lanza.

Se oyó el crujir de la madera que sostenía el depósito, el cual danzaba buscando el equilibrio. El consejero empujó el gran depósito con todas sus fuerzas por una de las tres patas que le quedaban en pie, provocando su inminente derrumbe. Cuando el tanque tocó el suelo se abrió en decenas de trozos provocando la liberación de cientos de litros de agua, y un tsunami se desató arrastrando cada cosa y hombre que encontraba a su paso.

En las puertas de la ciudad el rey intentaba empujar las enormes puertas sin éxito cuando apareció Martín.— ¿Os ha gustado mi bienvenida primo?— dijo

irónicamente el señor de Monte Dorado montado en su caballo acercándose al rey.— Nunca fui muy bueno en estrategias, pero sí os conozco en batalla, sé cómo actuáis, sois predecible, contaba con el factor sorpresa.

-Maldito—susurró el monarca mirándole.

-Tal vez deberíais haber venido con más de vuestros Inmortales, aunque después de lo acontecido creo que tal apodo ha quedado deshonrado.

Aparecieron en escena dos soldados, a los cuales el señor de Monte Dorado ordenó que apresaran al rey. Cuando Martín, el monarca y los dos soldados llegaron a la plaza se encontraron con una rocambolesca escena: cuerpos mutilados por todos lados. La sangre se había mezclado con el agua provocando que el barro del suelo se volviese rojizo.

En el centro de la plaza se encontraban apenas media decena de soldados reales junto al consejero, rodeados por los guardias de la ciudad que habían quedado en pie. El rey comenzó a mirar hacia las ventanas, observando la multitud de flechas que apuntaban hacia los suyos, giró su cara hacia uno de los extremos de la plaza y observó una enorme bestia que yacía sobre el suelo.

-Ah... sí... un caro capricho de oriente que traje como recuerdo—dijo en tono jocoso Martín.— Llevadlo a palacio, y el resto que sirvan de cena para los cerdos—ordenó el señor a sus soldados.

Bartol miró al rey, quien le respondió con ojos de arrepentimiento.

Capítulo XVIII. La Deuda

Lute llevaba varias semanas en la mazmorra, no comía más que la ración diaria de pan con agua que sirven allí, lo cual es un auténtico manjar para los presos si pensamos en las condiciones en que se encontraban. Los primeros días no dormía, pero ahora pasaba la mayor parte del tiempo descansando, producto de la malnutrición que sufría, la cual le provocaba no tener las fuerzas suficientes para poder soportar el propio peso de su cuerpo.

-¡Eh Tronco! ¡Tienes visita!—se oyó desde el final del pasillo.

Samia iba cruzando temerosa el pasillo, compuesto por celdas. A su paso iba dejando atrás toda clase de proposiciones que le ofrecían los presos con los que se cruzaba, uno llegó incluso a sacar su brazo de los barrotes y tirar de su falda haciéndola tropezar.

-¡Lute!, ¡mi amor!—exclamó en cuanto llegó a la celda de su marido. La alegría que sintió al ver a su esposo fue indescriptible, pues no importaba el lugar donde se encontraba, tan solo el sentir la piel de su amor y comprobar que estaba vivo era lo más importante.

Se acercó a los barrotes para besar en los labios al profesor y le entregó una pequeña talega con pescado seco y vino.

-Lo siento, no me dejaban venir a verte, he conseguido acceder gracias al...—la esposa hablaba sin pausa observando la paja que cubría el suelo de la celda.

-Mírame—El profesor la interrumpió.—Samia, mírame.

La esposa apartó su mirada del suelo de la celda inclinando su cabeza hacia arriba, dejando al descubierto los moratones que invadían su rostro. Ella

emocionada apartó la cara para evitar que la luz que entraba por la pequeña ventana de la celda iluminara sus heridas.

-Voy a matarlo, voy a matarlo, voy a matarlo...- susurraba Lute con ira apretando sus dientes.

-No, escúchame Lute, estoy hablando con el alcalde para que interceda por ti en el juicio. Estoy intentando conseguir testigos, todos en el pueblo saben que eres un hombre de bien, vamos a conseguir sacarte de aquí, después nos iremos lejos, comenzaremos de cero, los cuatro- la voz de Samia exclamaba desesperación.

-¿Los cuatro?-Preguntó extrañado el profesor.

La respuesta de su esposa no fue otra que la de mirar su vientre, colocar una mano sobre el mismo y sonreír. Lute sonrió poniendo la palma de su mano sobre el vientre de su mujer.

-¿Y Helena? ¿está bien?

-Sí tranquilo, la he dejado con María, la esposa del panadero, nos está ayudando mucho, comemos a diario gracias a ella.

-¡Se acabó la visita!-La fuerte voz que anunció la entrada de Samia volvió a manifestarse.

-Escúchame amor mío, aguanta, te sacaré de aquí- dijo la esposa mientras se despedía de Lute besándolo en la mejilla.

Cuando Samia regresó a casa y abrió la puerta se encontró a la esposa del panadero, sentada junto a la mesa del salón, y a Helena a unos metros de la vecina. La esposa del profesor preguntó con sus ojos que qué era lo que estaba pasando, y la cuidadora de su pequeña hija le respondió dirigiendo su mirada hacia el fondo de la casa, pudiendo observar que Malco se encontraba

sentado, mirándola con sus piernas cruzadas e iluminado por la luz del atardecer que entraba por la ventana que se encontraba junto a él.

El joven noble se levantó y se dirigió hacia donde se encontraba Samia. Dos guardias aparecieron en escena.

-Vete— ordenó el noble a la esposa del panadero, la cual se acercó a la niña para llevársela consigo.

-¡No, ella se queda!

La esposa del profesor entró en pánico.—Por favor, mi señor, es una niña, ella no tiene culpa de los pecados de su padre.

-Cuanto antes aprenda la dureza de la vida antes sabrá defenderse por sí misma.—respondió Malco.

María salió de la casa cerrando la puerta tras hacer un gesto de negación con su cabeza a Samia. Malco comenzó a caminar sin rumbo por la estancia soltando su discurso.

-El marica de tu esposo osó ponerme una mano encima, a mí, a un noble. ¿Cuándo un gusano se rebela contra el sapo? Si hubiese ocurrido en mi comarca mi tío le hubiese cortado la cabeza al instante, pero aquí, territorio del rey, las leyes son otras, y a vosotros, el ganado, se os permite demasiado.

La madre de la niña temblaba del miedo, oía la voz del joven noble y solo apartaba la vista del suelo para ojear a su hija, la cual seguía en el mismo lugar en que se encontraba cuando entró en casa. Helena lloraba sin parar, llamaba a su madre extendiendo sus extremidades para que esta la cogiera en brazos.

Malco continuaba con su discurso:—No estoy de acuerdo con la pena impuesta, es la mitad de lo que esperaba, así que vengo a cobrarme la otra mitad de la

deuda.

Samia comenzó a respirar profundamente cada vez más deprisa.

Capítulo XIX. Galería del Arrepentimiento.

El rey se encontraba arrodillado con las manos atadas a su espalda, en el salón principal del palacio de los Fadique. Sus ropas estaban rasgadas y su rostro cubierto de sangre y arena. Martín paseaba a su alrededor, vestido con lujosos tejidos que llevaban incrustaciones doradas.

-No tengo miedo a morir, me he enfrentado a la muerte en multitud de ocasiones, de hecho, anoche mismo la miré a los ojos, en el bosque, unos ojos que brillaban más que todo el oro que vos podáis acumular en vuestra miserable vida. Sí Martín, la muerte nos llega a todos en algún momento, a ella no le importa las riquezas, ni las tropas que posea un rey o un señor, cuando viene por alguien nadie puede detenerla. Siempre se llevará lo que le apetezca, le pertenezca o no.

Aloys recitaba su discurso a medida que recordaba los ojos que había visto la noche anterior cuando se alejó del campamento, entendió que había llegado su final. La muerte había venido por él.

-Primo, primo— el señor de Monte Dorado entonaba la respuesta como si se tratara de una canción— ¿Quién os ha dicho que pretendo quitaros la vida? ¿Acaso me consideraréis un traidor de la Corona? ¡Por supuesto que no! Además, somos familia, y entre familia no debe haber tensiones. Tan solo me he defendido. Por supuesto que regresaréis a vuestro castillo, sano y salvo—la melodía de las palabras parecía una canción de humor.

Mientras el señor de Monte Dorado pronunciaba sus palabras el rey dirigió su mirada a las afueras de la estancia, la puerta de la misma estaba abierta, dejando ver el largo pasillo que daba acceso a donde se encontraba. La poca luz que dejaba ver en el pasillo le permitió visualizar la misma figura que

había visto en el bosque, caminando, alejándose, perdiéndose en la oscuridad del final de la galería. De pronto la figura se paró en seco, giró su cabeza hacia atrás y permitió que el rey viera una vez más sus brillantes ojos.

A la mañana siguiente llevaron al monarca a la puerta sur de Monte Dorado, le acompañaba su primo y una decena de guardias. Tenían preparado su caballo para que partiera hacia Ferralia de nuevo.

-Dadle un burro—ordenó Martín.

El rey le miró y después miró a su caballo antes de mirar de nuevo a su primo. En ese momento le acercaron un pequeño asno, el cual portaba un carcaj con algo de provisiones para el viaje. El rey montó al animal y se dispuso a salir de la ciudad bajo las risas de todos los que allí se encontraban.

-Todo monarca merece una montura acorde a su propia leyenda—dijo Martín provocando las carcajadas de todos.

Cuando el rey consiguió atravesar las puertas observó el homenaje de despido que le había organizado el señor. Las cabezas de sus soldados se encontraban clavadas sobre sus propias lanzas, formando un pasillo, el cual debía atravesar.

-Me he encargado personalmente que tu séquito se despidiera de ti primo—dijo en voz alta para que el monarca oyera.

Al llegar al final de la galería de cabezas detuvo al asno y observó la lanza que presidía al resto, era la cabeza de Bartol. Tras mirarla durante unos segundos en los que contenía las lágrimas reanudó su marcha.

Capítulo XX. Vergüenza

En el castillo se celebraba una cena en honor a la victoria que se auguraba en Monte Dorado. Señores de varias comarcas del reino, así como nobles de otros, habían asistido a la celebración. La mesa del salón de actos estaba repleta de los mayores manjares de la comarca, las risas de los presentes bailoteaban por el salón al compás del violín que amenizaba la fiesta. Las sedas de los vestidos y el vino de buena cosecha se fundían en un mismo ser. Nadie presagiaba que pronto la celebración se convertiría en un escenario de vergüenza.

Uno de los invitados se encontraba mirando por la ventana contemplando la brillante y asombrosa luna llena que coronaba el cielo cuando vio a un asno acercarse.

-Majestad, veo que vuestros siervos están bien amaestrados, trabajan hasta bien tarde. ¿de quién se trata? ¿del que limpia los establos?—dijo apartando la cortina de la ventana para ampliar su visión.

-¡Es el rey!—dijo una dama desde otra de las ventanas.—pero viene montado sobre un asno—dijo extrañada y con las cejas encogidas.

El violín quedó mudo, expirando su última nota mal afinada. Las conversaciones cesaron y las copas dejaron de brindar. Todos se acercaron hacia las ventanas para contemplar la escena.

La reina fue la primera en abandonar la sala y bajar rápidamente las escaleras que daban acceso a la planta baja del castillo, ordenó abrir las puertas de entrada a los guardias que la custodiaban y se reencontró con su esposo en los primeros peldaños de la entrada.

-¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el ejército? ¿Y Bartol?—preguntaba sin respirar.

La respuesta del monarca no fue textual, se abrazó a ella buscando cobijo, quien le prestó su hombro para caminar.

Al entrar en palacio todos los invitados quedaron mirando al rey extrañados. El líder de los conocidos Inmortales había mordido la tierra en el campo de batalla. Sus ropajes estaban rasgados, su rostro cubierto de sangre seca y había regresado sobre los lomos de un asno. La Leyenda del monarca se acababa de desintegrar con aquella escena. El rey a medida que iba entrando en el vestíbulo principal iba dejando su amor propio en cada paso que daba.

Pasada unas horas, Aloys se encontraba tumbado sobre su cama, con la mirada perdida en el toldo de terciopelo de la misma cuando Mailen entraba en la habitación con una jarra de agua, tras dejarla en la mesilla se acercó a al rey.

- Mi señor, disculpadme, organicé la celebración para homenajearos por vuestra victoria, nada podía presagiar lo acontecido, desde que os conozco no habéis perdido una sola batalla.

-He perdido a mi hombre de confianza, he estado arrodillado frente a mi primo, tragado tierra frente a él y regresado montado en un puto mulo. Todo a la vista de mis súbditos y parte de los señores más importantes de otros reinos. Mi honor ha quedado a la altura de la mierda de un ternero. Por otro lado, no he podido conseguir el propósito por el que partí y Betalia sigue teniendo problemas financieros— el rey comenzó a llorar mientras seguía mirando al toldo de su cama.

-Pero me tenéis a mí mi señor, yo jamás os abandonaré—dijo con voz dulce a su esposo mientras le acariciaba los rizos del cabello con uno de sus dedos.- Ahora debéis descansar, no tenéis buen aspecto.

-Hace varios días que me encuentro aturdido, mareado, cada día parezco

perder un poco más el control de mis extremidades.

- Estrés mi señor, demasiados asuntos rondan por vuestra cabeza, debéis descansar y recuperaros para poder solucionar cuantos problemas os quitan el sueño.

Aloys se incorporó, deslizó su mirada desde la cara de su esposa hasta sus pechos, la cual retiró los botones que comprimían su busto dejando al descubierto sus mamas. Aloys acercó sus labios a las mismas y comenzó a mamar.

Capítulo XXI. La Leyenda

-¿Es que nadie piensa salir a darme la bienvenida?—Dijo Martín entrando por la puerta.

-¡Tío!— exclamó Malco muy excitado.— ¡Estáis aquí!— la felicidad le salía por cada poro de su piel.

Ambos se estrecharon en un profundo abrazo. El hermano del señor de Monte Dorado se levantó de la mesa interrumpiendo la cena. Tras abrazar a su gemelo preguntó sobre la grata sorpresa de que se encontrara en Aguas Pardas.

-Me he decidido a venir unos días para concretar algunos asuntos con los astilleros, además, en el norte están las cosas tensas, vendrá bien que desaparezca unos días de allí.

-Las noticias de vuestra victoria contra el rey han llegado hasta Aguas Pardas, ¿qué hay de cierto hermano?

Todos se sentaron en la mesa y pasaron la noche poniéndose al día. A la mañana siguiente Martín se levantó pronto y se dirigió al puerto para comprobar el estado de sus naves pesqueras. Concretó algunos asuntos con los pilotos de sus barcos. Tras ello, se dirigió a la única posada del pueblo.

Sentado en una mesa sin más compañía que la de él mismo, tomaba una copa de vino atento a toda conversación generada en aquel salón. Esperaba oír la versión que había llegado sobre la Batalla Dorada, pero más allá de eso, solo se oían risas, eructos y conversaciones entre hombres referentes a preferencias sexuales. Aquel lugar era bastante deshonroso, pensó.

Entre tantas conversaciones direccionadas en multitud de sentidos le llamó la

atención una. Sobre la barra había apoyado un hombre con no muy buenas pintas, su atuendo no se diferenciaba del de un vagabundo, las barbas casi le llegaban al pecho y no se encontraba muy aseado.

El hombre hablaba de una tierra lejana, de monstruos y de seres nunca vistos por los ojos de un hombre. Narró una pequeña historia sobre una chamán y tierras fértiles, pero lo más curioso y que llamó la atención de Martín es que hablaba de un extraño metal de un verde intenso. El posadero se encontraba secando vasos con un sucio trapo, permanecía impasible ante las historias del narrador, oía sin escuchar.

Martín se acercó a la barra para pedir una nueva jarra de vino, el narrador le pidió que le invitase a una copa provocando la reprimenda del dueño del local.

- ¡No molestes!, ¿no ves que es noble?— dijo enfadado el posadero— Disculpádle, apareció el otro día inconsciente en la playa, el pobre ha perdido la cabeza. Lleva varios días delirando sobre un mundo de fantasía— el mesonero sintió vergüenza de que el náufrago se encontrase en su local mientras que el noble disfrutaba de la estancia del mismo.

Martín sirvió una copa de vino de su jarra al náufrago e inició una charla con él.—Dicen que eres un loco, que has perdido la cabeza al hundirse tu barco en alta mar—decía el noble mientras servía la copa.

-Cuando todo el mundo está loco ser cuerdo es una auténtica locura—respondió el náufrago— Mi señor, vengo de lejanas tierras, donde las montañas son más doradas que el sol. He visto criaturas de tres ojos, hombres con ojos de esmeraldas, y gentes comunicarse con bestias. He visto a su líder, y a su consejero, el cual levita, camina sobre las aguas y escupe fuego desde sus manos. Pero no todo es tenebroso mi señor, extensos prados plagados de

frutos decoran aquellos valles, alimentos no faltan en cada mesa, el vino es dulce como la miel y la carne tierna como los pechos de una joven doncella.

-Estás borracho—pronunció Martín mientras daba un sorbo a su copa.

-Sí mi señor—dijo mientras sonreía y bebía.—En mi regreso traje una prueba de mis historias, pero al llegar a Aguas Pardas escapó, sabía que no podía presentar mi proyecto al rey sin una sola prueba, por lo que me dispuse a regresar para conseguir otra, pero una tormenta me sorprendió, la desafié, pero me venció, la hija de puta me escupió al lugar desde donde partí, este puto pueblo. Sus dioses no quieren que encuentre su paraíso.

-¿A qué proyecto te refieres? ¿Qué pretendes ofrecerle al rey?— Martín había perdido el hilo de la conversación en el momento que el monarca fue citado.

-Ofrecerle al invencible Aloys IV la solución a las carencias que tiene el reino. Tomar aquella isla y sus recursos.

-¡Mesonero! ¡Trae otra jarra de vino!—Gritó Martín.

Capítulo XXII. La Anciana Lechuza

Mailen había salido del castillo cuando había caído la tarde y la luz se extinguía, acompañada por su doncella y envuelta en telas oscuras y de mala calidad, atravesó las calles de la ciudad, dirigiéndose a los suburbios de la misma. Pronto llegaron a su destino, una vieja cabaña de madera cubierta por ramajes secos. Entró sin llamar a la vez que ordenó a su criada que permaneciese en la puerta.

-¿Tienes lo mío?—preguntó la reina a la anciana con el rostro cubierto por la tela que caía de su cabeza.

-Aquí tienes, más insípido como me encargó. Lo que ha hecho aumentar el precio del frasco—respondió la anciana.

-Maldita bruja, ¿piensas que soy estúpida? Esta mierda vale la mitad de lo que te entrego.

La anciana aspiró fuertemente— Si no lo quieres siempre puedes regresar por donde has venido. El aroma de tu piel indica que no tienes carencias, su precio es una limosna para ti.

La reina sacó una pequeña bolsa llena de monedas de oro y se la entregó.

-No hará falta que regrese de nuevo a esta ratonera.

Mailen se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida, antes de cruzar la misma la anciana le dedicó unas palabras:

-La muerte del verdugo siempre es más dolorosa que la del sentenciado, y no hablo de la muerte del cuerpo, hablo de la muerte del alma. Cuando estés muerta florecerá la vida en ti, y entonces tu vida se cegará—La reina se detuvo

y giró su cara. La anciana siguió hablando—cuando la sombra reclame su reino tu vida será oscura y solo la esperanza de tu juventud podrá llenar de luz estas tierras.

-Vieja loca—susurró Mailen mientras salía de la cabaña.

Reina y doncella llegaron pronto al castillo, habían tardado menos tiempo en su regreso, pues la ciudad no era segura por las noches y por ello agilizaron sus pasos. Entraron por la puerta del servicio mientras que Mailen se deshacía del horrendo ropaje. En ese momento entró en la estancia uno de los criados.

-He oído que tienes una hija enferma y que necesitas oro para que la atienda un médico ¿Es cierto?—preguntó la reina al criado, el cual asintió con la cabeza.

Mailen colocó sobre la mesa una pequeña bolsa con monedas.—¿La quieres?

El criado no paraba de mirar la bolsa con ojos inexpresivos.

-¿Conoces a una anciana a la que llaman Lechuza?—preguntó.

El criado asintió con la cabeza.

-Quema su cabaña, asegúrate de que se encuentre dentro. Si lo haces tu hija sanará—el tono de voz era autoritario.—Y tú—dirigiéndose a su doncella.—Eres el único testimonio que queda, si me traicionas te despellejaré—amenazó a la joven antes de que saliera de la estancia.

Mailen se dirigió a su habitación, y se desnudó mientras se miraba al espejo. Sus largos y rizados cabellos rojizos cubrían sus hombros. Agarró el frasco que había adquirido y que había dejado sobre el tocador. Levantó la tapa del bote e introdujo sus dedos humedeciéndolos de aquel viscoso e insípido líquido que le habían vendido en aquella cabaña. Acarició sus senos con los mismos dedos que acababa de introducir en el frasco.

La derrota en la Batalla Dorada y el hecho de que Aloys no oyera al Consejo

provocando el enfrentamiento con los Fadique había provocado que numerosos consejeros perdieran la confianza en el rey. Aloys decidió convocar a los consejeros que aún le seguían siendo fiel para analizar la situación actual del reino. Le comunicaron que habían obtenido la negativa por parte de todas las casas nobles del reino. Los reyes de otros territorios también se habían negado a prestar dinero. La confianza en la corona betala había mermado, todos a cuantos pidieron ayuda creían que el rey no podía hacer frente al pago de los préstamos que solicitaba.

La derrota de Monte Dorado había traspasado fronteras, la crisis financiera y de poder que atravesaba Betalia era conocida en todos los rincones. Poco queda de la imagen de Aloys IV el Inmortal. Incluso corrían rumores de conspiración entre sus tropas, a las cuales no podía pagarles el salario para poder mantener a sus familias. No desertaban porque eso era pecado capital y estaba castigado con la muerte de toda la familia del desertor.

Tras la reunión con el Consejo, Mailen entró en la sala, su esposo estaba deseando verla, llevaba un duro día de malas noticias, necesitaba del amor maternal de su esposa. La reina se sentó sobre las rodillas del rey, a las cuales les costaba soportar el peso de la reina. Mailen se sacó sus pechos, y el monarca comenzó a mamar de ellos con bastante ansia. De pronto paró, Aloys necesitaba toser, y lo hizo fuertemente, llegando a escupir un poco de sangre. Cuando se recompuso volvió a dirigir sus labios hacia las mamas de su esposa, quien jadeaba de placer.

Mailen metió la mano en el pantalón del rey a través de la cintura, el rey se excitaba cada vez más. Ríos de sudor caían de las sienes del monarca, los cuales se multiplicaron cuando la reina agarró su miembro y comenzó a masturbarlo.

Aloys respondió a ello introduciendo sus dedos en la vagina de su esposa, la

cual se encontraba en tal estado de excitación que comenzó a lubricar de forma desmesurada. El rey sacó sus dedos de la vagina y se los introdujo en su boca, Mailen aligeró el movimiento de sus manos, a lo que el rey gritó.

-¡Ah!, duele... duele...-se quejaba.

Mailen sacó la mano del pantalón de su esposo, agarró la cabeza del mismo y la apretó contra sus pechos.

-Bebed amor mío, bebed.

Capítulo XXIII. Favor por Favor

Hacía varias semanas que Lute había recibido la visita de su esposa, desde entonces no tenía ninguna noticia de ella ni de su pequeña hija. La delgadez le hacía marcar cada hueso de su cuerpo. Su única compañía eran los piojos de sus desaliñados cabellos y las ratas que venían a su celda a por los restos de comida que dejaba, que a veces era el plato lleno, suponiendo un auténtico festín para los roedores. Su esófago perdió la capacidad de tragar hacía varios días.

Oyó unos golpes en la ventana, miró y observó aquellos grandes ojos esmeralda. El delgado brazo del joven atravesó los barrotes por la abertura ofreciéndole un par de manzanas. El profesor sonrió.

-Claro, manzanas, como no—dijo agarrándolas.

El joven se dispuso a marcharse cuando el profesor interrumpió su marcha.

-¡Espera!—El chico se acercó de nuevo a la ventana—por favor, hace días que no tengo noticias de mi esposa e hija, acércate a casa, sabes donde vivo, tráeme noticias de ella, por favor, te lo suplico, sé que no he actuado bien contigo, hazlo por mi esposa.

En ese momento el joven recordó las suaves manos de Samia el día que le cosió su cara con un amor que no había sentido nunca.

Capítulo XXIV. Una Visita Inesperada

Aloys hacía varios días que se encontraba en cama, sus fuerzas le habían abandonado definitivamente. Había perdido el apetito, y la respiración se le hacía dificultosa.

Entró un guardia en su habitación anunciando la visita de su primo Martín, dejando perplejo al monarca, aunque su rostro no exclamó asombro debido a que no sentía fuerzas para gesticular.

-Alteza, he venido en cuanto me he enterado de vuestro estado de salud—dijo el noble entrando en la habitación acompañado de un hombre.

Martín se quedó observando la gran cantidad de paños manchados de sangre que había alrededor de la cama, tras verlos dirigió disimuladamente su mirada hacia Mailen, la cual se encontraba de pie al lado del cabecero de la cama, la reina le respondió mirándole a los ojos, a continuación, agarró un paño para limpiar la sangre que brotaba de la boca de su esposo tras el tosido de este.

-¿A qué habéis venido Martín? ¿A regocijaros?— preguntó Aloys con poca fuerza.

-No mi señor, he venido a ayudaros a extinguir los problemas de Betalia—dijo el señor de Monte Dorado—os presento a Alfonso Sanz, y os va a interesar lo que os viene a contar.

Permanecieron en aquella habitación durante un par de horas, tiempo más que suficiente para que el náufrago contase al rey la aventura de la que había hecho conocedor a Martín en aquella taberna del sur.

-¿Estáis diciendo que os creéis este cuento infantil de un hombre cuyo aliento

huele a vino?—dijo a Martín el consejero que se encontraba en la habitación y que había permanecido atento a la historia del náufrago—¿dónde está la prueba que decís que venía con vos en el barco?—preguntó esta vez el consejero al náufrago.

-Se escapó.

El consejero se volvió hacia su rey.— señor, esto es una locura, aun así, sea cierto, la corona no puede costear tal expedición, esto supondría el pago de unos hombres, la compra de unos barcos, provisiones...

-Eso corre por mi cargo— interrumpió Martín— como sabéis dispongo de una flota en el sur y además poseo los recursos suficientes para aprovisionar los barcos.

-De igual forma habrá que pagar a los hombres—contestó el consejero.

-Poco sabéis sobre negocios, los hombres no dispondrán de salario alguno.

-Explícate—dijo el rey desde su cama.

- Embarcaremos a la basura de Betalia, vaciaremos las mazmorras de delincuentes menores, esa será la tripulación. Violadores, ladrones, y todo aquel cuyo delito no haya sido una conspiración contra vos.

Mailen presenciaba la conversación desde su lugar sin pronunciar palabra, iba dirigiendo su mirada hacia los labios que hablaban en cada momento. En ese momento el rey detuvo su mirada en la ventana de la habitación, aquellos enormes ojos brillantes le observaban de nuevo desde la misma. Giró su cabeza para introducirse de nuevo en la conversación.

-Está bien, ¿Qué queréis a cambio? No habéis venido a servírmelo todo en bandeja, os conozco bien, somos familia.

-Alteza, esto es una locura— El consejero intentó que Aloys cambiara de

opinión.

-Decidme, ¿qué pedís a cambio?

-Puesto que voy a financiar la expedición exijo la devolución de la inversión una vez conseguido el propósito, el treinta por ciento de las ganancias obtenidas y la titularidad de Aguas Pardas, desde la cual zarparemos.

-¡Estáis loco!, ¡estáis pidiendo casi la mitad de las ganancias y una serie de derechos que no os corresponde!—exclamó el consejero.

-Si la expedición va a pique seré yo quien lo pierda todo, pues la corona no pierde nada, toda la inversión es de mi Casa.

Martín exponía los motivos por los cuales pedía el elevado porcentaje de beneficios al tiempo que el rey le cortó el discurso con un rotundo – ¡hecho!-. Todos se quedaron perplejos.—A veces ves cosas que no quieres reconocer—dijo mientras miraba aquellos ojos brillantes que le observaban.

Tras finalizar la conversación, Martín y Alfonso se despidieron del monarca y salieron de la habitación, cuando caminaban por el pasillo Mailen pidió a Martín que se detuviera, y este ordenó al náufrago que continuara su camino y le esperara en la puerta.

-¿Estáis loco?, ¿cómo podéis creer semejante historia? ¿habéis pensado que podríais perderlo todo?

-Como alguien me dijo una vez, en un mundo de locos estar cuerdo es una auténtica locura. Pensadlo bien, si ese lugar existe seríamos los más poderosos de Betalia. Mi porcentaje de ganancia, más lo que quedará para nuestro hijo y que el rey cree que es para él. Pensadlo—dijo el señor con voz baja antes de continuar su marcha.

Capítulo XXV. Teobi y Profetio

El señor de Monte Dorado regresó al sur para preparar la expedición. Se encontraba sentado en la mesa del salón con las piernas cruzadas revisando unos papeles cuando dos guardias trajeron al preso. Cuando llegaron a la estancia, uno de los escoltas de Lute le empujó, avanzando este unos pasos hacia adelante. El profesor los miró, y seguidamente dirigió su vista hacia el noble, quien permaneció impassible.

-¿Sabéis quién soy?—preguntó Martín sin dejar de mirar sus papeles.

Lute miró al fondo de la sala, donde se podía apreciar una nueva estancia de la casa, en la que se encontraba Malco conversando con unos hombres, después desplazó su mirada de nuevo hacia el señor, la panorámica le permitió establecer las relaciones de parentesco entre ambos.

-Martín Fadique, señor de Monte Dorado— respondió casi sin fuerzas el profesor.

-Veo que estáis bien instruido, no esperaba menos después de a lo que os dedicáis. Sin embargo, no estáis actualizado. Ahora también soy señor de Aguas Pardas, con lo cual yo rijo la ley aquí.

Martín seguía ojeando los papeles en la mesa, aún no había levantado la mirada hacia el profesor.

-Mi sobrino me ha comentado vuestro desencuentro. ¿Sabes que poner una mano encima a un noble está penado en Monte Dorado con la muerte?

-Soy consciente de mi delito señor. Me avergüenza haber tomado esa actitud siendo el profesor del pueblo, pues yo debo desprender ejemplo hacia mis

alumnos.

Lute hablaba mirando al suelo. Realmente no sentía la vergüenza que narraba, pero el sadismo de Martín era conocido en todo el reino, con lo cual su sentimiento era de temor.

-Debes estar hambriento, hace meses que no te alimentas con regularidad ¿Verdad?, acércate, toma asiento—dijo mientras señalaba una silla que estaba cerca de la mesa.

Lute no dio un paso, jamás oyó que un plebeyo compartiera mesa con un noble en algún lugar del reino. No entendía el porqué de la invitación. Tal vez sería un perdón o tal vez le cortaría el cuello una vez que tomara asiento.

Uno de los guardias le empujó hacia la mesa.

-¿No has oído? ¡Siéntate!

El esquelético profesor, con desconfianza, y a ritmo lento, pues no podía casi mantenerse en pie, tomó asiento en el otro extremo de la mesa.

-¡Traed la cena!—dijo el noble.

Apareció una de las criadas con dos platos, el interior de los mismos estaba cubierto con tapaderas. Al igual que los cubiertos que había sobre la mesa, las dos piezas eran doradas, símbolo de la región más rica del reino. La criada primero destapó el plato del señor, descubriendo una enorme pata de jabalí asada. El aroma que desprendía invadió el salón en cuestión de segundos. Posteriormente la criada destapó el plato de Lute, dejando ver sobre el mismo un miserable trozo de carne, crudo y aún sangriento.

-No pensarías que te daría la mejor parte, eres un delincuente, no lo olvides— aun así, es mejor que lo que te dan en la celda ¿me equivoco?

Lute comenzó a comer con ansias, hacía tiempo que no probaba bocado, y

menos carne, un producto que no toda familia se podía costear en esos momentos. Además, debido a la escasez de lluvias la carne escaseaba, pues al haber menos vegetación, hay menos ganado que se alimenta de la misma.

-Te preguntará para qué te he hecho llamar. Bien, te daré la posibilidad de redimir tu delito—Martín comía a la vez que hablaba provocando la salida de carne de jabalí de su boca—Voy a emprender un nuevo negocio, un viaje, donde el hombre no ha llegado jamás. Voy a acabar con los problemas de recursos de este reino—Lute oía sin parar de comer—eres el único de este pueblo que sabe leer y escribir, me vienes bien para el viaje. Conoces lenguas extranjeras, geografía, historia... en fin, necesito alguien que documente el viaje, cada cosa que veamos, cada descubrimiento que hagamos, y lo más importante, que sirvas de intérprete con los pueblos que encontremos para poder establecer las relaciones comerciales.

-Señor, tengo aquí esposa e hija. Puedo pagar mi delito en la forma que decidáis, os serviré, os limpiaré los establos, los barcos, pero por favor, no me apartéis de mi familia.

Martín se levantó de la mesa, se limpió la boca y se dispuso a abandonar la sala, pero tras dar varios pasos se detuvo y se giró hacia el profesor.

-¿Ya has acabado con tu historia?, ahora te contaré yo una, profesor. ¿Conoces la leyenda de Teobi? ¿no? El dios Teobi supo de Profetio, divinidad de los augurios, estaba destinado a ser derrocado por uno de sus propios hijos, así como él había derrotado a su padre. Y por ello, para evitar ser destronado del trono de los dioses, se tragaba a cuantos hijos tenía tan pronto como nacían.

Lute abrió los ojos de par en par y miró sobre el plato en el que acababa de cenar. De momento comenzó a vomitar, su rostro se volvió morado, apenas podía respirar. Martín miraba impasible mientras el profesor intentaba

expulsar la carne que había cenado.

-Partirás al alba si queréis volver a ver a la única hija que te queda— dijo Martín mientras caminaba en dirección a la salida de la sala.

Los guardias agarraron al profesor y se dispusieron a devolverlo a la mazmorra.

Capítulo XXVI. Sustitución

El misterioso joven de los ojos esmeralda bajaba las escaleras que daban acceso a la planta superior de la posada, estaba exhausto y bastante sudoroso, la relación sexual que acababa de tener le había dejado casi sin fuerzas.

Vestido con sus tradicionales harapos marrones, bajó los peldaños uno a uno apoyándose en la barandilla. Cuando le quedaban apenas unos peldaños para finalizar la bajada, pasó algo inaudito, una pequeña joven de corta edad subía los peldaños acompañada de un hombre que tal vez la cuadruplicaba en edad, el cual le regalaba el oído con dulces y pasteles para ganarse su confianza. Era Helena, la hija del profesor, no podía creérselo. ¿Cómo podría haber acabado aquella pequeña trabajando en la posada?

En segundos, y como conocedor de aquel lugar, supo que toda mujer o niña que entra en ese lugar para ejercer la prostitución tenía bastante difícil su salida, a menos que alguien pagara por triplicado lo que le había costado al dueño del local la compra de la joven, pues el posadero pagaba auténticas fortunas por sus chicas, con lo cual no permitiría que marchasen. Cuanto más jóvenes e inexpertas, más caras.

Cuando se cruzaron se miraron fijamente, el joven siguió con la mirada hasta que el primer peldaño de la escalera extinguió la visión de la niña. Pensó que tenía que hacer algo, se lo debía por el trato que le habían dado aquel día en su casa, y cuando se dispuso a subir de nuevo las escaleras oyó una voz desde la sala de la taberna.

-¡Eh!, ¡tú!, ¡rata!

Era Malco, que se encontraba bebiendo vino en la posada. El joven de los

ojos esmeralda quedó atónito ante él, pues el noble había prometido aquel día en el callejón que la relación entre ambos no se había finalizado allí.

Saltando los dos últimos escalones que le quedaban salió corriendo hacia la puerta de la posada. Malco agarró su espada y corrió tras él, cuando llegó a la calle vio que su antigua presa cruzaba una de las esquinas, y se dispuso a seguirle lo más deprisa que pudo.

Llegar hasta la rata, como él lo llamaba, no era fácil, poseía una agilidad y velocidad fuera de lo común para su edad. Tal vez haya sido su experiencia en la calle la que le haya dotado la capacidad de escabullirse con facilidad.

Cuando el joven noble llegó a un cruce de calles miró buscando a su presa, no la encontraba, y al levantar su brazo para limpiar el sudor de su frente vio al joven correr por los tejados. Malco reanudó la persecución.

Pronto se percató el noble que la persecución le había llevado hasta el puerto de Aguas Pardas, el cual estaba muy revuelto, más de lo normal. Numerosos hombres transportaban mercancías hacia varias naves, proveyéndolas de víveres. Se paró buscando de nuevo a su presa tras unas cajas de pescado, y vio como su víctima se escondía bajo unas viejas redes de pesca que habían abandonado allí.

Cuando llegó hasta ellas desenvainó. Él no podía ver a su presa, oculta en la improvisada madriguera de cuerdas, pero esta desde debajo de ellas sí que le veía a él.

Apuntó con el pico de su espada hacia las redes para dar una estocada, y cuando la punta de la misma llegaba hacia su fin Malco sintió un duro golpe en su espalda. Un enorme mero moribundo había saltado desde su caja, consiguiendo tropezar con el cuerpo del joven, haciéndole perder la concentración durante unos segundos, los cuales fueron aprovechados por su

víctima para salir de las redes y escapar.

Corrió con todas sus fuerzas, hasta perderse entre los trabajadores del puerto, vio una rampa que daba acceso a uno de los barcos que se encontraban atracados en el puerto y decidió esconderse en él. Corrió por la cubierta del barco, escabulléndose de la poca tripulación que existía sobre él, entró en una de las estancias y divisó un gran barril, quitó la tapa, solo había un tercio del tanque lleno de agua, se introdujo y se encerró en él.

Capítulo XXVII. Vientos de Incertidumbre

El puerto estaba abarrotado. Martín no daba abasto a dar órdenes a los trabajadores a pesar de que tenía a su hermano y a sus hombres de confianza ayudándole. Mientras inspeccionaba a los trabajadores vio a Lute parado en medio del puerto, acompañado de dos guardias. Martín se acercó.

-Buenos días profesor. Espero que hayas descansado bien. El viaje será largo, tanto que ni tan siquiera sé dónde vamos, pero no te preocupes, una vez que alcancemos tierra podrás follarte a todas las putas que desees— bromeó el noble.

Lute no paraba de mirarle a los ojos, no había podido dormir tras la cena de la noche anterior. Le dolía el costillar de vomitar, los ojos de llorar y la cabeza de pensar, pero tal dolor físico no hacía sombra con el dolor de su propia culpa al pensar en el castigo en el cual él mismo había sentenciado a su familia por su acto con Malco.

-¡Vamos hombre! ¡cambia esa cara! ¡estás a punto de vivir una aventura!— le dijo Martín mientras le daba un pequeño golpecito en el brazo.

Cuando el noble se acercó a la que sería la nave capitana, Alfonso, el náufrago, fue hacia él.

-¿Has repartido la tripulación entre los barcos?—preguntó Martín.

-Sí señor, todos están en ellos, solo queda dar la orden de zarpar, todo está listo.

Martín miró a una de las velas del que sería su barco, era inmensa, y de un rojo intenso que recordaba a la grandeza de civilizaciones anteriores. En el

centro de la misma el escudo de su Casa, un enorme sol dorado que ondeaba sin parar.

-Nos vamos—pronunció mientras comenzó a caminar hacia la nave.

Capítulo XXVIII. Silencio

El médico salió de la habitación del rey y cerró las puertas dando la espalda a todos los que estaban en la sala. Todos estaban el silencio, los consejeros se miraban unos a otros, la reina era la única que permanecía sentada.

-Y bien doctor ¿Cómo está el rey?—preguntó uno de los consejeros mientras el resto se acercaba al médico.

-Veneno es la causa de su dolencia, he tomado unas muestras de sangre para analizarlas, la sustancia es fuerte, tal vez sea de algún tipo de serpiente. Se ha pasado la tarde delirando, dice que la muerte le acompaña cada noche, que vela cerca de su cama.

-Tenéis que salvarlo—dijo la reina secándose las lágrimas.— El rey no puede morir, no puede dejarme sola—En ese momento rompió a llorar. El hombro de uno de los consejeros no era suficiente refugio para el malestar que aparentaba la reina.

Dos de los consejeros, apartados de la escena, pero pendientes de ella, estaban hablando en voz baja para evitar publicar su conversación, la reina, aunque no podía oír lo que decían podía imaginárselo, y disimuladamente los observaba.

-¿Te has fijado en la reina? Aún no se ha muerto el rey y ya está vestida de negro. Esas lágrimas son como las de un reptil—Le dijo uno al otro mientras señalaba con sus ojos a Mailen.

-Haré cuanto pueda alteza, tenéis mi palabra, aunque está difícil—dijo el médico para calmar a la reina—me retiro, tengo que analizar la sangre del rey. Que tengáis buena tarde—. El médico salió de la sala despidiéndose de los

consejeros, los cuales se acercaron a la reina.

Tras un breve silencio, uno de ellos rompió el mutismo.

-Alteza, sé que no es el momento, pero tenéis que pensar en lo peor. Si el rey no mejora tendrá que firmar la declaración de muerte estableciendo su heredero—la reina cesó en su llanto.

-Mi esposo no va a morir.

-Todos esperamos eso alteza, pero si ocurriese... sin hijos varones... puede desencadenarse en Betalia una guerra civil por el trono, todas las casas nobles lucharán para ocupar el mismo, podríais perderlo. Todos sabéis que varias familias, y no solo betalas, estarían dispuestas a luchar por él. Es algo que debemos evitar.

Mailen se secó las últimas lágrimas que le quedaban en las mejillas.—¿Y quién es el sucesor de mi esposo? No tiene hermanos.

-El primero en la línea sucesoria es Martín, de la Casa Fadique. Pero se encuentra en un viaje del cual no se sabe si tendrá retorno. Si el rey fallece y Martín Fadique no se encuentra en Betalia, tendría que ser su hermano gemelo, el cual mora en Aguas Pardas—. Otro de los consejeros narraba los problemas de quienes serían los sucesores al trono mientras que la reina oía sin perder detalle.

Aloys se encontraba acostado sobre su suave y cómoda cama, ahí se pasaba el día desde hacía varias semanas. Miraba fijamente al lado de las cortinas, donde la luz de las velas no alcanzaba. Como siempre, los ojos luminosos le observaban, aquella figura nunca le hablaba, tan solo le miraba.

Aloys ya le había perdido el miedo, sabía que era la muerte reclamándole, a la cual únicamente le quedaba aguardar el momento para poder llevarse el alma

del rey. Algunas veces Aloys le habló, pero aquella delgada figura de ojos brillantes únicamente le miraba.

A la mañana siguiente Mailen había reunido a los consejeros de la corona para comer, el motivo era hablar sobre los posibles sucesores del rey y evitar una guerra por el trono. La corona ya estaba bastante debilitada en el resto del continente, una guerra acabaría por destruirla.

Los dos consejeros que hablaron sobre el atuendo de la reina tras la visita del médico el día anterior no hablaban, únicamente oían. Tanto ellos como la reina sabían que había tensión, cada cruce de miradas entre ellos era sinónimo del herrero afilando los cuchillos de un carnicero.

La doncella de la reina iba sirviendo a cada uno de los comensales de la mesa mientras estos conversaban. La reina, al gesticular durante la conversación, tiró una copa, provocando que el vino de su interior cayera derramado sobre el mantel y el suelo, lo que hizo acercarse a uno de los perros del rey que se encontraba tumbado sobre la alfombra junto a la ventana. Mientras el animal bebía continuaba la conversación.

-Creo que Betalia necesita un rey joven y fuerte, con larga vida, además el pueblo aprobará a un nuevo monarca si el sucesor de mi esposo lleva su sangre—dijo la reina.

- ¿En qué candidato pensáis alteza?— preguntó uno de los consejeros que desconfiaba de la reina mientras echaba hacia atrás su cuerpo, reposándolo sobre el respaldo de la silla.

-Creo que la reina lleva razón, si sentamos en el trono a un rey de edad avanzada Betalia no tardará mucho tiempo en tener el mismo problema—contestó otro de los presentes.

-Malco Fadique puede ser un buen candidato—dijo Mailen.

-¿Malco? ¿El sobrino de Martín? Con todos mis respetos señora, el joven señor no está instruido, está acostumbrado a los escenarios de la pequeña Aguas Pardas, no posee experiencia militar, ni económica, ni...

La reina interrumpió al consejero—¿Acaso el lobezno nace siendo el líder de la manada? Su madre caza para él hasta que este abandona el cubil.

Uno de los consejeros que no se fiaba de ella intentó echar por tierra el argumento de la misma.—Malco Fadique no posee la edad para sentarse en el trono majestad, aún le queda un año para su mayoría, no es una opción válida.

-Lo sé. Es justo lo que necesitamos para su formación, yo quedaré en la regencia mientras vosotros, fieles consejeros del rey, instruís al joven. Nadie mejor que vosotros para adoctrinar al sobrino del rey—contestó la reina.

De pronto el perro que había bebido del suelo comenzó a emitir fuertes sonidos. Cayó al suelo como cae una piedra por la ladera de un acantilado. Cuando todos se asomaron, el animal tenía la boca llena de espuma blanca.

-¡Está envenenado! ¡Esa hija de puta ha intentado envenenarme!—gritó Mailen mientras señalaba a la doncella, la cual entró en pánico.

Los gritos de desesperación de la reina recorrieron los pasillos del castillo, provocando que en cuestión de segundos dos parejas de guardias se presenciaran en el salón comedor.

-¡Apresadla! ¡Ha intentado matar a la reina!—ordenó uno de los consejeros.

-¡Ella es la culpable de la dolencia del rey! ¡ella!—gritaba Mailen.

Los guardias apresaron a la doncella, la cual gritaba y lloraba sin parar, sabiendo que sus días estaban contados. Los consejeros, que habían estado consolando a la reina hasta que se calmara, salieron del salón comedor cuando esta les pidió que la dejaran sola. Una vez que se encontraba sin más

compañía que la de ella misma y sus falsas lágrimas, miró al perro y murmuró: -perro apestoso, ¡Catalina!- llamó a una de las criadas- ¡Limpia esta mierda!- le ordenó refiriéndose al perro.

La reina salió del salón comedor convencida de que había acabado con dos de sus problemas: las sospechas hacia ella y que ya no tenía testigos sobre sus visitas a la anciana a la que apodaban la Lechuza, ya que la doncella que culpó es la que la acompañó en la compra del veneno aquel día.

Capítulo XXIX. Polizón

Llevaban una semana navegando, habían suscitado varios encontronazos entre la tripulación, las viejas redecillas entre celdas fueron el único equipaje que llevaron los expresidarios en el viaje. A veces Martín pensó que podría llegar el momento de no poder controlarlos, el noventa por ciento de la tripulación habían salido de las cárceles para terminar su condena en tal viaje, tal vez por ese motivo cumplirían lo dispuesto por el señor de Monte Dorado, quien había prometido la libertad para todos ellos al regreso.

La noche había caído, solo se oía el sonoro océano. El encargado de la cocina hizo llamar a Martín.

-Señor, tenemos un tripulante que roba comida. Las raciones no cuadran.

-¿Estás seguro?-, preguntó el noble.

-Tenemos dos raciones por tripulante al día, si contáis las gastadas y las que sobran veréis que faltan siete raciones. No hay duda, alguien está robando comida.

Martín citó en la cubierta a toda la tripulación, ordenó que se pusieran en fila, bajo la luz de las antorchas. Algunos fueron despertados, cosa que no les había gustado.

El noble, con voz firme, contó a la tripulación el robo, y pidió que el culpable diera un paso al frente. Ante la impassividad de los hombres Martín anunció que cerrarían la cocina y no se probaría bocado hasta que tuviese ante él el ladrón. Esto cayó como un jarro de agua fría sobre la tripulación, pues bastante duro es la vida del marinero como para no alimentarse. La tripulación

comenzó a alterarse, todos comenzaron a discutir entre ellos, algunos incluso llegaron a acusar a otros con el verdadero motivo de solucionar las viejas rencillas de prisión que llevaban en los macutos. Martín pedía silencio a los hombres, los cuales desoían las órdenes. Así que para poder apaciguar la situación se acercó a uno de los tripulantes y lo arrojó por la borda. Todos se calmaron.

-¡El próximo que abra la boca será la cena del resto!

En ese momento se oyó los gritos del cocinero

-¡Señor, señor!, ¡Venid, rápido!

El cocinero, que se había quedado en la cocina preparando la cena, había ido a uno de los barriles a por agua para la comida, y cuando lo destapó encontró al verdadero ladrón.

Martín y su tripulación entraron en la cocina, donde se encontraba el cocinero apuntando con un cuchillo al joven que se había escondido huyendo de Malco, a quien había conseguido arrinconar. Lute, que estaba presente no podía creer lo que estaba viendo, una vez más en su vida se había cruzado con su alumno de ojos esmeralda.

Martín agarró por los pelos al chico y lo sacó a la cubierta, cuando llegaron a ella lo empujó, cayendo este al suelo.

-¡Maldito ratero!, ¡aquí acaba tu viaje rata!—desenvainó su espada y la levantó con el objetivo de dejarla caer sobre el cráneo del joven. Lute intervino.

- ¡Esperad! – cuando el noble oyó al profesor se giró hacia él— Mi señor, acabáis de tirar a un hombre por la borda, en estas condiciones, y cuando llegemos a tierra necesitaremos todas las manos posibles para el trabajo, creo que el mejor castigo para el joven es que ocupe el lugar del otro que

habéis tirado. Pensadlo—dijo en voz baja.

Martin bajó su espada y pensó unos segundos— estás en este viaje por tu inteligencia, es tu único trabajo. Si piensas que es indispensable que se quede, así será, pero procura que no de problemas, o pagarás tú por él. Te hago responsable del polizón.

Lute acompañó al joven hacia un montículo de paja que había cerca de donde él dormía—dormirás aquí—.El chico se acurrucó sobre su lecho mientras oía sin responder las preguntas del profesor.— ¿Cómo has acabado aquí? ¿has visto a mi hija?

El profesor no quiso preguntar por su esposa sabiendo el destino que le había deparado. Al final, sin obtener respuesta, el sueño les venció a ambos.

A la mañana siguiente, el tripulante que despertó primero, atravesó el resto de cuerpos que descasaban sobre el suelo del barco, cuando llegó a cubierta y se dispuso a orinar sobre la borda, pero antes de conseguir sacar el miembro de sus pantalones oyó unos ruidos que venían de las escaleras que daban acceso a las bodegas, se acercó y contempló algo que le hizo enervar como el cráter de un volcán: encontró al joven misterioso rodeado de ratas, alimentándolas.

-¡Hijo de perra! ¿cómo puedes malgastar la comida así?

El joven se asustó y salió a correr, los gritos del expresidiario despertaron al resto del barco, he hizo que todos salieran a cubierta. Cuando llegaron, el tripulante que había descubierto la escena contó lo que había visto. Martín se acercó al joven desenvainando su espada nuevamente mientras miraba a Lute:

-Te dije lo que pasaría si provocaba problemas, después iré contigo.

El joven comenzó a respirar fuertemente, Martín hizo un movimiento con su espada con la intención de que la hoja de la misma abriera en canal al joven,

pero este, con su facultad de ligereza lo pudo esquivar, aunque la hoja consiguió rasgar la parte superior de los harapos que le vestían.

-Pero... ¿qué cojones...?-, pronunció el noble extrañado.

Unos pechos del tamaño de dos jóvenes manzanas colgaban del busto del joven ante la mirada atónita de todos.

-¡Es una mujer!-, gritó uno de los tripulantes.

Lute estaba estupefacto, no podía creer lo que veía. En cuestión de segundos repasó todas las escenas en las que se había cruzado con la joven, desde sus visitas a la ventana de su escuela, hasta el cruce en las escaleras del Coño Áureo aquella lluviosa tarde, y comprendió entonces que no era compañía lo que buscaba en aquel lugar, sino que ella misma era quien la ofrecía. Por un momento pensó que, a pesar de estar nutrido intelectualmente, sintió que realmente no sabía nada de la vida.

Capítulo XXX. El Hijo del Silencio

Gálega había sido arrasada por los boleros, los soldados aguantaron cuanto pudieron para mantener la ciudad en pie, pero nada pudieron hacer para evitar el derribe de los muros. Antes de ello, Efrén de Gálega pudo sacar a su esposa e hija consiguiendo salvarles la vida. Pensó pedir asilo a los Llágara, quienes habían tomado la capital, pero la zona no estaba aún asegurada, por lo que fue hasta los dominios de la Casa Fadique pidiendo auxilio.

-Jamás podré agradecerlos los que hacéis por mi familia—Efrén se sentía muy agradecido porque el patriarca de los Fadique les haya abierto las puertas de su casa. Estaba consternado, pues no solo había perdido sus posesiones en la guerra, sino que su potente flota, y motor de su economía, aquella que había enviado en la guerra a favor de los Llágara en la lucha, yacía en el fondo del océano.

-Esta siempre será vuestra casa, aquí estáis a salvo, además, a vuestra pequeña Mailen le vendrá bien la compañía de mis gemelos.

A pesar de ser tierra extraña, los Gálega supieron adaptarse bien al nuevo entorno. Pronto la pequeña Mailen haría buenas migas con Martín, uno de los gemelos. Era un par de años mayor que ella y destaca por su ingenio en juegos de estrategia.

Ambos pasaban el día juntos, jugaban a escenificar viejas historias de caballeros y dragones, donde ella era capturada por la enorme bestia, pero siempre el príncipe era el héroe que conseguía salvarla de las garras del dragón.

Los diez años que duró la guerra dieron para mucho, los pequeños ya no eran

tan jóvenes, cambiaron los juegos de viejas leyendas por la búsqueda de escondrijos donde desatar su adolescente amor, y el beso de gratitud de la princesa rehén del dragón a su liberador se cambió por los juegos húmedos de una suave cama.

Entre los Llágara y los Gálega existieron conflictos al finalizar la guerra contra los boleros. Los Gálega fueron los que más perdieron en ella, fue la casa más devastada. Haciendo honor a la amistad ancestral entre ambas familias, el que fue el primer rey tras vencer a los boleros prometió al señor de los Gálega comprometer a su primogénito y heredero al trono, Aloys, con la pequeña Mailen, devolviéndole así el favor por haberlo perdido todo apoyándolo en la guerra.

Pero una noche, Efrén se entera de que Mailen está embarazada, no podía creérselo, su hija, prometida del príncipe, esperaba un hijo de otro. Hubo una gran discusión entre los patriarcas de las Casas Gálega y Fadique, Efrén se había tomado como una traición que Martín embarazara a su hija, ya que a esta le esperaba el trono. No podía permitir que el honor de su familia quedara manchado por el juego de dos adolescentes.

Tras una larga noche de deliberaciones se decidió mantener en secreto el embarazo, y cuando Mailen diera a luz sería el gemelo de Martín quien se quedaría con la criatura, para que a los ojos de todos fuera hijo de este. El padre de Martín había pensado en hacer desaparecer la criatura, pero cuando nació el bebé no podían permitirlo, al fin y al cabo, era un Fadique.

La noche que le arrancaron de sus brazos a su hijo fue tormentosa, jamás la olvidó, sintió que la desgarraban, padeció un dolor más intenso que el físico, le partieron el alma. Iban a arrebatarse a su hijo, fruto del amor. Podría verlo a lo largo de su vida, pero este jamás sabría la verdad. Mailen endureció su corazón, pero prefería esto a que lo hicieran desaparecer. Al menos tendría la

suerte de saber de él en todo momento. Pero todo esto significó una herida en su alma, en su corazón, y con la que tendría que aprender a vivir el resto de su vida.

Capítulo XXXI. Visita con la Muerte

El rey había firmado su declaración de muerte. En un estado no muy consciente, había abdicado en Malco, quien ya había sido llamado para que iniciara su viaje al castillo, en el cual únicamente quedaba esperar la muerte del monarca y celebrar su funeral de Estado.

A Malco le esperaba un año de duro trabajo, que era el tiempo que le quedaba para su mayoría de edad y poder ejercer como rey absoluto, no sin antes formarse para ocupar el trono, tiempo además en que estaría la reina Mailen en la regencia.

Como siempre, Aloys se encontraba en su cama, tumbado, rodeado de paños ensangrentados. Ya no comía ni bebía, su locución se asemejaba ya más a la de un borracho de taberna que a un monarca.

La noche antes de que Malco llegara al castillo sucedió algo extraño. Mailen, desde su habitación, oyó un ruido que provenía de la recámara del rey. Era el sonido del ahogamiento de un hombre. Rápido se levantó de su cama, agarró una lámpara de aceite y se dispuso a caminar por el pasillo que da a la habitación del rey. La galería estaba oscura. No sintió miedo, todo lo contrario, sabía que el sonido que oía era el último que emitiría el monarca, había llegado la hora, al fin se produciría el fruto de su esfuerzo y por lo que tanto tiempo se había jugado la vida.

Cuando llegó a la puerta de la habitación la abrió sin pausa, ya poseía en el rostro la expresión que había estado ensayando durante su recorrido por el pasillo, una expresión de dolor, de amargura, de viuda.

Cuando abrió la puerta se vio algo que le produjo un escalofrío, una figura, de

la que pudo deducir que era femenina, estaba agachada al lado de su esposo. Le estaba introduciendo dos de sus blancos, largos y delgados dedos en la boca, hasta el punto que el monarca, sin fuerzas para apartar su cara, estaba ahogándose. Fue tal el susto que Mailen se llevó que se le cayó la lámpara que portaba, provocando que aquella figura volviese su cabeza hacia la reina.

Mailen observó aquellos ojos brillantes, mirándola fijamente. Era una mirada felina y fría, escondida entre la oscuridad, entre aquellos largos cabellos grises, entre aquella caperuza oscura.

La reina gritó, miró hacia detrás llamando a los guardias, y cuando volvió la mirada hacia su esposo aquella figura había desaparecido.

A la mañana siguiente Malco entró por las puertas del castillo, le acompañaban un grupo de hombres que le transportaban su equipaje. Cuando el joven entró en el salón principal Mailen iba bajando las escaleras.

-¡Malco! ¡bienvenido!

-Majestad—saludó haciendo una reverencia.

-Espero que vuestro viaje haya transcurrido gratamente— la reina continuaba bajando las escaleras.

- Gracias Majestad, el carro que enviasteis en mi búsqueda es bastante cómodo.

- Vamos al comedor, estaréis hambriento— le dijo la reina amorosamente mientras echaba un brazo por el hombro del joven y con el otro le mostraba hacia donde tenía que caminar.

En ese momento vino otra voz desde la escalera.

-¡Sobrino! ¡Qué alegría verte!

Ante los ojos de ambos el rey comenzó a bajar las escaleras del salón. Su aspecto era jovial, nadie diría que se había debatido entre la vida y la muerte. Mailen, que se había quedado perpleja, no daba crédito a lo que estaba viendo.

- ¡Mi señor!, ¿qué hacéis levantado? ¡el médico aconsejó que guardarais reposo!—Mailen no salía de su asombro.

-Tranquila mujer, hacía tiempo que no me encontraba tan bien, ¡estoy mejor que nunca! ¡vamos sobrino, tenemos mucho de qué hablar! Hace mucho que no nos vemos...

El rey colocó su brazo sobre los hombros de Malco y se direccionaron los dos hacia el salón comedor. Mailen quedó paralizada, no se atrevía a dar un paso, no pudo continuar tras Aloys y el sobrino del mismo.

Ya en el comedor, el sobrino del rey se encontraba comiendo, le habían servido un gran manjar, digno de un noble tras un largo viaje. Mientras Malco comía, el rey, sentado frente a él, se disculpaba por haberle hecho venir de balde. Su argumento se centró en que había pasado una gripe, pero que ya se encontraba bastante mejor. Le agradeció su rápida llegada ante la llamada y su preocupación por su estado de salud.

Mailen se encontraba sentada en una silla, presenciando la escena, y seguía sin salir del asombro cuando recordó a la figura que vio junto a su marido la noche antes, aquella que le ahogaba con sus dedos. Aquel ser había salvado la vida de su marido, pero lejos de sentir gratitud, apretó sus puños agarrando los faldones de su vestido.

Esa misma noche, Mailen fue a la habitación de su esposo. Llevaba un blusón que permitía la visibilidad de sus encantos femeninos. Se acercó a la cama y se sentó sobre las piernas del monarca, el cual estaba tumbado boca arriba.

-Hoy no Mailen, estoy cansado, aun no estoy recuperado del todo.

La reina se acostó sobre el lado de la cama adoptando la misma postura que su marido, quien seguidamente se dio la vuelta dando la espalda a su esposa.

-¿Sabéis algo de la expedición?—preguntó el monarca.

-No mi señor.

En ese momento la reina sacó de su casi transparente blusón un cuchillo que había cogido de la cocina antes de ir a la habitación de su esposo, lo llevaba oculto entre el cinturón y sus carnes, provocándole un pequeño rasguño. Lo agarró con fuerzas y levantó su brazo mientras se le escapaba una lágrima de rabia. En ese momento el rey se dio la vuelta y se colocó frente a ella. Mailen tuvo tiempo de esconder el cuchillo.

-Mañana Malco partirá a primera hora. Yo me reuniré con el Consejo, tenemos que tratar el asunto de la expedición. Ahora iros, necesito descansar.

Mailen hizo caso, se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. Cuando agarró las manecillas de la misma preguntó a su marido mientras ella estaba de espaldas a él:

-¿Mi señor, anoche tuvisteis visita?

-¿Visita?—preguntó el rey extrañado.

-Sí, aquí, en vuestra habitación—La reina seguía de espaldas.

-He estado varias semanas inconsciente, no he recordado quien soy hasta esta mañana.

- Lo habré soñado entonces, que descanséis mi rey— Mailen salió de la habitación.

Capítulo XXXII. Pluma a la Deriva.

“Día septuagésimo primero desde el embarque. Los ánimos de la tripulación se han desvanecido. Llevamos tres días que no comemos más que los gusanos que crecen en nuestras propias heridas. Las provisiones se acabaron hace una semana. No se pensó que el viaje fuera a durar tanto tiempo, y aunque tuviésemos provisiones suficientes, estas se habrían podrido.

Para apagar nuestra sed bebemos orina y agua del mar, la cual filtramos con unos harapos y unos compuestos químicos, pues en el agua traída han florecido sanguijuelas. No queda nada, nos hemos comido hasta las ratas de la nave, no queda ninguna.

Los hombres caminan sin alma, sin rumbo, así como nuestros barcos van a la deriva. Hace un par de semanas hubo un intento de motín. Quisieron tirar a Martín Fadique, capitán del barco, por la borda. Suerte que aún quedan hombres con honor, a pesar de dónde vienen, que pudieron evitarlo.

Las otras dos naves presencian la misma situación que nosotros. Las tórtolas que utilizamos para comunicarnos también están si comer. Más de un tripulante les ha echado el ojo, pues al fin y al cabo es más sabrosa que los gusanos de los que nos alimentamos.

La pequeña de ojos esmeralda sigue sin mediar palabra. Desde que descubrimos que es mujer estoy mucho más preocupado por ella, pues una jovencita, de mirada hechizante, entre tanto escombros social, es cuanto menos tentador.

Ayer mismo uno de los tripulantes, acusado de violar a quince ancianas en Aguas Pardas, intentó sobrepasarse con ella. Sabe defenderse sola, es cuanto

le ha tocado vivir en la calle. Le respondió clavándole un anzuelo en una de sus orejas.

Anzuelos, ni esos valen, la pesca es bastante escasa, apenas sacamos un cuarto de pez por día y cabeza.

Martín sube cada día al mástil, con la esperanza de hallar tierra. De vez en cuando suelta un halcón, esperando que no regrese, que haya encontrado tierra, o que traiga una presa, pero siempre vuelve. Todos pensamos en lo mismo, estamos en medio de la nada, estamos en el fin del mundo.

No puedo mirar a los ojos de Martín sin recordar todo cuanto me hizo. Qué habrá hecho con mi mujer, qué habrá hecho con mi pequeña Helena. A veces se me pasa por la cabeza atravesar su cráneo con una ballesta. Pero pienso en mi preciosa hija, la cual me está esperando, esperando que la salve. Tengo que aguantar por ella, no puede recordar durante el resto de su vida que su padre la abandonó.

No sé cuanto nos queda entre estos tablones de madera que flotan en este inmenso océano, auguro que no mucho tiempo. Pero si no sobrevivo, puedo decir que he visto la compasión del hombre, un sentimiento de unidad que ahonda entre los corazones que se sienten perdidos, pues hemos dejado de ser expresidiarios en busca de la libertad, ahora somos hermanos de supervivencia, que es mucho más profundo que de sangre.

Me paso el día sentado en esta decorada mesa haciendo mi trabajo, escribir cuanto veo, cuanto oigo, cuanto siento. Trazando mapas sobre la posible ruta que estamos navegando y sobre la que podríamos llevar. Pero estoy agotado, hambriento y depresivo. Menos mal que mi mesa de trabajo es mucho más lujosa que la de mi humilde escuela. Tiene gracia ¿no?, toda mi vida viviendo entre moscas y ahora mi tumba cuesta más que lo que valgo yo en la sociedad.

De lejos se ve cómo se acerca una tormenta, creo que esta noche será bastante movida. No sé si aguantaremos, pues la fuerza de nuestros cuerpos nos ha abandonado, por ello quiero escribirte a ti hija, si no sobrevivo sé que jamás leerás esto, pero necesito volcar mis sentimientos sobre este pergamino a través de esta pluma dorada. Quiero que sepas que te quiero, que quise a tu madre como jamás alguien puede querer a otra persona, y solo espero que encuentres a alguien que te haga tan feliz como tu madre me lo hacía a mí. Espero que tu vida sea un sendero recto, sin cruces, sin bifurcaciones. No tendría tinta ni papel suficiente en este barco, ni tan siquiera tablones de madera, para expresar todo lo que siento por ti, te echo de menos, te quiero.

Tu padre.”

Capítulo XXXIII. Duelo de Reyes

A la mañana siguiente Mailen despertó muy pronto, la noche anterior había ordenado a la cocinera que preparara unos ricos pasteles y zumos para desayunar. Su intención era desayunar a solas con Malco, estar con su hijo sin que nadie pudiese molestarlos. Sabía que no podía tratarlo de forma maternal, pero con mantener unas palabras con él se daba por satisfecha.

Bajó las escaleras a prisa, el castillo olía a dulces, era lo que había ordenado. Se dirigió rápidamente al salón comedor para comprobar que todo estaba perfecto para el desayuno, todo debía estar perfecto. Cuando entró por la puerta se encontró a Malco desayunando con su tío.

-¡Buenos días esposa!–saludó el rey.

-Alteza–reverenció el joven noble.

-Qué temprano os habéis levantado hoy mi señor–el tono irónico de Mailen se podía palpar con los dedos.

-¡Normal!, ¡con el sabroso olor a pastel paseando por el castillo se hubiese levantado hasta un muerto!–Tío y sobrino comenzaron a reír ante la broma del monarca.– No sé si vivimos en un castillo o en una panadería– el rey siguió bromeando.

El enfado de Mailen aumentaba por segundos, si hubiese sido un dragón hubiese incinerado toda la estancia.

La cocinera cogió un servicio y se lo puso a la reina en la mesa mientras esta se sentaba.–¿Habéis descansado bien joven Malco?–preguntó la reina.

-Sí majestad, muchas gracias por vuestra hospitalidad.

El rey hizo un amago de levantarse de la mesa.—Quiero probar esos pasteles de ahí—dijo señalando a una bandeja de dulces que se encontraba en una mesa auxiliar.

-No os levantéis, no podéis hacer esfuerzos, ¿lo olvidáis?—La reina se levantó de su asiento rápidamente dirigiéndose a la bandeja de pasteles. Cuando llegó a la mesa auxiliar ordenó a la cocinera que fuera a la cocina a por más zumo. Cuando esta se alejó y Mailen se cercioró de que nadie tenía la vista puesta en ella, se quitó el broche que cerraba el paño de seda que cubría el busco de su vestido, le quitó la aguja de enganche, pasó la yema de su dedo por la punta y se cercioró de que estaba afilada y la introdujo en uno de los pasteles. A continuación, se dio la vuelta y colocó la bandeja de dulces frente a su esposo. -Aquí tenéis mi señor.

Mailen se sentó en la mesa y preguntó a Malco si había preparado ya el equipaje de regreso a Aguas Pardas. Mientras hablaba con el joven no paraba de mirar por el rabillo del ojo a su marido.

-Tío, ¿Puedo probar uno de esos?—dijo Malco señalando al plato que le había colocado su esposa delante.

-Será mejor que no, ya habéis comido demasiada azúcar por hoy, no quiero que vuestro padre diga que no hemos cuidado de vos— la reina interrumpió rápidamente a Malco.

-Vamos Mailen, son los tíos los que tienen que malcriar a sus sobrinos— contestó el monarca.

-Insisto, creo que no debería comer más azúcar.—Mailen estaba cada vez más nerviosa.

Malco se sentó junto a su tío y comenzaron a comer los pasteles de la bandeja. A Mailen se le iba un trozo de vida cada vez que uno de los dos cogía uno de

esos pasteles. Ambos comían, se endulzaban la lengua, disfrutando como cerdo en su pocilga, ajenos a que verdaderamente estaban ante un duelo de vida o muerte.

Cuando solo quedaban dos pasteles sobre la bandeja Malco dijo al rey que eligiera primero, quedaría mal que cogiera él antes que el monarca.

-No, no. Eres mi invitado, elige tú sobrino.

Malco hizo un gesto de agradecimiento al rey y se dispuso a coger su pastel.

-¿Estáis bien mi señora?— preguntó el monarca a su esposa ante la palidez y sudores de la misma.

A Mailen no le salían las palabras, no podía respirar, no le quedaba vida. Ambos metieron sus pasteles en la boca.

Capítulo XXXIV. La Tierra Prometida

El vaivén del barco había perdido fuerza. El caliente sol daba sobre la cara del tripulante que estaba en la cesta del mástil, el cual dormía, había sido una noche dura, habían atravesado una tormenta digna de cualquier historia contada por viejos marineros de posada. El hombre, que tenía que estar de guardia había sido vencido por el sueño, oyó un sonido extraño. Poco a poco abrió los ojos, con cuidado de no cegarse con los rayos del brillante sol, miró hacia uno de los mástiles que soportaba una de las velas, la cual estaba totalmente destrozada a causa de la tormenta, y allí estaba el motivo del sospechoso sonido: un ave, de casi un metro de altura y vivos colores estaba apoyado sobre la madera.

El marinero se levantó, se rascó los ojos convencido de ver un espejismo, pero cuando paró de rascárselos el enorme y colorido pájaro seguía ahí. Lo primero que pensó fue que qué buen asado se haría, pero pronto cayó en que el ave no formaba parte de la tripulación. Nervioso se dio la vuelta.

-¡Tierra! ¡Tierra! ¡Una isla!

Sus ojos se inundaron en un mar de lágrimas, no podía creerlo, habían sobrevivido.

Las tres naves buscaron una playa donde poder desembarcar, no fue fácil, pues la costa de aquella tierra estaba llena de rocas. Los marineros estaban tan nerviosos, ansiosos e ilusionados como el día que partieron y les prometieron la preciada libertad.

Pasadas unas horas encontraron un lugar donde tirar anclas. Los pasajeros de los tres barcos se echaron a los botes y consiguieron llegar a la playa.

Cantaban, lloraban y gritaban. A pesar de que la distancia entre la orilla y los barcos no era tan larga les pareció un mundo aquella travesía de minutos.

Todo un paraíso estaba ante ellos, aguas de color esmeralda, arenas blancas, palmeras cargadas de frutos y toda una población de cangrejos merodeando por la orilla.

Poco a poco fueron desembarcando, primero fue la nave capitana, aquella liderada por Martín, posteriormente la nave capitaneada por Alfonso Sanz, el náufrago, quien pocos años antes había pisado ya esas tierras, y por último la liderada por el hombre de confianza de Martín.

Todos los tripulantes de las tres naves se reencontraron en la playa.

-¡Maldita!, ¡aquí estás!-Alfonso comenzó a gritar en cuanto vio a la chica de los ojos verdes.

El profesor se acercó corriendo, al igual que Martín. Alfonso intentaba agarrar a la joven, quien esquivaba cada uno de sus movimientos, de pronto agarró un puñado de arena y se lo tiró a los ojos, dejando a la chica sin poder ver.

Lute se puso delante de la joven para evitar que Alfonso pudiese atraparla. Martín no tardó en llegar.

-¿Qué haces viejo borracho? ¿Te ha nublado la razón el no comer?-preguntó Martín al náufrago.

-¡Ella es! ¡Ella es!-gritó señalando a la joven.

Lute seguía protegiendo a la chica, no pensaba quitarse de delante de ella.

-¿Ella es quién viejo inútil?

-Ella es la prueba de estas tierras que llevé a Betalia. ¡Esta maldita se me

escapó!

El profesor miró hacia detrás buscando los ojos esmeraldas de la joven, quien le respondió con mirada de agradecimiento.

-Apártate Lute, es mía.

Alfonso empujó al profesor consiguiendo derribarle y que este cayera en la arena. Pero no sería tan fácil atrapar a la joven, pues todos conocían ya su agilidad, la chica consiguió saltar a uno de los caballos que habían desembarcado y huir. Cuando todos se dieron cuenta la joven ya se había perdido entre el espesor de la hierba que daba paso a la selva que tenían frente a ellos.

-¡Maldito hijo de puta!, ¡por tu culpa se ha vuelto a escapar!—Alfonso cogió un tronco que había tirado sobre la arena con la idea de atacar al profesor, pero en ese momento intervino Martín amenazándole con su espada.

-¡Tranquilízate náufrago!

Alfonso tiró el tronco no muy convencido mientras seguía amenazando al profesor con su mirada. El noble volvió a envainar su espada y dio unos pasos hacia la selva. Frente a ella respiró profundamente pronunciando unas palabras:—Así que no estamos solos en esta isla...

Capítulo XXXV. La Incertidumbre

El rey entró en el salón, junto al fuego se encontraba Mailen, sentada en silencio mirando las llamas. Sus ojos parecían salirse de las órbitas, se había pasado el día llorando desconsoladamente. Su apariencia había abandonado la elegancia que le caracterizaba.

-El médico se acaba de marchar. Dice que se recuperará. Ahora necesita descansar—dijo Aloys mientras se sentaba junto a su esposa.—Sé que le tenéis gran estima a mi sobrino. No sufráis, su juventud es su mejor arma ahora mismo.

Mailen oía las palabras de su marido sin dejar de mirar el fuego.

-¿Y ella?—preguntó a su esposo.

-Mañana morirá en la pila.

La cocinera había sido acusada de traición e intento de asesinato al rey, el cual afortunadamente el destino decidió salvar.

Durante las dos semanas que duró la recuperación de Malco la reina no se movió de su lado. Había cambiado su cómoda y suave cama por un sillón junto a la cabecera del lecho del joven noble. Le cantó nanas durante la inconsciencia del mismo, aquellas canciones que hubiera gustado cantarle de niño, aquellas que no pudo entonarle. Los días que Malco estuvo inconsciente quiso recuperar el tiempo perdido. Le cantó, le cantó cada noche:

“Duerme tranquila tu alma

Que mis brazos custodian tu calma.

Viene, ya amanece el día

*Que mi voz te sirva de guía.
Duerme plácido y tranquilo
Que yo tu sueño vigilo.
Duerme, puedes descansar
y en mi amor podrás navegar”.*

Una de las noches que velaba el sueño del joven, oyó una voz desde su sillón. Estaba en un plano seminconsciente, casi vencida por el sueño, pero pudo oír cómo alguien mantenía una conversación. La voz venía de lejos, se extrañó, pues era demasiado tarde y todos en el castillo dormían ya. Agarró una vela y salió de la habitación de Malco en busca de aquella voz. Anduvo por los pasillos durante minutos hasta llegar al pasillo del cual provenía el motivo que le había interrumpido el sueño. Venía de la habitación del rey.

Descalza y sin hacer ruido, poco a poco se aproximó a la puerta de la habitación del monarca y oyó una conversación:

-¿Entonces, creéis que debo hacerlo?

-Sin duda alguna, solo él tiene derecho al trono si vos faltáis.

-¿Qué veracidad tiene lo que me contáis?

Mailen oía dos voces, una le era conocida, era la de su esposo, pero la otra no la recordaba, aunque le era familiar. En ese momento abrió la puerta de la habitación.

-Mi señor, ¿con quién habláis a estas horas de la madrugada?-. dijo mientras entraba.

Observó que su esposo se encontraba de pie, solo.

-Estoy solo esposa, simplemente pensaba en voz alta, ¿he interrumpido vuestro sueño?

Mailen observó que la ventana de la habitación estaba abierta, el viento empujaba las cortinas de la misma hacia el interior. La reina sabía que Aloys había estado acompañado, pero fuere quien fuere, le había dado tiempo a salir antes de su entrada.

-¿Malco está bien?—preguntó el monarca.

-Sí, mi señor, vuelvo a velar su sueño, buenas noches— La reina salió de la habitación camino a la habitación del joven noble mientras miraba al exterior por cada una de las ventanas del pasillo, intentando averiguar la sospechosa visita.

Tras varios días, cuando Malco mejoró y recobró las fuerzas, comenzó a organizar su viaje de regreso a Aguas Pardas.

La mañana que se producía la marcha de Malco la reina tenía sentimientos encontrados, feliz porque el joven Malco había superado su dolencia, pero triste porque tenía que marcharse. Tras el desayuno, los reyes, desde el balcón principal del castillo contemplaban la marcha del joven noble.

Mientras los criados guardaban el equipaje de Malco en el carruaje, este bajaba por las escaleras principales que daba acceso al castillo. Cuando llegó al último escalón miró hacia arriba para despedirse de los monarcas. Aloys levantó su brazo después de que Malco hiciera una reverencia, y Mailen, una vez más, desconsolada, sonrió.

El joven noble continuó su marcha, tras mediar unas palabras con el cochero entró en el carruaje, y comenzó su marcha.

El rey miraba como el carro se alejaba cada vez más del castillo, y en Mailen

florece el cólera, tanto que acabó empujando desde el balcón a su esposo, haciéndole caer al vacío.

El golpe del corpulento cuerpo de Aloys creó tal sonido que las palomas del tejado del castillo se espantaron asustadas, los gritos de la reina se oían extramuros. El carro de Malco se detuvo.

Capítulo XXXVI. Campamento Esperanza

Hacía dos días que habían desembarcado, con troncos provistos de los árboles de la playa construyeron un pequeño fuerte, al que llamaron Esperanza, en honor a la fortaleza que habían mantenido los exploradores en la larga travesía que acababa de terminar, y donde en infinidad de ocasiones flaquearon.

En esos días pudieron recuperar las fuerzas gracias a los extraños frutos de los árboles que les rodeaban y a la carne de roedores de gran tamaño que jamás habían visto antes. Varias parejas de exploradores partían cada mañana para reconocer el terreno, con la orden de no alejarse más de dos kilómetros. Al regreso de los mismos venían cargados con aquellas cosas que les parecían asombrosas: aves de colores vivos, flores extrañas, insectos desconocidos y hasta una lanza que encontró uno de los exploradores, fabricada con una caña y acabada con una piedra afilada en forma de hoja.

El profesor, aunque su mente estaba en otro lugar, no se movía de la cabaña que le improvisaron, trabajando con sus pergaminos y su pluma. Martín y Alfonso se pasaban el día elaborando estrategias de exploración. Antes del desembarco, uno de los marineros, al que se le daba bien el dibujo, había esbozado sobre un pergamino la imagen de la geografía costera que divisaban desde el barco, y sobre ese dibujo se trazaban líneas estratégicas.

La pequeña polizona no había dado señales de vida desde que huyó en caballo. Lute no podía parar de pensar en ella, a veces se preguntaba a sí mismo por ello, tal vez sería lastima, o tal vez compasión por ella y la vida que hubiera podido llevar, pero lo que le parecía más inaudito es que había conseguido llegar a su lugar de origen. ¿Habría tenido más suerte que él y se habrá reunido con los suyos? Le tranquilizaba que al ser autóctona del lugar se

conocería bien el terreno con lo cual estaría salvo.

El tercer día tras el desembarco el campamento se levantó pronto, había una reunión en el centro de los improvisados muros de madera del mismo, donde se concentraron toda la tripulación y su dirigente. Mientras Martín hablaba en voz alta, los tripulantes permanecían en silencio. Los ánimos habían florecido de nuevo. ¡Cuanto hace tener el estómago lleno!

-Hoy partiremos en misión de reconocimiento del terreno. Esta vez no iremos por parejas, sino en grupo, ya que nos adentraremos en la selva. La misión es encontrar un nuevo refugio y ver las provisiones y recursos del terreno. Tened los ojos bien abiertos, sabemos que la isla no está desierta, además tenemos a la joven de los ojos esmeralda merodeando por la zona. Así que coged las armas y preparaos, partiremos a media mañana.

Martín daba las órdenes mientras todos oían. Alfonso se encontraba a su lado en todo momento, algo que no hacía mucha gracia ni al propio noble ni a su mano derecha. El hecho de que hubiese estado en ese lugar antes no era suficiente para creerse que era el segundo al mando.

-Tronco, tú te vienes, coge tus armas—ordenó Martín.

-¿Armas? Ni me habéis provisto de ellas ni sé utilizarlas.

-Ya sabes a qué armas me refiero profesor. No las menosprecies, la sabiduría es el arma más poderosa de la Tierra—dijo el noble refiriéndose cómo no a sus pergaminos y su pluma.

En la partida de exploración no participó todo el campamento. Una veintena de hombres quedaron en el mismo para protegerlo contra cualquier posible ataque.

La selva era bastante frondosa, era necesario que las espadas de los primeros

de la fila fueran abriendo el paso entre la maleza para que el resto pudiera pasar. Tras varias horas de camino estaban exhaustos. Habían visto toda clase de flora y fauna desconocida en Betalia, pero ni una sola persona. Cuando llegaron a un pequeño claro encontraron un arroyo casi seco y Martín decidió parar la marcha para beber y descansar. Se agruparon en parejas y se sentaron espalda con espalda para mantener visualizado todo ángulo y evitar un ataque sorpresa por la espalda. Martín se apoyó en la espalda del profesor.

-¿Qué habéis hecho con mi hija?—preguntó Lute.

-Vuestra hija está bajo techo, con comida y agua, esperando tu regreso—dijo el noble mientras afilaba la hoja de su espada con una piedra.

-¿Samia sufrió?

-¿Samia? No sé quién es Samia.— se hizo el silencio unos segundos— Ahhh... sí... espera. ¿Samia es el nombre de tu esposa?

Lute contestó con la misma pregunta:

-¿Sufrió?

-El macho de cualquier especie siempre es el responsable de cuanto acontece en el cubil— el tono de Martín era bajo pero firme, no dejaba de afilar su espada.

Uno de los hombres que descansaba descolgó su espada de la cintura mientras dijo a su pareja que iba a orinar, caminó unos metros en dirección recta para evitar perderse. Se topó con una enorme roca y decidió satisfacer su necesidad tras ella. Se colocó de pie frente a la enorme piedra y sacó su miembro por encima del pantalón. En ese momento oyó las pisadas en unas hojas secas. Recogió rápidamente su pene y se dio la vuelta buscando la causa del sonido. Miró entre la maleza que tenía enfrente, pero no vio nada. Decidió volver

hacia donde se encontraban sus compañeros. Lo próximo que se oyó fueron sus gritos de agonía, los cuales alertaron al campamento improvisado junto al pequeño arroyo.

En cuestión de segundos se formó una pequeña comitiva que acompañaría a Martín en busca del expresidiario. Cuando llegaron al lugar no encontraron nada más que una de las botas que pertenecían al explorador, la cual estaba manchada en sangre.

El profesor comenzó a inspeccionar la zona, no encontraban el rastro de sangre que tendría que haber dejado el cuerpo del explorador. Nerviosos, decidieron continuar la marcha. Cuando se disponían a volver hacia el resto de compañeros Lute les hizo parar.

-¡Martín!, ¡mirad esto!- dijo el profesor señalando al tronco de uno de los árboles que había junto a la roca.

El rastro de sangre del explorador, al contrario de encontrarse en el suelo, producto del arrastre de su cuerpo, se encontraba en el tronco del árbol.

-¿Pero qué clase de bestia puede levantar un hombre y subirlo a los árboles?- preguntó el noble anonadado.-¡Vamos, tenemos que continuar la marcha! ¡abrid bien los ojos! ¡No quiero otra baja!- Lute quedó perplejo ante la poca preocupación del noble por perder un hombre en extrañas circunstancias.

Los exploradores que habían presenciado la escena se miraron fijamente, el miedo les invadía.

Capítulo XXXVII. Rumores Veraces

El funeral de Aloys transcurrió como él o cualquier rey hubiese querido. Asistieron miembros de todas las nobles Casas del reino además de representantes de otras familias reales. Mailen a penas se dejó ver en la celebración, su nueva doncella y ama de llaves la disculpaba haciendo referencia a la indisposición de la misma fruto de su dolor. Se vivió un gran luto nacional en memoria del monarca, pero al mismo tiempo comenzaron los debates sobre la sucesión al trono del mismo ante la falta de descendencia.

Tras el enteramiento del cuerpo en el panteón familiar que se encuentra en las catacumbas del castillo, se celebró una reunión en la Sala del Consejo a la que asistieron los consejeros, los generales del ejército de los Inmortales, Malco y la propia reina. El tema del debate no era otro que la disposición de la corona al nuevo rey, establecer las bases y estructuras del nuevo reinado que iba a comenzar y la forma en que darían a conocer al nuevo monarca. Idearon un plan estratégico de presentación que duró horas, pues la presentación de Malco debía ser impoluta, ya que tendría que ser aceptado tanto por nobles como por el pueblo.

La exhibición del nuevo rey se produjo en el Salón del Trono días después. Allí fue coronado ante los ojos de la reina, de nobles, de consejeros y de representantes de las ciudades más importantes de Betalia. Todos lo celebraron y desearon una larga vida al rey.

Tras la celebración, la reina se encontraba cansada, había sido un largo día de protocolo. Se acercó a la habitación de Malco, que hasta hace unos días era de Aloys, para darle de nuevo su enhorabuena, Estaba muy orgullosa, más de sí misma que de su hijo, pues había conseguido su propósito. Estaba deseando

contárselo todo a Martín.

Entró por la puerta. El joven monarca se encontraba mirando por la ventana.

-Malco I de Fadique. No suena mal para comenzar una dinastía nueva—dijo la reina mientras se acercaba a él.

-¿De cuánto puedo disponer a partir de ahora?—preguntó el joven.

Mailen le miró con orgullo de madre.—De todo cuánto queráis. Sois el rey.

Malco se dio la vuelta y la miró a los ojos. Se acercó a ella y le acarició el rostro con dos de sus dedos. Pronto Mailen se dio cuenta de la intención del joven y apartó su cara.

-Acabas de decir que puedo disponer de todo cuanto quiera.

Los ojos del joven se clavaron en los de la reina. Mailen intentó responder sin éxito, pues el nuevo rey la empujó consiguiendo tirarla sobre la cama.

-¿Qué hacéis?—preguntó nerviosa.

-Disponer de cuanto es mío, cuando quiera y como quiera.

La actitud de Malco parecía haberse transformado. Tanto su tono de voz como sus ojos se volvieron como los de un psicópata. Se lanzó sobre el cuerpo de Mailen y comenzó a lamerle el cuello. La reina intentaba pararlo, pero no lo conseguía, pues la fuerza del joven superaba a la de la reina y esta no conseguía desatar sus manos, las cuales estaban inmovilizadas por Malco con toda su fuerza.

Mailen gritó que parara, a lo que Malco le respondió con una bofetada, dejando a la reina sin palabra. Partió el corsé de la reina dejando a la luz sus enormes pechos, entre los cuales el rey colocó su cara. La reina estaba estupefacta, sus ojos comenzaron a ser bañados en lágrimas, esta vez lágrimas

de verdad. Pensaba en el pecado de incesto que estaba protagonizando, pero no podía decirle a Malco que era su madre, aún no, y después de ello no sabría si podría decírselo.

El joven se puso de rodillas en la cama por encima del cuerpo de la reina, se desnudó, acercó su cintura al rostro de Mailen y deslizó su glánde por los labios de la misma. La reina apretaba sus labios con fuerza. Ante esto Malco intentó introducir un dedo en la boca de la reina para intentar que la abriera, pero no obtuvo éxito, volvió a darle otra bofetada, esta vez con más fuerza, y Mailen, bañada en lágrimas, abrió su boca.

Pasada unas horas, el rey estaba exhausto en su cama, aún quedaba sudor sobre su frente. A su lado, tumbada, estaba Mailen, con la cara morada, acababa de conocer las filias del nuevo rey, de su hijo, y las cuales eran muy parecidas a las que cuentan las nobles jóvenes en los palacios de Betalia sobre Martín. Pensó ahora que podrían ser ciertas, padre e hijo, eran exactamente iguales.

Malco ordenó a Mailen que saliera de la habitación. Esta cogió sus ropajes que descansaban sobre el suelo, estaban rotos producto de la excitación del rey, y comenzó a caminar hacia la puerta.

-Por cierto mi reina, que sea la última vez que entráis en mis aposentos sin llamar a la puerta—dijo Malco.

Mailen comenzó a caminar rápido hacia su habitación. Ordenó a su doncella que le preparase un baño, cuando este estaba listo se introdujo, no podía parar de llorar. Frotó su piel como si escamase un pez antes de asarlo, se daba asco a sí misma, se sentía sucia. Se odiaba.

La doncella, que había supuesto lo que había ocurrido le dijo unas palabras:-
No permitáis ciertas cosas, sois la reina.

-Solo soy una mujer, aquí no valen los títulos. Solo soy una mujer.

Capítulo XXXVIII. Viaje Tenebroso

Alfonso y la joven eran los únicos que quedaban en el barco. La tormenta era infranqueable, sabían que morirían en medio del océano, pero ambos se resistían a perecer allí. La joven, que se encontraba dentro de una jaula fabricada con delgados troncos, sacaba las manos de entre los barrotes pidiendo a su captor que la sacase de allí, que le diera una oportunidad de vida para que pudiese ponerse a salvo y luchar contra la tormenta.

-¡Maldita! ¡esconde esos esqueléticos brazos, no voy a sacarte de ahí! ¡No puedes escaparte!

Alfonso se encontraba luchando contra la tormenta en el timón del barco. No conseguía mantener la dirección estable, el movimiento del barco le provocaba caídas una y otra vez.

La joven seguía mirándole.

-¡Deja de mirarme y esconde esos brazos! ¡agárrate a los barrotes! ¡Ni se te ocurra morir!, ¡eres mi billete a la fortuna!

Pasadas unas horas, y con una pierna rota, Alfonso vio luz entre la oscuridad de la noche. Las antorchas que iluminaba el puerto de Aguas Pardas podían verse desde el barco.

-¡Sí! ¡joder! ¡tierra!- Comenzó a reírse a carcajadas de la felicidad que le producía haber salvado la vida.- Aquí acaba nuestro camino. Te espera una vida mejor que la que tenías. ¡Y a mí! Ja ja ja ja-su risa era descontrolada.

De pronto el piloto vio venir una gigantesca ola por el costado de la nave, intentó esquivarla sin éxito, no le había dado tiempo pestañear cuando

semejante masa de agua se abalanzó sobre el barco provocando la inundación del mismo.

En ese preciso instante la joven despertó. Otra vez la pesadilla, como cada noche. La polizona había pasado la noche sobre las ramas de un árbol, se incorporó y agarró unos frutos que tenía a su alcance, dio un salto y bajó, cayendo de pie sobre el suelo.

Comenzó a caminar sobre la selva a la vez que mordía el fruto, de pronto oyó un rugido haciéndola detenerse en seco.

Un enorme felino, de metro y medio de alto y con unos enormes colmillos salió de entre la maleza. La miraba fijamente mientras la rodeaba. La saliva del felino se deslizaba entre sus sobresalientes colmillos. Estaba hambriento y la joven lo sabía.

El pulso de la chica iba más rápido que la mejor caballería de Betalia, de pronto se le cayó la fruta de la mano por el tembleque de esta. El felino comenzó a caminar hacia ella agazapado, a punto de saltar sobre su presa.

¡No! —dijo mientras extendía su brazo dando una orden con la palma de su mano.

El animal se puso aún más nervioso no paraba de rugir.

No soy tu presa. Tu presa está al otro lado del valle.

De pronto el felino agachó sus orejas y cambió su rostro. El que parecía ser el rey de la isla adoptó una conducta sumisa. Se dio la vuelta y se marchó a toda prisa.

Cuando el animal se alejó la joven suspiró y continuó su marcha. Pero no le dio tiempo llegar muy lejos cuando oyó unos pasos. Temerosa de que hubiese

vuelto el felino, se agachó entre la maleza. Siguió oyendo los pasos, ahora cada vez más cerca, apartó la maleza con sus manos cuidadosamente y observó la caminata de los exploradores, entre los que se encontraba el profesor.

Capítulo XXXIX. Ojos Esmeralda

El grupo de exploración seguía caminando entre la maleza de la selva, abriéndose camino con sus espadas. Los ojos de los exploradores estaban bien abiertos, tenían miedo ante lo ocurrido, intentaban hacer el menos ruido posible para que no atrajese a la bestia que había capturado a su compañero. Martín detuvo el paso, se agachó y contempló unas huellas. Tocó una de ellas con sus dedos y posteriormente se olió los mismos.

-Son frescas. No hace mucho alguien ha pasado por aquí—dijo en voz baja.

-¡Abrid bien los ojos! nos acercamos a su dominio. No sabemos qué clase de hombres viven aquí.

El profesor se acercó a Martín y se agachó a inspeccionar las huellas.— ¿Por qué creéis que son hombres?— preguntó Lute.

-¿Qué dices?

-Fijaos bien en las huellas, aún no conocí ni estudié hombre alguno con tan solo tres dedos en los pies.

El profesor y el noble se miraron sin mediar palabra ante la extraña huella. De momento se oyó el crujir de unas ramas secas. Todos los hombres entraron en pánico y desenvainaron sus espadas. Martín y Lute se pusieron en pie y observaron como un grupo de personas aparecían de entre la maleza.

-¡Quietos! ¡No os mováis!—ordenó el noble.

Uno de los indígenas ordenó con gestos al resto que se quedara atrás. Su atuendo y las pinturas de su cuerpo indicaban que pertenecía a una jerarquía diferente del resto, tal vez sea guerrero, cazador o jefe pensó el profesor.

-¿Quiénes son?—preguntó Martín a Alfonso.

-Yo les llamo Silvestres, es la población de estas tierras.

El hombre se acercó a Martín, el cual se encontraba adelantado de su grupo. Estaba firme, respiraba con lentitud y evitaba hacer cualquier movimiento brusco. El silvestre comenzó a olerlo. Le tocaba con desconfianza y quedó asombrado del brillo de la armadura del noble. Después comenzó a tirar de la barba de Martín, quien aguantó el dolor de forma heroica mientras observaba que su observador y el resto de hombres aparecidos no poseían vello facial.

Mientras el silvestre pasó a reconocer a otro de los exploradores Martín miró hacia el profesor, quien le hizo un gesto desde su sitio apuntando a los pies del extraño hombre y para que pudiera comprobar lo que habían estado discutiendo al observar la huella: solo tenía tres dedos. Posteriormente se dirigió hacia los pies del resto del grupo y efectivamente igual.

Lute, desde su sitio, observó al indígena que se había acercado. Reconoció cada centímetro de la anatomía del mismo. Quedó perplejo, ya no solo ante los pies, sino a características tan anómalas como sus puntiagudas orejas y el color esmeralda de los ojos que coronaban el rostro de aquel hombre y sus acompañantes.

Todos permanecían en silencio, un gesto imprudente de cualquiera de las partes y sabían que se desataría una lucha, pero era lo que todos querían evitar.

El silvestre hizo un gesto a sus acompañantes para que se acercaran, los cuales hicieron caso. Se mezclaron entre los exploradores, sin miedo, curiosos. Comenzaron a tocar sus cascos, armaduras, y todo lo que portaban. Una de ellos tocó la hoja de la espada de uno de los betalos, haciéndose una pequeña herida en un dedo, lo que le hizo producir un pequeño sonido de dolor

provocando el susto del resto de sus compañeros.

Una de las silvestres comenzó a tocar uno de los exploradores, el cual comenzó a excitarse al ver el cuerpo desnudo de la misma. Un compañero miró la entrepierna del mismo y exclamó:

-¡Vamos Pedro, no me jodas!

Tú eres enviado de Padre de la montaña. Te ofrecemos nuestra alma – dijo el silvestre que se había adelantado a los exploradores provocando que el resto se arrodillaran ante Martín.

-¿Qué? ¿Qué dice? profesor, ven ¿Qué dicen?–preguntaba Martín inquieto.

Lute se acercó.

-Tenemos ofrendas. No hay infiel. Nos aseguramos de estar listos. Venid con nosotros. Llenadnos con vuestra sabiduría. Dadnos la bendición.

-No conozco esta lengua. No se parece a ninguna lengua que conozca.

El grupo de personas autóctonas del lugar se puso en pie y con gestos invitaron a los exploradores a que le siguieran, quienes hicieron caso bajo la aceptación de Martín.

Al caminar unas horas llegaron a un poblado, todos sus habitantes parecían esperar a los exploradores, a quienes recibieron con todo tipo de bailes, gritos y saltos. Al llegar al centro del poblado observaron una enorme mesa cargada con todo tipo de manjares desconocidos para ellos, pero manjares, al fin y al cabo. Los exploradores corrieron hacia la mesa y comenzaron a engullir casi sin masticar mientras jóvenes desnudas bailoteaban alrededor de la mesa.

Martín y Lute habían quedado a los pies de la entrada del poblado, los indígenas le invitaban a pasar, pero ellos permanecían atónitos mirando el escenario. Se miraron fijamente, desconfiados.

-Aquí vas a tener mucho trabajo profesor, para esto has venido. Debes aprender su lengua, serás nuestro intérprete— dijo Martín mientras caminaba hacia la mesa dejando atrás a Lute.

Capítulo XL. La Nueva Dinastía

A la mañana siguiente cuando Malco llegó al salón comedor la reina ya se encontraba desayunando. Mailen no se atrevía a mirar al joven, quien dio los buenos días y se sentó en la mesa. La doncella, al sentarse el rey, le acercó una bandeja de dulces y una jarra de té, cuando esta se dio la vuelta para volver a su sitio Malco quedó mirando el trasero de la misma mientras comía. Mailen observó la escena sin decir palabra.

El desayuno de ambos corría en silencio, la reina estaba tensa y Malco simplemente desayunaba. Uno de los consejeros de la Corona entró por la puerta e hizo una reverencia a los monarcas.

-Señor, el Consejo está esperando. Cuando finalicéis vuestro desayuno venid a la sala, tenemos bastantes asuntos que tratar.

-Hoy no me apetece tratar cosas aburridas. Tengo pensado darme una vuelta por mis dominios, por los alrededores del castillo, para hacerme al lugar- contestó Malco sin mirar al consejero y sin parar de comer.

El consejero miró a la reina, la cual estaba erguida sobre su silla.-Señor, con todos mis respetos, hay asuntos que no pueden esperar y que necesitan ser cotejados por vos para buscar soluciones y ponerlos en marcha.

-Debes ir Malco-dijo la reina.

-Está bien. Decid a los consejeros que esperen.

Pasados unos minutos se presentaron los reyes en la Sala del Consejo. Allí se encontraban todos los consejeros de la Corona. La reina tomó su habitual asiento y Malco ocupó el trono.

-Hace varios meses que no tenemos noticias de la expedición. Martín no ha enviado ninguna misiva. Las probabilidades de que haya naufragado son bastante altas. Betalia sigue con problemas financieros y nuestros principales clientes se están retirando ante la competencia de Tierras Gemelas. El comercio exterior está decayendo y la situación empeora por momentos ...- Uno de los consejeros comenzó a poner al día a los reyes sobre los problemas que acontecían al reino, los cuales se agravaban cada vez más.

-¿Cuándo comienza la parte importante?—preguntó Malco.

Los consejeros se miraron en silencio unos a otros, y posteriormente miraron a la reina, a quien firme desde su asiento no le cesaba la seriedad.

-El Consejo cree que debéis renegociar con nuestros proveedores, también habíamos pensado que ahora que la Casa Fadique ocupa el trono y ya que posee la única reserva de oro del reino, pueda aportar las riquezas a la Corona.

-Explicaros mejor—pidió el rey.

Otro consejero le contestó— Creemos que debéis asociar los negocios de la Casa Fadique con los de la Corona y usar los contactos comerciales y el puerto de Aguas Pardas de vuestra familia para sanear las arcas del reino.

-¿Estáis pidiendo que me apropie de los negocios y el dinero de mi tío?—. Malco alzó la voz.

-Estamos pidiendo la colaboración del señorío Fadique para acabar con la situación que atraviesa la Corona. Además, vuestro tío no da señales de vida, Monte Dorado ahora mismo no tiene señor, y vos aparte de ser un Fadique sois el rey, lo que os coloca por encima de vuestro tío y vuestro padre en la herencia del señorío.

-¡Mi tío no está muerto! ¿Puedo hacer que lo ejecuten?—preguntó con soberbia al resto refiriéndose al consejero.

Otro salió en defensa de su compañero.

-Mi señor, tranquilizaos. Si no acabamos con el problema financiero y de recursos del reino el pueblo perecerá y dejará de seguirnos y creer en vos. Y ¿Qué es un rey sin pueblo? Solo dueño de tres piedras levantadas.

Malco se acomodó en el trono, parecía haber entrado en razón tras oír las palabras del consejero.— ¿Vos qué pensáis mi reina?— preguntó a Mailen sin mirarla.

-Vos tenéis que decidir lo mejor para el reino, yo como regente únicamente puedo firmar vuestras decisiones.

Tras unos segundos en silencio el rey aceptó la proposición de los consejeros, tras ello, y mientras la reina se quedaba firmando unos decretos, Malco salió de la sala.

El rey se dirigió hacia los establos. Es un amante de los caballos y aún no conocía de cuantos disponía. Cuando entró, el herrero se encontraba colocándole una herradura a una preciosa yegua blanca. Malco se acercó a acariciarla mientras alababa la belleza del animal.

En ese momento oyó unas risas, miró hacia afuera y vio la doncella que le había servido el desayuno tendiendo unas sábanas sobre unos cordeles. Se acercó a ella. La doncella cesó sus risas y adoptó una postura erguida y seria.

-¿De qué te reías?—le preguntó Malco.

-Disculpad señor, estaba hablando con uno de los jardineros. Siento haberos molestado.

Malco puso una de sus manos sobre el trasero de la chica mientras que con la

otra acariciaba su miembro por encima del pantalón.

-Tienes el culo muy firme, y duro. ¿Ya te lo han follado?—preguntó a la chica.

En ese momento se acercó el jardinero.—¡Sara!, ¡dejaste la comida puesta!

Al oírlo la doncella se disculpó del monarca y echó a correr hacia la cocina. Sara no se ocupa de la comida, pero eso no lo sabía el rey. La argucia le sirvió al jardinero para que el rey no siguiera acosando a la chica, la cual era su prometida.

Malco se acercó al jardinero y mientras este hacía su trabajo comenzó a hablarle.

-Así que se llama Sara. ¿Estáis casados?— Malco era joven, arrogante y desligado de las tareas obligatorias del peso de la corona, pero no era tonto.

-Aún no mi señor, lo tenemos previsto para el siguiente invierno. Estamos ahorrando para construirnos una casa.

El rey le miró unos segundos, y sin mediar palabra se fue hacia el castillo. Cuando entró en este se cruzó con Mailen, la cual venía de la Sala del Consejo.

-Mi reina ¿Qué se hace en este castillo que sea divertido? Me aburro mucho.

Mailen le miró y le dijo que Aloys solía ir de caza por las mañanas y que las presas las entregaba en cocina para que las cocinaran. El rey se acercó a Mailen y la olió aspirando fuertemente mientras cerraba los ojos.

-Se me ocurren otras formas de pasar el tiempo.

La reina reaccionó en seguida.— Mi señor, acabo de recordar que tengo que bajar a la ciudad a comprar unas telas para un vestido. Nos veremos para cenar.

Automáticamente llamó a su doncella personal para que preparara el carruaje. Esa misma noche Mailen se las ideó para no cruzarse en la cena con su hijo.

A la mañana siguiente Malco despertó bastante tarde, había estado casi toda la noche acompañando de una prostituta que hizo traer del pueblo. Se dirigió a la cocina para el desayuno. No encontró los pasteles de cada día sobre la mesa y preguntó a una de las criadas.

-¿Y los pasteles?

-El desayuno ya se recogió mi señor, en breve serviremos el almuerzo- respondió la criada.

-¿Y mis pasteles?-el tono de Malco se elevaba por momentos.

-Mi señor, puedo hacerle pasteles nuevos en este momento si lo desea.

La criada se dispuso a entrar en la cocina para cocinar el desayuno del rey.

-¡Mis pasteles han de estar hechos cuando yo me levante! ¡sea la hora que sea!
- los gritos de Malco aterraron a la anciana criada.

La mujer entró en la cocina y rápidamente se hizo con los ingredientes para hacer el dulce. Aún no había limpiado la mesa de trabajo cuando Malco entró en la cocina.

-¿Ya están mis pasteles?- preguntó alterado.

-Señor estoy en ello, no tardarán más de veinte minutos-La voz de la criada temblaba mientras no paraba de amasar.

-¿Veinte minutos? ¡soy el rey! ¡y el rey no espera por basuras como tú! ¡voy a enseñarte a tratar a un rey! ¡ya no se te olvidará más mi desayuno, vieja apestosa!

En ese momento Malco agarró el atizador que se encontraba en el fuego.

Consiguió derribar a la anciana haciéndola caer en el suelo y escribió a fuego sobre la piel de la frente de la mujer el motivo de la disputa: pastel.

Pasadas unas horas los reyes se encontraban en el salón comedor esperando a que le sirvieran el almuerzo. La anciana, sin levantar la cabeza, sirvió primero al rey, y cuando fue a servir a la reina esta se dio cuenta del texto que llevaba en la frente. La miró con los ojos como platos mientras Malco sonreía sin dejar de comer.

-Hoy estás distinta vieja, te veo muy dulce—dijo en voz alta el joven.

Tal vez Mailen sintió más miedo que la propia anciana.

Capítulo XLI. El Amuleto Destellante

Las gentes del poblado dieron una muy buena bienvenida a los exploradores. Los silvestres creyeron que los betalos eran enviados de los dioses, que habían bajado de las nubes. Sus brillantes armaduras, su cara velluda, sus cinco dedos en los pies... varios fueron los signos que les diferenciaban y hacían divinos a los hombres.

El líder del mismo les ofrecía grandes cantidades de comida y mujeres, solo Martín y Lute decidieron no hacer uso de este último ofrecimiento.

Ambos tenían puestas las miras en otro lado. Mientras los hombres disfrutaban del paraíso, el noble observaba con detenimiento cada indígena, sus movimientos, las cabañas, y al más importante, su líder. El profesor temía quedarse sin tinta y sin pergaminos, pues documentaba cada cosa que veía, fuera importante o no, estaba seguro de que era la primera persona en el mundo que documentaba aquella cultura.

Los silvestres pronto supieron que Martín era el líder de aquellos extraños hombres. No dudaron en invitarle a sentarse en la misma mesa que el jefe, el cual, rodeado de mujeres, insistía en que Martín comiese sin parar.

A pesar de que las lenguas no eran la misma, podían llegar a entenderse a base de gestos, los cuales fueron aminorando su uso ya que pasadas varias semanas Lute habría podido conseguir aprender un poco de aquel extraño idioma.

Un día, cuando todo el poblado se encontraba cenando junto al fuego, Martín observó algo que le llamó la atención, una especie de amuleto que colgaba del cuello del jefe de aquella tribu. Un resplandor le cegó por momentos. Una piedra que destelleaba una luz de color esmeralda cuando le daba el reflejo de

las llamas de la hoguera.

Se acercó a coger unos frutos que estaba cerca del jefe, con la idea de observar más de cerca la fuente de tal brillo, y se percató que no era una piedra preciosa, parecía de metal, pero un metal que no había visto antes.

Cuando volvió a su asiento se lo comentó a Lute, quien desde lejos no supo decirle qué clase de mineral era.

Antes de que amaneciera, y cuando todos se encontraban dormidos, Martín fue a la cabaña donde se alojaba Lute. Era el único del grupo que decidió no compartir lecho con alguna joven de ojos esmeralda.

-Despierta—dijo en voz baja al profesor para no despertara a nadie.

No fue la voz de Martín lo que despertó al profesor, sino el cegador brillo que le producía la piedra que Martín había conseguido robar al jefe mientras dormía.

-Pero... ¿Qué hacéis Martín? ¿Habéis robado el amuleto del jefe?

-Shhh... baja la voz, ¿o quieres que nos descubran? La devolveré, pero antes necesito que la inspecciones y me digas de qué mineral se trata.

-Creo que no estáis haciendo bien.

-Cállate y acota las órdenes. Cuando sepas lo que es entrégamela de nuevo y la devolveré sin que el viejo gordo se haya dado cuenta.

Pronto amaneció. Poco a poco el centro del poblado se iba llenando de personas, tanto de silvestres como de exploradores.

Uno de los betalos salió de su cabaña, las dos mujeres con las que dormía quedaron dentro, cansadas de la ajetreada noche que habían tenido con el

expresidiario. Se alejó del poblado buscando un lugar donde orinar. Cuando decidió el lugar se paró en seco y comenzó a hacerlo. Vio entonces una joven silvestre, de unos cuatro años, aunque por las facciones de aquella raza era difícil calcular la edad en cada uno de ellos, que se encontraba en la orilla del río cogiendo unos cangrejos que servirían como desayuno. Cuando el hombre terminó de orinar se acercó a ella.

-Hola bonita. ¿Estás sola?

La niña le miró.

Son cangrejos, para el desayuno. ¿Te gustan los cangrejos? —dijo mostrándole uno.

-Lo siento guapita, no te entiendo.

El hombre miró hacia varios lados buscando a alguien.

-¿No están papá y mamá contigo?

Yo sé cocinarlos. Te llevaré algunos a tu cabaña.

La niña cogió su cesta de cangrejos y se dispuso a marcharse, cuando llegó al lado del explorador este la cogió del brazo.

-¿Dónde vas tan rápido? ¿No me enseñas a cazar cangrejos?

La joven le miró con sus expresivos ojos color esmeralda.

Hacía varias horas que Martín había entregado la piedra brillante a Lute, quien hizo llamarle para devolvérsela.

-¿Y bien? ¿Has podido averiguar qué es?

-Tengo una hipótesis, pero me falta instrumentos y mis apuntes de química para

poder corroborarlo, daos cuenta que...

-¿Sabes lo que es o no?!-Martín le interrumpió.

-Oro, oro verde. Aún no sé mediante qué proceso químico adquiere este color, pero estoy seguro que es oro.

Martín dejó de oírle en cuanto supo que cual era material de aquella misteriosa y brillante piedra verde. En su cabeza rondaba mil ideas y proyectos. Su mente de hombre experto en comercio comenzó a maquinarse.

-Oro...-susurró.

-¿Cuántos días vamos a estar en este lugar señor? Creo que deberíamos partir ya y seguir reconociendo el terreno.

-¿Irnos? ¿Sabes lo que significa esto?-dijo agarrando con fuerza la piedra.

-No, ¿qué significa?

-Significa que no voy a hacer uso del treinta por ciento de los recursos que firmé con el rey. ¿Para qué quiero recursos teniendo una nueva fuente de oro? Un oro que es desconocido para el resto de la humanidad.

-No sabemos de dónde ha salido ese oro señor.

-Me lo dirán. Es más, ¿por qué tengo que conformarme con los yacimientos de este oro pudiendo tener todo el territorio?

-No os entiendo Martín.

-Puedo ser el rey de estas tierras. Mi destino no estaba destinado a ser señor. Pero el marica de mi primo ocupó el trono.

-¿Qué queréis decir?

-Le plebe creéis que la vida del noble es toda comodidades. No tenéis ni idea.

Matrimonios de conveniencia, traiciones, conspiraciones, hijos bastardos... cualquier cosa vale por conseguir el poder— Martín no dejaba de admirar la piedra verde.

En ese momento se oyeron gritos, ambos salieron de la cabaña y se encontraron un gran barullo de personas.

Alfonso se acercó a ellos y les comunicó que el jefe había concentrado a todo el poblado. Se encontraba muy nervioso porque había desaparecido su colgante.

Uno a uno se pusieron todos los habitantes en fila. Junto al jefe, había un anciano que las noches anteriores, durante los festejos, no había salido de su cabaña.

El anciano, decorado con extrañas pinturas sobre su cuerpo, iba pasando su mano por las cabezas de los hombres que se encontraban en la fila. Era como si estuviera desechando, adivinando quien había cogido el colgante. El jefe le acompañaba en su inspección portando una especie de puñal hecho con piedra afilada.

Cuando el chamán llegó a tocar su última cabeza los exploradores comenzaron a ponerse nervioso, el ladrón no estaba entre los silvestres, estaba entre ellos.

El jefe de la tribu los miró, y en ese momento se oyó un grito que venía de fuera del poblado.

Todos acudieron corriendo, y allí estaba, la pequeña silvestre, flotando en el agua, boca abajo y aun agarrada al cesto que le había servido para acumular los cangrejos.

Cuando la sacaron del agua observaron que la niña sangraba mucho por su entrepierna, prácticamente le habían sacado el útero de su lugar. Todos

miraron horrorizados, y la madre de la pequeña se acercó dando gritos entre lágrimas.

Martín y Lute se miraron, tuvieron una conversación con las miradas, sabían que el culpable era de los suyos. El noble por un momento se arrepintió de haber llenado los barcos de maleantes sacados de las cárceles.

Un joven guerrero del poblado acercó la piedra de oro verde al jefe, la cual había sido dejada atrás, tirada en el suelo disimuladamente por Martín. El jefe agarró su colgante y ordenó que todos se reunieran en el centro del poblado.

Al caer la tarde ya estaban todos reunidos, tanto el pueblo como los invitados forasteros. Todos estaban sentados en torno a una pequeña hoguera. El jefe se encontraba en su posición dominante, sobre una especie de trono fabricado con huesos y pieles animales.

-El culpable de la muerte de Ltara debe salir por sí mismo o tanto él como su estirpe pagarán por su pecado cuando sea descubierto —dijo el jefe.

Nadie hablaba, tan solo algunos de los exploradores murmuraban entre ellos buscando al culpable.

Lute preguntó a Martín si conocían el motivo de encarcelamiento de cada uno de los presos que habían subido al barco, con intención de tener alguna pista a través de sus antecedentes, pero el noble no se había preocupado en obtener tal información antes del embarque.

En ese momento salió el chamán de su cabaña, los silvestres se tranquilizaron pues sabían que sería él quien descubriera al culpable. Sin embargo, los betalos comenzaron a sentir miedo.

El chamán, tras pronunciar unas palabras al fuego, fue paseándose por el centro de la reunión. Observaba al pueblo, detenía sus pasos y volvía a mirar, y así sucesivamente.

Martín comenzó a ponerse nervioso, sudaba, sabía que si descubrían a uno de los suyos pagarían todos y su situación privilegiada entre el poblado terminaría cambiando.

De pronto Alfonso se levantó de su asiento.

-¡Ha sido él!—gritó señalando a Lute.

Le acababa de devolver la jugada que le hizo en la playa el día del desembarque, cuando la joven polizona escapó.

¡No! ¡No es cierto! —Lute conocía algunas palabras ya de la lengua silvestre.

El jefe ordenó que le apresaran. El profesor fue rodeado y trasladado a una cabaña más grande y rudimentaria, en la periferia del poblado. Fue atado a un tronco con las manos en su espalda. Intentó defenderse, pero no obtuvo éxito.

Capítulo XLII. El Rey Absoluto

Malco había salido a cazar como le recomendó la reina para acabar con su aburrimiento. Era su primera vez, y como toda primera vez no fue muy productiva. Sus gritos cada vez que veía una presa espantaban a la misma. Tuvo incluso mala suerte, cuando se disponía a cazar un conejo con el arco tropezó cayendo en un charco de barro.

Pronto se aburrió, y ordenó a los hombres que le acompañaban que recogieran todos los bártulos para regresar al castillo.

Por la noche se metió en el enorme baño de su habitación, lleno de agua bien caliente. Se encontraba reposando y reblandeciendo el barro seco de su cuerpo cuando entró la doncella en su habitación a dejar unas sábanas.

-¡Disculpe señor!- dijo la doncella mientras intentaba salir de la habitación sonrojada y con su mirada direccionada al suelo.

-¡No! ¡Espera! ¿eres la criada que tendía las sábanas verdad?

La chica se dio la vuelta sin levantar la cabeza.

-Ven acércate.

La chica le hizo caso y se puso frente a él.

-Desnúdate.

La doncella no se movía. Aguantaba el llanto.

-He dicho que te desnudes.

Sara se quitó el uniforme, dejando ver su delgado y desnutrido cuerpo ante los ojos del rey, el cual comenzó a masturbarse bajo el agua.

-Agarra una silla, acércala y siéntate.

La chica tras hacerlo siguió oyendo órdenes del monarca.

-Abre las piernas—Malco seguía masturbándose—¡Abre las piernas!—Ordenó de forma contundente.

La chica, llorando las abrió.

-Tienes un coño muy bonito. Lástima que no haya sido usado aún. A mí me gustan los coños abiertos, trabajados, con experiencia.

La chica lloraba sin atreverse a mirar al rey, el cual seguía masturbándose cada vez más deprisa.

-Aunque claro, eso tiene fácil solución.

Malco salió del baño y agarró por el brazo a la doncella, la arrastró hacia la cama y consiguió tumbarla en ella. Le abrió las piernas. Sara no ponía resistencia física, no podía hacerlo, era el rey.

Malco se agachó para tener mejor visión, tocó con la yema de sus dedos el sexo de la joven e introdujo un dedo.

-¿Te gusta?

El sí de Sara fue una afirmación falsa, tímida, entre llantos y con un tono muy bajo.

Malco metió otro dedo más.

-¿Te gusta?

La respuesta de la joven fue la misma.

El rey cada vez estaba más excitado, había dejado de masturbarse desde que salió del baño, pero su erección aumentaba debido a la panorámica que veían

sus ojos.

Tras unos momentos introduciendo dos de sus dedos en la vagina de la criada, de un golpe brusco introdujo su puño. La joven gritó retorciéndose de dolor. El manantial de sangre que salía de su vagina empapó toda la cama, Malco no se había deshecho de sus portentosos anillos.

-¡Qué asco hija de puta! ¡Cambia las sábanas, cerda!

La joven, que no podía andar del dolor que tenía, recogió rápidamente las sábanas y salió de la habitación.

En ese momento entró Mailen, que se había cruzado con la criada, pero prefirió no preguntar al rey lo ocurrido.

-¡Disculpad!—dijo la reina dándose la vuelta al ver desnudo a Malco.

-No os preocupéis. ¿Qué necesitáis?

-Mi señor, el Consejo se ha reunido. Están criticando vuestro papel como rey. La ayuda aportada por Monte Dorado no es suficiente con la cantidad de gastos que hay desde que vos llegasteis. Critican también vuestra dejadez con los asuntos de Estado...

-¿Qué queréis decirme? Sé clara y concisa—Malco la interrumpió mientras se vestía tranquilamente.

-Lo único que os reclaman es que no estáis actuando como un verdadero rey. Os pasáis el día entre orgías y satisfaciendo vuestras necesidades masculinas...

-Tenéis razón—volvió a interrumpir a la reina, quien ya había sido capaz de dar la primera reprimenda a su hijo— Actuaré como un rey. Os pido disculpas. Mañana mismo me reuniré con el Consejo.

Efectivamente a la mañana siguiente allí estaba Malco, llegó tarde, como de costumbre, pero los consejeros ya no se molestaban por ello.

Ocupó su asiento y tras unos minutos en silencio comenzó a hablar:

-Os quiero pedir disculpas por mi comportamiento. He sido demasiado infantil y no he actuado como un hombre. El hombre que más responsabilidades tiene del reino.

Todos oían y le miraban.

-Por ello, a partir de hoy comenzaré a tomar medidas. La primera será que os destituyo de vuestros cargos, a partir de ahora dejareis de ser consejeros.

-¿Qué estáis diciendo?! ¡no podéis hacer eso!—dijo uno de los consejeros.

-Claro que puedo. Soy el rey.— Malco miró hacia uno de los guardias de la puerta, quien se acercó al joven monarca.

Todos comenzaron a hablar sin interrupciones. No daban crédito a lo que estaban oyendo.

-Malco, ¿Qué haces?—pregunto sorprendida la reina.

-Actuar como un rey mi señora, gracias por abrirme los ojos.

El ruido de la Sala del Consejo comenzó a hacerse insoportable para los oídos del monarca, así que para acabar con el problema ordenó a los guardias arrestarlos a todos.

Tras ello Malco se levantó del trono y se dirigió hacia la salida de la sala, pero Mailen le interrumpió el paso y armada de valor le dedicó unas palabras:

-Ordenad que suelten a los consejeros. Yo también estoy harta de ellos, pero son una pieza clave en la Corona. Son los intermediarios entre el pueblo y la Corona, si los destituís el pueblo se os echará encima—el tono de Mailen era

serio a la vez que recto.

-Aparta de mi camino, coño seco—respondió Malco

La respuesta de la reina fue darle una bofetada.

Malco miró desafiante a la reina.— No puedo quitaros la vida. Pero sí hacer que la detestéis—El rey abandonó la estancia dando con su hombro a la reina.

Capítulo XLIII. La Confesión

Martín se dirigía a la cabaña donde estaba custodiado Lute, en el camino se cruzó con Alfonso, quien le acompañó unos metros.

-Qué has hecho puto borracho.

-No necesitamos al profesor. Solo necesitamos que los silvestres nos digan dónde está el oro verde. Da la orden y los hombres someterán al pueblo, los torturará hasta que nos digan dónde está la mina.

-¿Crees que es tan fácil?—dijo el noble sin aminorar el paso.

Alfonso se detuvo.— ¿Queréis seguir estando a las órdenes del rey? Ya le vencisteis una vez. Podéis ser el rey de estas tierras. Llena de recursos. Aloys IV el Inmortal se postrará a vuestros pies.

Martín también se detuvo unos metros más adelante, tras pensar unos segundos continuó la marcha y entró en la cabaña.

Lute se encontraba cabizbajo, sentado en la arena, apoyado sobre un tronco al que tenía atada sus manos.

-Qué mala cara tienes profesor—dijo Martín al ver las heridas de su rostro—Te han dado bien ¿eh?

El profesor levantó la cabeza como pudo, la cual bailaba sobre su cuello, que no podía sostener su peso. Solo pudo abrir un ojo, el otro estaba hinchado y ensangrentado.

-Supongo que os quedasteis sin intérprete.

-Sé de sobra que no has sido tú, pero no podía permitir que fuese el chamán

quien lo descubriese por sí mismo, hubiéramos perdido la confianza del jefe.

-¿Y ahora qué? ¿Qué pasará con mi hija?

Martín se sentó a su lado.—No te preocupes por ella. Tiene la vida resuelta. Me encargué de ello. No le faltará comida y un techo. La dejé en el mejor lugar donde se puede dejar a una huérfana.

-Tiene gracia. Soy el único que no lleva armas y también soy el único apresado.

-Probablemente te ejecutarán. Al menos has viajado donde nadie ha llegado. Todo erudito quisiera estar en tu lugar.

El silencio se paseó unos segundos por la cabaña.

-Voy a contarte algo ahora que no supones una amenaza y que tu destino está fijado. Una historia, pero tranquilo, no será la misma que te conté aquel día en Aguas Pardas.

-Ahhh... Aguas Pardas, mi familia y yo nos íbamos a marchar de allí, ahora, a pesar de que estoy en el paraíso, la echo de menos—recordó el profesor con anhelo.— Cuéntame esa historia, ya nada me importa. Al menos pasaré mis últimas horas aprendiendo algo de mitología— el profesor se acomodó como pudo.

-Te contaré la historia de la Guerra Bolera. Donde dos Casas se enfrentaban juntos a los infieles.

-Esa Historia ya me la sé.

-No profesor, no hablo de la historia de los libros. Hablo de la verdadera historia. La verdadera guerra era entre grandes familias de nobles, donde nació un pequeño bastardo, el cual es el heredero al trono, pero que sin embargo no conoce sus verdaderas raíces.

-Parece interesante, continuad por favor.

-Las familias enfrentadas pactaron casar a sus hijos para que ambas familias ocuparan el trono. A pesar de que los jóvenes estaban prometidos, no se conocieron hasta el día antes de la boda. Pero antes de ello, la princesa quedó embarazada de otro noble al cual amaba. Pero sabía que su amor era imposible. Para ocultar la vergüenza y evitar que el heredero acusase de traición a la familia de la noble, la escondió durante el embarazo en un torreón. Y tras dar a luz, entregaron al bebé.

Lute oía con atención, en cierto modo estaba agradecido al noble por ocupar aquellos minutos y hacer que se evadiera de su situación.

Martín continuaba con la historia:

-Pero su madre siempre supo de él, cuidándole desde la sombra. Se preocupó que aprendiera a leer y a escribir. Y que viviera en una casa diferente a la de los demás del pueblo.

Martín giró su cabeza y miró al profesor, el cual le contemplaba con los ojos como platos, pues ya sabía que el noble no va regalando su tiempo contando historias fantásticas, lo hacía siempre por alguna razón. Siempre había algo de cierto, ya lo había comprobado aquella vez que le invitó a cenar en Aguas Pardas.

-No me mires con esa cara. ¿de verdad que no te distes cuenta que no eras un pueblerino más? ¿Por qué crees que el rey no te ejecutó cuando pegaste a Malco? ¿Cómo explicas si no que seas el único en Aguas Pardas que sepas leer y escribir? ¿Por qué no has acabado como otro pueblerino más pescando en alguna empresa noble? ¿Por qué tu casa es de piedra y no de madera como las del resto?

-Intentas volverme loco, lo sé—al profesor le temblaba la voz—Mi padre ganó

esos méritos al luchar contra los boleros, sirviendo a la Casa Llágara.

-El que crees que es tu padre era el tamborilero, jamás empuñó una espada. Murió siendo un cobarde—Martín se colocó en pie y se dirigió a la salida—Te dije que los plebeyos creen que la vida noble es fácil, y no es así. Además, te diré algo—en ese momento Martín se giró para mirar a la cara al profesor—las historias siempre se repiten.

Martín salió de la cabaña dejando al profesor anonadado, no daba crédito. Su vida se paralizó por un momento, solo pensaba que toda su vida había sido una mentira.

Un ruido proveniente de las maderas de la cabaña le hizo entrar en razón de nuevo. De pronto una de las tablas de la pared se partió, y cuando Lute miró observó por la pequeña apertura recién abierta dos grandes ojos esmeralda.

-Vaya..., eres tú..., la pequeña rata. Es la segunda vez que me encuentras en esta situación.

La joven entró como pudo a través de las tablas, rápidamente se sacó de la cintura una piedra afilada y cortó las cuerdas que ataban las manos del profesor.

-¡Vamos!

Tendrás que hacer el hueco más grande si quieres que quepa por esas maderas. Eres tú la pequeña rata, no yo.

La joven al oír las palabras del profesor en su propia lengua se dio la vuelta para mirarlo, quien le sonrió como pudo aguantando el dolor de su magullada cara.

En ese momento entró un silvestre en la tienda, cuando vio el intento de escape

comenzó a dar gritos, provocando la entrada de varios guerreros en la cabaña. Tanto el profesor como la joven fueron apresados y atados de nuevo al tronco. La guardia de la entrada de la cabaña se reforzó. Largo y tendido fue el tiempo que tuvieron hasta que entrara un guardia nuevamente.

Te agradezco el intento, pequeña, pero ahora estás en peligro tú también por tu irresponsabilidad –La joven le miró refunfuñando.– *Bueno, ¿al final vas a decirme como te llamas?*

No tengo nombre—contestó la joven.

¿Cómo no vas a tener nombre? Todos tenemos un nombre .—al profesor se le escapó muna pequeña carcajada.

Yo no.

¿No te pusieron un nombre tus padres?

Yo no tengo padres.

El silencio se hizo unos segundos.

Vaya... yo tampoco.

Ambos hablaban si mirarse, pues les habían colocado de espaldas uno al otro, atados al grueso tronco.

¿Qué te parece Xyrya? –dijo el profesor mientras inclinaba la

cabeza hacia la joven.

Ella permaneció en silencio.

¿Conoces la historia de Xyrya?

Sí, he ido durante casi tres años al colegio.

El profesor soltó una carcajada que le provocó un poco de tos. De pronto la conversación volvió a la lengua betala.

-Xyrya fue una guerrera de tiempos de los reyes ancestros que acabó con el gigante de piedra que asolaba el mundo—argumentó la joven.

-Veo que mis clases de historia te han servido para algo—dijo el profesor mientras sonreía—pero lo que nunca conté en clase es que Xyrya, en Shoçy, la lengua de los ancestros, significa esperanza, como el color de tus ojos.

El silencio volvió a inundar la cabaña durante unas decenas de segundos.

-Me gusta—contestó la joven.

Capítulo XLIV. La Abadía de Almos

El hambre había invadido el reino. A la tradicional sequía del país se unió el aminoramiento de productos de primera necesidad traídos desde fuera. El puerto de Aguas Pardas estaba más desierto que nunca, ningún barco atracaba ya allí. Hacía tiempo que las voces anunciando ofertas, bajadas de precios y gangas no se oían. La pesca cada vez era menor, costaba pescar un simple pez de la manera más rudimentaria. Los impuestos ahogaban a la población, lo cuales, sin tener algo que llevar a la boca, eran obligados a pagarlos para poder solventar los problemas financieros de la corona.

Surgieron grupos rebeldes que promovían ideas muy alejadas de desear una larga vida al nuevo y joven monarca. El Coño Áureo se asemejaba ya más a un abandonado páramo que a una vieja posada donde satisfacer el estómago y algunos órganos más bajos del mismo. Algunas de las mujeres que ofrecían servicios, las de edad más avanzadas, que son las menos cotizadas, fueron echadas a la calle, sin consuelo, sin tener donde ir.

Las calles de todas las ciudades del reino se llenaron de nómadas, vagabundeaban de una calle a otra, de una ciudad a otra.

La delincuencia aumentó considerablemente, todos querían algo que llevarse a la boca o algo que les sirviera para protegerse del frío.

La situación la notó incluso las grandes familias nobles de todas las comarcas, muchos tuvieron que vender algunos de sus esclavos a otras familias fuera de Betalia, incluso a precios de risa, pero les era imposible mantenerlos.

La solidaridad solo habitaba en las casas nobles, las cuales se reunían clandestinamente por miedo a ser acusados de traidores o conspiradores. En

sus reuniones solo se hablaba de una única cosa: Malco I de Fadique, al que apodaban el sádico.

Entre el pueblo llano solo había competencia, no se les podía reprochar nada, solo luchaban por sobrevivir. Se enfrentaban por una manzana podrida caída en el suelo, y que habrían encontrado a los pies de cualquier manzano silvestre. Lo importante era sobrevivir.

Pronto comenzó la emigración, pero la vasta cordillera que separaba Betalia de Tierras Gemelas hacía casi imposible el trasvase de personas, además de que estaba bastante vigilada por ambos reinos. Uno no puede abandonar a su rey sin más.

Mailen siempre destacó por su belleza y escultural cuerpo. Su atrevimiento le llevaba a vestir prendas que mostraban más carne que seda. Jugaba a la insinuación. Aficionada a la moda, tenía su modisto personal, quien le traía telas de lejanas tierras y diseños atrevidos para la época. No era raro si alguno de sus modelos era copiado por alguna otra noble, claro está, aquellos modelos copiados tenían bastantes más metros de tela que los suyos. Su fama de excéntrica y atrevida era tal que en cualquier evento donde la reina estaba invitada siempre era el centro de atención, y entre los invitados siempre surgía la misma frase: ¿Con qué nos sorprenderá esta vez?, siempre lo conseguía, siempre sorprendía.

Mailen leía en una de las mesas de madera del jardín. El sol no llegaba a su cuerpo, el cual estaba protegido por un pequeño toldo. Sobre la mesa, una jarra de agua y una pipa de fumar. No solía fumar mucho, tan solo para relajarse, tal vez las hierbas que consumía le llevaban a un estado próximo a la lasitud.

Pronto olió algo raro, como si estuvieran cocinando al fuego un conejo sin

despellejar. Apartó el libro de su cara y aspiró fuertemente un par de veces. El olor venía del castillo. Se levantó de la mesa y anduvo deprisa hasta la cocina mientras maldecía a la cocinera. ¡Ya se ha olvidado de la olla al fuego!, pensó. Cuando llegó a la cocina vio que el fuego estaba apagado y las cocineras estaban amasando el pan. Miró alrededor, no veía nada. Pronto notó que el olor no venía de ahí, aunque sí que lo notaba más cerca. El rastro del olor la llevó hasta una de las nueve habitaciones de invitados.

-¿Qué estáis haciendo, hija de puta?!-Gritó desesperada la reina.

Una de las doncellas estaba quemando sus vestidos. Al lado de la misma se encontraban los cuatro grandes arcones que le servían de guardarropa. Todos estaban abiertos y uno ya estaba vacío.

Cuando la doncella oyó los gritos de la reina al descubrir lo que estaba haciendo, se apartó del fuego y tiró al suelo la vara de hierro que usaba para mover la ropa del fuego. Agachó la cabeza y colocó sus manos tras su espalda.

Mailen corrió hacia la chimenea, agarró la vara e intentó salvar la prenda que estaba ardiendo en ese momento, pero nada podía hacer por ella.

La reina se dio la vuelta y se colocó frente a la doncella, levantó el incandescente palo de metal, rojo como un rubí, tan caliente como la lava recién salida de un volcán, para castigar a la joven por lo que acababa de hacer.

-Buenos días mi reina-Malco entró en aquella habitación caminando despacio y con sus dos brazos agarrados por detrás de su espalda. Mailen bajó la vara, haciendo que la criada suspirara de alivio.

-¡Esta hija de puta ha quemado mis vestidos!

-Continuad con vuestro trabajo- ordenó el rey a la doncella, quien continuó

echando ropas a la chimenea.

Mailen, sorprendida, abrió los ojos como platos.—¿Cómo os atrevéis? ¿Sabéis cuanto oro hay metido en esos arcones?—comenzó a llorar a la vez que gritaba

-Desde hoy dejarás de vestir como una furcia y vestiréis como una reina. Os he dejado sobre vuestra cama vuestros nuevos vestidos.

La reina no daba crédito a lo que estaba sucediendo, pensó que debía decirle a Malco quien era en realidad, que le debía un respeto, pero desde lo que pasó aquel día en la cama no sabía cómo hacerlo. No podía permitir más faltas de respeto de aquel joven insolente. Su boca se abría para contar la verdad, pero su mente era más rápida y lista y bloqueaba su laringe impidiendo la reproducción de cualquier sonido.

-No tardes mucho en deshacerte de la ropa, hoy quiero almorzar pronto—ordenó a la doncella.

Malco se dio la vuelta y salió de la habitación.

En el almuerzo ambos reyes comían sin hablar, la atención de cada uno se dirigía en sus respectivos platos. La doncella que tendía la ropa días antes estaba sirviendo la mesa, aún no podía andar con normalidad, aún sentía dolores. Se sentía cohibida ante la penetrante mirada de Malco cada vez que esta se acercaba a la mesa. el único sonido que se apoderaba del comedor era el chascarrido de las cucharas al frotarse con la cerámica de los platos.

-Por cierto mi reina. Mañana por la noche daremos una celebración. He invitado a varias casas nobiliarias—dijo el rey mientras soplaba la sopa que contenía su cuchara.

-¿Y qué se supone que celebramos?—Mailen le miró, estaba seria, apenas había probado bocado.

-Vuestra despedida, mi señora.

-¿Mi despedida?—dijo mientras levantaba una ceja y dejaba la cuchara sobre el filo del plato.

-Iréis a la abadía de Almos. Guardaréis luto por vuestro esposo. Tomaréis vida religiosa.

La reina dio un golpe en la mesa.

-¡Soy la reina!—gritó.

Malco dejó de comer—sois una mujer—dijo.

La reina se levantó de su asiento y se dirigió a su habitación. No había suficiente oxígeno en el castillo para satisfacer su necesidad vital. Cuando llegó a la habitación cerró la puerta con fuerza, apoyó su espalda sobre ella y comenzó a llorar mientras deslizaba la misma hasta lograr sentarse en el suelo.

Tras quedarse sin lágrimas, secó sus ojos y miró hacia la cama, observó unas telas negras desplegadas sobre la misma, se acercó, era uno de sus nuevos vestidos, el cual no tardó en probarse. Tras ello se miró en el enorme espejo, no se reconocía, el vestido cubría cada centímetro de su piel, desde su mandíbula hasta casi arrastrar por el suelo. Seguía sin reconocerse, no era ella, no era la reina, no era Mailen. Pronto comenzó a llorar de nuevo mientras miraba su nueva imagen en el espejo.

Capítulo XLV. Polvo Serás

A la mañana siguiente entró un guardia en la cabaña. A pesar de saber el destino que les esperaban pudieron dormir tras una larga charla, ambos habían aceptado su destino. Al fin Lute había oído la voz de la joven, la cual parecía sentirse más cómoda al escuchar al profesor hablar en su idioma.

*Perderéis la vida hoy tal y como mandan los ancestros.
El hombre de las dos lenguas será el primero.*

El soldado salió de la cabaña.

Martín se encontraba repasando el nuevo mapa que el profesor había esbozado días antes cuando Alfonso entró en su cabaña.

-Van a ejecutarlos hoy—dijo mientras tosía fuertemente.

-Lo sé—dijo el noble mientras seguía viendo el mapa con los brazos apoyados sobre la mesa.

-Deberíamos aprovechar la noche para raptar al jefe. Cuando nos diga donde está la mina le cortamos el cuello.

-Mi máxima preocupación es el chamán. No sé como lo hace, pero es capaz de mirar en el interior de un hombre y conocer su verdad— afirmó preocupado Martín.

-¿Queréis que me encargue de él?—Alfonso volvió a toser, tras hablar.

-Cuando llegaste a estas tierras antaño. ¿Cómo pudiste coger a uno de ellos sin más? ¿Te lo permitieron y te acompañaron hasta la puerta de salida?—preguntó irónicamente el noble.

-No estuve en esta parte mi señor. No fueron estas las gentes que vi, no es la única tribu que habita en esta isla—a Alfonso le costaba hablar por la tos.

-¿Estás bien? Ahí tienes agua.

-Sí, no os preocupéis, ando desde anoche con tos, un simple catarro, no os preocupéis.

-Esta noche daremos el paso. Avisa a los hombres, ya sabes lo que tienes que hacer—ordenó Martín.

-Sí mi señor.

En ese momento sonaron tambores, ambos salieron de la cabaña y observaron como poco a poco el pueblo se concentraba en el centro del poblado. Todos se colocaron de pie para recibir al jefe de la tribu, quien esta vez presentaba pinturas diferentes en su cuerpo, como si fuese un atuendo de ceremonia.

Una pareja de guardias trajo a los prisioneros ante la mirada de todos. Con un golpe en la parte de atrás de las rodillas de ambos hizo que se arrodillasen. La gente estaba callada, los tambores seguían cantando.

El jefe se levantó de su trono y mirando al pueblo recitó su discurso con voz firme:

– Padre, te obsequiamos con dos perros de Monio, Dios de la Muerte, quien envió a estos para acabar con tu creación. Fueron descubiertos, aunque tarde, Ltara sufrió la violencia de este esbirro. Acógela entre tus brazos, protégela hasta la ida de su madre.

Todos los presentes miraban al jefe en silencio, solo los tambores continuaban

su canto.

Cuando el jefe acabó su discurso se sentó de nuevo en su trono. El ritmo de los tambores cambió, volviéndose más lento, parecían imitar los latidos de un corazón.

El guardia que apresaba a Lute lo levantó de un golpe, no le costó mucho trabajo hacerlo. Lo llevó hasta ponerlo frente a la madre de la pequeña asesinada en el río, a la cual la dominaba un rostro de dolor y una mirada de odio al tener al profesor delante de ella. Lute se acordó en ese momento de su pequeña Helena, entendía a aquella mujer, él estaría igual. Tras unos segundos uno frente al otro, la mujer escupió en la cara a Lute. El esputo fue lanzado con tanta fuerza que parecía venir de una cobra.

Tras ello, el guerrero llevó al profesor al centro de la conglomeración de silvestres. Los tambores seguían tocando lentamente. Ahora el profesor se encontraba frente al jefe.

Pronto se acercó un grupo de silvestres, los cuales transportaban una especie de tablón de madera de considerable tamaño que clavaron de pie en el suelo, y al que amarraron a Lute.

Padre, acepta nuestra ofrenda .-dijo el jefe con los brazos abiertos y mirando al cielo.

Colocaron una especie de recipiente ceremonial a la altura de los pies del profesor. Un silvestre se acercó hasta ponerse frente a él.

Lute miró hacia donde estaba Martín, quien le devolvió una penetrante mirada, posteriormente dirigió la mirada a Alfonso, quien le respondió con una disimulada sonrisa. Tras ello, dirigió sus ojos hacia la pequeña rata de ojos esmeralda y le sonrió mientras esta expresaba su temor a través del verde de

sus ojos, pues no era más que una niña.

Poco duró el cruce de miradas entre el profesor y su extraña alumna, sintió un enorme dolor en su abdomen. Una enorme hoja de piedra afilada le había abierto en canal, pronto se oyó el golpe de sus tripas al caer sobre el recipiente. Mientras se desangraba, y hasta que perdió el conocimiento, el cual duró apenas unos segundos, solo pronunció una única palabra: Helena...

Los tambores cesaron al tiempo que cesó el corazón de Lute.

En el momento del corte la pequeña rata cerró los ojos con fuerzas, pero no pudo evitar oír el sonido del recipiente. Cuando los volvió a abrir se encontró con la madre de la niña asesinada embadurnándose con la sangre del profesor. Así lo mandaba la tradición.

El guardia levantó a la pequeña de un solo movimiento, no supuso tanto esfuerzo, apenas tenía carne en su cuerpo. Era la siguiente.

Alfonso agarró con fuerza el cuchillo que tenía en su cinturón.

¿Qué haces imbécil?—preguntó disimuladamente Martín.

-Esa chica es mía, podéis quedaros con la isla, con el oro verde, reinar sobre estas tierras... Yo solo quiero a esa pequeña.

-¿Quieres que nos maten?

-No tenéis ni idea de quién es. Es mía.

El cuerpo de Lute ya había sido retirado y los tambores habían comenzado de nuevo su marcha, de nuevo imitando el ritmo cardíaco. La pequeña ya se encontraba amarrada en aquella tabla de madera, la cual había manchado su espalda con la sangre de Lute. Lloraba desconsoladamente, estaba aterrada. Pronto se acercó el verdugo.

La pequeña consiguió soltarse una de las manos y dar un golpe a quien iba a acabar con su vida, se acercaron dos silvestres para ayudar al verdugo a volver a amarrarla. La chica forcejeaba, se resistía, intentaba luchar con todas sus fuerzas, consiguió incluso morder a uno de los hombres, pero finalmente fue atada de nuevo.

Cuando el verdugo estaba asegurándose que las manos de la joven estaban bien atadas dio un salto hacia atrás provocando su caída. El rey encogió las cejas.

¡Karyma! ¡Karyma! —gritó mientras se alejaba de ella.

-¿Karyma?—preguntó en voz baja Martín.

-Significa maldita— contestó el náufrago sin sorprenderse. La conocía bien, conocía su historia.

Todo el poblado se estremeció, comenzaron a murmurar entre ellos, todos adoptaron una expresión de terror.

El chamán se acercó a la joven y retiró su pelo dejando al descubierto sus orejas, eran redondas, como las de un humano, pero al girar la cabeza vio una cicatriz en la parte superior de la misma, volvió a girar la cabeza de la joven y observó exactamente lo mismo en la otra oreja.

-Pero qué lista eres. Te has cortado las orejas para pasar desapercibida en Betalia—dijo Alfonso en voz baja mientras observaba la escena.

Martín miró a Alfonso sin entender nada.

El chamán se alejó de la joven unos pasos hacia atrás y comenzó a escupirle mientras gritaba lo que parecía ser un sermón purificador. Tras ello el verdugo se acercó, pero no logró llegar hasta la joven, el puñal que Alfonso le había lanzado desde su sitio había conseguido atravesarle el cráneo haciendo que

cayera de espaldas de un golpe seco.

Una gran agitación se desató en el poblado, los forasteros empuñaron sus armas, al igual que los silvestres, la batalla no tardó en comenzar.

Xyrya, en medio del fragor de la batalla, intentaba soltarse sin éxito. De pronto sintió el calor de una llamarada, el chamán escupía fuego de sus manos, las cuales no era la fuente del combustible, sino que de la hoguera más cercana absorbía bolas de fuego que se dirigían hacia él, y este a su vez las lanzaba al enemigo.

Los betalos se quedaron de piedra, Martín miró a Alfonso y este le respondió arqueando una ceja, sobraban las palabras, tal gesto quería decir “te lo dije”. Martín lo entendió al instante.

Ya había varios cuerpos ardiendo sobre la arena, el jefe también estaba luchando, con gran valentía. Martín no le quitaba el ojo, no a él, sino al colgante que llevaba colgado de su cuello.

Los exploradores estaban exhaustos, se sorprendieron de la forma de luchar de los silvestres, no parecían cansarse, sus movimientos parecían una danza de cualquier joven noble de uno de los grandes palacios de Betalia, eran movimientos limpios, rápidos y elegantes.

Llegó un momento que el chamán se aburría un poco quemando exploradores, para él era demasiado fácil, además, le quedaba alguien mucho más importante que un grupo de hombres a los que habían confundido con intermediarios de los dioses: Karyma.

El chaman extendió su brazo derecho y atrajo otra bola de fuego de la hoguera, colocó la misma sobre la palma de su mano. El fuego levitaba, no llegaba a tocar su piel. Comenzó a caminar hacia Xyrya, mirándola a los ojos, la cual seguía luchando por soltarse.

Enemigo de la verdad, adversario de la honestidad, hijo de la maldad, vuelve a la oscuridad... —el chamán pronunciaba algo parecido a una oración al mismo tiempo que se acercaba a la joven.

De pronto un dientes de sable saltó entre la joven y el chamán, dio un gran rugido provocando que el hechicero se echara hacia atrás. Xyrya no daba crédito, el mismo felino que días antes había intentado desayunársela ahora le estaba salvando la vida.

La lucha cesó por un momento para contemplar la escena. El enemigo ya no era el que tenía en frente, era aquella bestia. El felino daba vueltas a la tabla de madera sobre la cual estaba atada Xyrya. De pronto apareció una especie de simio, no se parecía a los estudiados en biología en los libros betalos, de hecho, si le preguntasen a un experto este no sabría de que animal se trata. El simio desató las manos de Xyrya, la cual se quedó en el mismo lugar, temerosa que el felino le atacase, pero este, que estaba de espaldas a ella, giró la cabeza para mirarla y agazapó las orejas al mismo tiempo que echaba a tierra sus patas traseras. Xyrya lo entendió, quería que subiera sobre él.

La lucha se reanudó mientras la pequeña desaparecía sobre el lomo del felino entre la maleza.

-¡Martín! ¡la piedra!—gritó Alfonso.

El noble miró hacia el jefe, el cual acababa de machacar una cabeza betala con su hacha de piedra. Martín corrió hacia él.—dame la piedra y dejaremos a tu pueblo en paz.

El jefe medio cerró los ojos e intentó cortar el cuerpo el noble con su hacha, pero este pudo esquivarlo. Lucharon sin piedad, por sus vidas, aunque uno de los contrincantes tenía un objetivo más que salvar su vida, aquella piedra

brillante y verde. El jefe de los silvestres no era un rival fácil, estaba bien curtido en la guerra.

De pronto los exploradores se vieron rodeados, apenas quedaba una docena de betalos en pie. Todos formaron un círculo para proteger las espaldas del compañero que tenía detrás. La batalla estaba perdida.

El chamán, que había desaparecido del campo de batalla por unos instantes, se acercó y dio una vuelta alrededor de los temerosos, cansados y ensangrentados exploradores. Hubo un momento en que se detuvo en su marcha, se acercó a uno de los hombres, levantó su brazo y tocó con uno de sus dedos a uno de los betalos en la frente, quien se desintegró al instante.

Todos comenzaron a temblar. El chamán, tras convertir en polvo al hombre, se acercó al siguiente con un extraño caminar, que más bien parecía una danza sagrada. Se detuvo, apuntó con el dedo a otro. Esta vez no hizo falta tocarlo para volver a repetir la acción.

-¿Qué clase de magia es esta?—Preguntó Martín jadeando y bastante asustado.

-Vos no dejéis que os apunte con su apestoso dedo, en cuando se acerque, cortadle el brazo con vuestra espada—respondió Alfonso.

De pronto comenzaron a llover flechas de entre los árboles. Los silvestres comenzaron a caer al suelo heridos, otros muertos. El caos se adueñó del poblado. Los betalos miraban hacia todos lados buscando los arcos que emitían aquellas flechas.

De entre los árboles aparecieron una treintena de hombres, eran los exploradores que habían quedado en el campamento Esperanza. Los silvestres comenzaron a correr hacia todas direcciones.

El jefe había gritado al chamán que defendiera el pueblo, pero este ya estaba

en el suelo malherido, una de las primeras flechas le había atravesado el estómago.

Los exploradores comenzaron a correr hacia los árboles. Martín quitó de las manos a uno de los exploradores un arco y una flecha, apuntó hacia el jefe, consiguiendo atravesar la pierna del mismo y haciendo que cayera a la arena del suelo. Martín se acercó corriendo hacia el silvestre, cuando se acercó a él le miró a los ojos.

-¡Martín! ¡Vamos!

El noble oyó la voz de Alfonso, quien le advertía que se diera prisa para poder huir. Martín agarró el colgante y tiró de él, rompiendo el cordón que lo sostenía del cuello del jefe.

Podréis huir de la isla, pero el recuerdo de ella os atormentará, y aquello que robéis la isla lo reclamará tarde o temprano. La piedra volverá a su hogar. –dijo el jefe a Martín tras perder el amuleto.

Martín salió huyendo del poblado junto a sus hombres.

Capítulo XLVI. El Cuervo

El salón de la celebración del castillo estaba abarrotado de nobles. Corría el dulce y exquisito vino de Torvilla. El opio aromaba la atmósfera y las risas animaban el ambiente.

-¿Y cómo que la reina ha decidido internarse en Almos mi señor?—preguntó una bella joven al rey.

-Está rota de dolor mi lady, prefiere la calma de una vida consagrada a la fe que seguir entre estos lujosos muros, los cuales le recuerdan a su esposo.

-Y vos... ¿habéis echado el ojo a alguna joven ya?—la joven soltó una pequeña risa en su coqueteo.

-Aún no, los asuntos del reino me ocupan todo el tiempo. Aunque si os soy sincero mi atención no podría bautizar algún otro rostro que no sea el vuestro en esta velada. La luz de vuestros ojos nubla la razón de cualquier caballero que los contemple—dijo Malco mientras arqueaba una ceja y provocaba el sonrojo de la chica.

La música sonaba de fondo, una preciosa y lenta melodía que emitía uno de los mejores violinistas del reino.

De pronto todas las miradas acapararon la escalera del salón. Mailen, anduvo unos pasos y se detuvo en el primero de los peldaños que debía bajar, miró a todos y todos la miraron a ella, estaban atónitos, no era la Mailen que estaban acostumbrados a ver. El dolor de su viudez se había vuelto perpetuo en su rostro, pensaron todos.

-Pues como siempre, nunca nos dejará de sorprender—dijo una noble a otra en

voz baja refiriéndose al atuendo de la reina.

Mailen llevaba un largo vestido negro de terciopelo, la falda del mismo no dejaba ver los zapatos de la reina, llegaba incluso a arrastrar un poco. La prenda, de una única pieza, se recogía en el cuello, cubriendo el mismo y abrochándose tras la nuca de la reina. No estaba maquilada y su pelo estaba perfecto, un prodigioso recogido que le dejaba la cara totalmente descubierta, un precioso y perfecto recogido digno de cualquier anciana noble, no de una reina, mejor dicho, de la reina Mailen.

Ante la mirada atónita de todos y al compás del violín, Mailen comenzó a bajar las escaleras elegantemente, no quería que aquellas miradas y murmullos le achicasen, al fin y al cabo, tapada hasta el cuello o con un atuendo insinuador, seguía siendo la reina.

Cuando acabó el último de los peldaños dos nobles se acercaron a ella: la señora de Torias y la de Roca Ferro.

-Alteza- dijo reverenciando una de ellas- siento vuestro dolor como si fuese mío. Aloys fue un gran rey, será recordado en las generaciones venideras.

Mailen asintió con la cabeza, su expresión modelaba mucho dolor, pero no el que los invitados o esa propia noble creía.

La otra noble se introdujo en la conversación.-Pues yo voy a menudo a Almos, tengo una hermana ingresada allí, no dudaré en visitaros cuando vaya por allí.

-Gracias-dijo Mailen con cara de asco.

Malco había visto la llegada de la reina al salón, estaba esperando que esta finalizase la conversación con las dos nobles invitadas, una conversación que apenas duró unos segundos ya que a Mailen no le interesó mucho y por ello se apartó rápidamente buscando otras bocas en la sala.

-Mi reina, acercaros.

Mailen miró hacia Malco desde su lugar. Antes de hacer caso al mismo ojeó a gran parte de los invitados. Cuando la reina se acercó al rey se colocó a su lado, este la agarró por la cintura y pronunció unas palabras en voz alta:

-Disculpadla, como podéis ver la ausencia de su esposo habita en su rostro, espero le deis un buen recibimiento y una buena despedida, pues esta mujer, Mailen de Gálega, ha hecho mucho por Betalia, y se merece que la despedamos con honor—todos comenzaron a aplaudir, incluido Malco, quien lo hacía además con especial énfasis mientras la miraba.

La reina se sentía ridícula, pensó que prefería que se la tragase la tierra a disfrutar de aquella celebración en su honor.

La velada transcurrió con tranquilidad, los invitados que se iban yendo fueron besando a la reina mientras le recitaban palabras pensadas en el camino de ida al castillo, todas elogiaban su papel como monarca durante el reinado de Aloys, y todas les desearon que encontrara la paz en la Abadía de Almos.

La mayor parte de la celebración Mailen la pasó sola en uno de los grandes sofás que había en el salón, pensando en la vida que le esperaba, pues esta iba a ser muy distante de la que llevaba hasta entonces. Le esperaban oraciones cinco veces al día, vivir en penumbra con la luz que emitiría una simple vela, la soledad de los muros de aquel lugar, los ropajes oscuros y la intensa nevada y frío del norte. Un monasterio apartado de la civilización que coronaba las montañas nevadas de Escarchía. Pensó también que las visitas en aquel lugar estaban muy reguladas, una o dos al mes, pero después caía en la más pura realidad: no tenía quien le visitase.

Una y otra vez pensó en beber sin parar para tener el valor de contarle a Malco quien era realmente, y que su padre se encontraba surcando los mares

en busca de un mejor futuro para la corona, en definitiva, para él. ¿Dónde estás Martín? Pensó una y otra vez. También se le había pasado por la cabeza la idea de acabar con Malco, en eso sabía que era una experta, podía acabar con el joven rey y diseñar la escena de tal forma que la culpa recaería sobre cualquier persona del servicio, pero era su hijo, el dolor le encogía la espalda solo de pensarlo, pero si lo hacía volvería a ser la reina que era, volvería a ser Mailen, pero de nuevo le venía el recuerdo de su clandestino parto y las ideas se desvanecían. Su propia mente no la dejaba vivir.

Tras unos minutos de trance navegando entre sus recuerdos volvió en sí misma, miró al salón, apenas quedaban ya una docena de invitados, se levantó del sofá y dejó sobre la mesilla auxiliar la copa de vino que hacía tiempo tomaba, cuya parte de su contenido se había derramado sobre la falda de su vestido. Caminó hacia Malco, muy involucrado en la conversación con una joven noble, y se despidió alegando que se encontraba cansada y que al día siguiente le esperaba un largo viaje.

Mailen se dirigió hacia las escaleras evitando la despedida de los invitados, pero no pudo esquivar la de Sofía, señora de Farunha. La anciana le agarró por uno de sus brazos cuando Mailen había puesto un pie en el primero de los peldaños de la enorme escalera, ambas se miraron, Sofía asintió con la cabeza y la reina la miró. En los segundos que duró el cruce de miradas hubo una conversación que podría haber sido de horas, Mailen le había contado toda su historia y pidió a Sofía que la salvara.

-Que tengáis un buen viaje—dijo la noble con su voz anciana.

Mailen asintió con la cabeza y subió por las escaleras.

Cuando llegó al cuarto cerró la puerta con fuerza y se tumbó en la cama boca arriba, se echó a llorar, pero en silencio, no quería que los invitados oyeran el

llanto de la reina Mailen, sí, ella seguía siendo la misma, coaccionada, pero la misma.

Tras unos minutos se calmó, tumbada bocarriba, desde su cama miró al tocador que tenía frente a ella, allí estaba, esperándole, aquel pequeño frasco de veneno que había comprado a la Lechuza, el motivo de su desgracia, la razón por la que el karma le estaba devolviendo todo. Se incorporó de la cama y fue hacia el tocador. Cuando llegó agarró el frasco y lo acarició, por un momento comenzó a echar de menos a Aloys, pues todo era más fácil antes. Quitó el tapón del frasco y se miró al espejo.

-Yo soy la reina, yo soy Mailen de Gálega, señora de Betalia, señora de señores. Yo decido donde voy, yo decido cuando voy—hablaba consigo misma frente al espejo mientras le salía una lágrima fría como la cumbre de una montaña, como el primer aire de una mañana de invierno. Mailen llevó el frasco a sus labios e inclinó la cabeza.

-Pero...—dijo extrañada.

No cayó ni una sola gota, estaba completamente vacío. Dudó por unos instantes, pues ella recordaba que no había agotado el veneno, no le dio tiempo, el rey cayó de aquel balcón antes de consumir el frasco de veneno.

En ese momento, a través del espejo, vio unos ojos brillantes en la ventana. Rápidamente se dio la vuelta para mirar hacia ella, ya no estaba.

-Es la muerte— susurró mientras se acordaba de las conversaciones con su esposo cuando este le decía que la muerte le visitaba.

Caminó poco a poco hacia la ventana donde había visto aquellos ojos. Su intención no era averiguar quien era, estaba segura ya de ello, su intención era cerrarla. Antes de llegar agarró el atizador de la chimenea, para poder defenderse en caso de que fuera necesario. Continuó caminando hacia la

ventana con la vara de hierro levantada.

Cuando llegó, sacó la cabeza por la ventaba y miró para su izquierda y derecha, no vio nada. Se calmó. Colocó el atizador apoyado entre la pared y el suelo para poder cerrar las enormes puertas de la ventana, pero cuando estuvo a punto de cerrar una un cuervo se acercó a su cara, tanto que consiguió picarle en un ojo arrancándoselo de cuajo.

Mailen gritó con todas sus fuerzas debido al dolor, con una de sus manos se tapó la herida, la cual no paraba de sangrar. Con el otro ojo miró a través de la ventana, hacia abajo, y allí estaba, mirándola fijamente, en la oscuridad de la noche, bajo un árbol, aquellos ojos que acababa de ver un rato antes en el espejo.

Los gritos alarmaron a todo el castillo, desde los invitados hasta el personal del servicio, todos subieron corriendo. Cuando entraron en la habitación Mailen se encontraba agachada, sentada bajo la ventana, apoyada con su espalda a la pared, con una mano tapando la mitad de su rostro, llorando, sangrando.

Capítulo XLVII. La Sombra

Los exploradores habían atravesado unos kilómetros alejándose del poblado. Estaban exhaustos de correr, cuando llegaron a un claro en mitad de la isla decidieron montar un campamento improvisado, un campamento sin mantas, ni ollas donde poder cocinar, sin nada. No tenían más abrigo que las hojas y ramales de árboles que usaron para guarecerse del frío. Todos se acostaron sobre el húmedo suelo, unos junto a otros, las espaldas de los hombres se tocaban entre sí. Esta vez la compañía del profesor fue sustituida por la de Alfonso para Martín.

-Tenemos que llegar al campamento, coger los barcos y volver a Betalia. Volveremos con más hombres, con más armas y sabiendo ya lo que hay en estas tierras todo será mucho más fácil-. dijo Martín mientras oía toser a algunos hombres que ya estaban dormidos.

-Tendremos que proveernos de algunos animales, plantas y frutos de la isla para mostrar al rey, no podemos ir sin nada-respondió Alfonso.

Martín extendió su brazo hacia un pequeño macuto de piel que estaba cerca de su cabeza, lo abrió sin levantarse, sacó unos pergaminos del interior y los colocó delante del cuerpo de Alfonso. Este desenrolló uno y lo miró.

-No sé leer- dijo el náufrago.

- Son las anotaciones del profesor ¿Hay algo más veraz que las propias descripciones de cuanto existe en esta isla?

-Muy inteligente de vuestra parte, al menos no tiene vida, no podrá huir, como aquella maldita- dijo mientras se acordaba de Xyrya, la cual se le volvió a escapar horas antes.-tal vez hubiera sido mejor dejar que la asesinaran.

-También tengo esto— dijo el noble mostrando la piedra, la cual iluminaba su rostro en la oscuridad de aquella profunda noche.

-Entonces ¿Qué haremos mañana?—dijo Alfonso mientras tosía.

-Revisaremos los mapas que dibujó el profesor, volveremos a la Esperanza, subiremos a los barcos y marcharemos. Ordenaré a los hombres que busquen provisiones para el viaje.

Los hombres dormían, el silencio del paisaje únicamente era entorpecido por el canto de un ave nocturna, su sonido era lento y bajo debido a la lejanía de la situación de la misma.

El fuego se había consumido casi por completo, quedaban las brasas del enorme tronco que les había dado calor durante unas horas, solo un perpetuo hilo de humo escapaba de la madera.

Uno de los hombres notó un cosquilleo en su rodilla, descubierta de su pantalón por estar este desplazado hacia arriba dejando media pierna al aire. Movi6 su pierna para espantar al mosquito que le incomodaba el suelo. Seguía dormido. Pasando unos segundos volvió a sentir el cosquilleo y volvió a realizar la misma acción. A la tercera decidió acercar la rodilla a su pecho para poder darse un manotazo en la misma, cuando lo hizo notó un pinchazo en su mano.

-¡Aush!—exclamó en voz baja para evitar despertar al resto.

Dio la vuelta su mano hasta ponerla frente a sus ojos. Una especie de flor con pétalos de color morado y espinas en su tronco se le había clavado en la misma, tuvo que entrecerrar los ojos para ver bien en la oscuridad.

Lanzó la flor y volvió a recostarse no sin antes toser. No había pasado treinta segundos cuando volvió sentir el mismo cosquilleo, esta vez en su frente, abrió

los ojos, cogió lo que le rondaba por su cara y volvió a ver una flor exactamente igual que la otra.

-Pero qué coño...-no había terminado de pronunciar la frase cuando la planta se introdujo en su nariz. Sintió el dolor de miles de agujas que le atravesaban, primero por la nariz, después por la faringe. Ahí el dolor se agudizó. El hombre comenzó a gritar consiguiendo despertar al resto del campamento.

-¡Cállate hijo de puta! ¡Vas a hacer que nos descubran!- gritó uno de los hombres.

Martín se apresuró, movió un poco el fuego casi extinguido consiguiendo darle un suspiro de vida al mismo, agarró una rama seca, lo acercó y consiguió que esta ardiera naciendo la luz de nuevo en el campamento. Fue corriendo hacia el hombre saltando entre los cuerpos que aun se encontraban tumbados. En su camino pensó en introducirle la rama ardiendo por el ano o por la boca, le dio tiempo a analizar qué situación era más dolora en la tortura bajo su experiencia.

Cuando llegó alumbró al hombre, el cual se encontraba agarrándose del cuello y tosiendo. Le agarró por los pelos y le levantó la cara, sangraba por cada orificio de su cabeza: orejas, nariz e incluso por los lagrimales.

Martín soltó la cabellera del hombre y se apartó unos pasos hacia detrás. Alfonso se acercó, no paraba de toser. Martín le miró.

-Estoy bien, estoy bien. ¿Qué le pasa?

-No lo sé-dijo mirando al hombre con los ojos muy abiertos. No entendía que le estaba pasando.

De pronto, la víctima de aquella planta, cayó al suelo, estaba morado de no haber podido respirar durante unos minutos. Todos comenzaron a oír un ruido

que venía de todas partes.

Los hombres fueron cogiendo ramas secas y se fueron pasando el fuego unos a otros. Comenzaron a alumbrar para todos lados, pero no veían nada.

-¡Mirad!—dijo uno mientras apuntaba al suelo.

En el momento en que el hombre alumbró al suelo el resto vio como unas flores de pétalos moradas se paraban en seco. Si alejaba la lumbre se volvían a mover, caminando hacia ellos, y si alumbraban de nuevo se volvían a parar.

-¿Qué coño es esto?—dijo un explorador en voz baja.

Martín anonadado, movió su antorcha en dirección a varios lugares y su expectación se multiplicó en cuestión de segundos. Estaban rodeados.

-¡No! ¡No! ¡dame luz! ¡dame luz!—gritó uno de los hombres provocando que todas las miradas se dirigieran hacia él. Su antorcha se estaba consumiendo.

Rápidamente agarró la antorcha de uno de los compañeros que estaba a su lado, quien la defendió con todas sus fuerzas. En el forcejeo la antorcha cayó al suelo, ya apagada por el recorrido de la caída. Ambos comenzaron a gritar.

Alfonso se acercó corriendo hasta ambos y cuando consiguió alumbrarlos con su antorcha vio como varias docenas de flores saltaron corriendo de los cuerpos, aún vivos pero agonizantes, y se perdieron en la oscuridad de la noche. Le dio tiempo ver como una de aquellos pequeños seres buscaba cobijo introduciéndose en la boca de uno de los hombres que estaban por el suelo.

-Tenemos que salir de aquí—dijo en voz baja para sí mismo.— ¡Tenemos que salir de aquí!—gritó.

Todos comenzaron a correr.

-¡Bajad las antorchas! ¡alumbrad al suelo!—gritó Martín mientras iniciaba su

carrera.

De pronto Martín cayó en algo, se detuvo en seco. Alfonso unos segundos más tarde le alcanzó, tosía sin parar, estaba casi sin aliento.

-¿Qué hacéis? ¿Queréis morir?

-¡Los pergaminos! ¡Los he olvidado!

-Que le den por culo a los pergaminos. ¡Vamos!

Martín sabía la importancia de aquellos papeles, narraban todo cuanto habían visto, describían la isla y sus habitantes a la perfección y tenía anotaciones de la ruta para poder volver en otro viaje. Era la prueba que necesitaban para entregársela al rey y poder volver con una nueva expedición de conquista. Sin pensárselo dos veces volvió hacia atrás corriendo mientras alumbraba el suelo para evitar el ataque de aquellas plantas. La táctica funcionaba, pues las flores no se acercaban a la luz, así que consiguió abrirse paso.

Cuando llegó observó que los pergaminos aún estaban en el lecho de Alfonso, donde se los había dejado. Los agarró, los metió en la pequeña bolsa de cuero que también había olvidado y se lo colgó de un hombro. Su antorcha se apagó.

Alfonso solo esperó unos segundos por Martín, pero al no ver que regresaba decidió continuar su marcha tras el resto de exploradores.

-¡Joder, joder, joder!– exclamaba nervioso Martín mientras soplaba sobre su antorcha esperando reavivarla. Pronto sintió cómo algo le subía por las piernas.

-¡Aarg!–comenzó a sentir pinchazos en sus piernas, cada vez más hacia arriba.

Movía su cuerpo con gran nerviosismo, sacudía sus brazos, sus piernas y hasta donde las manos le dejaban en la espalda, todo con tal de quitarse aquellas cosas de su cuerpo. Notaba pinchazos por todos lados. De pronto se oyó un

fuerte bramido.

En cuestión de segundos dejó de sentir pinchazos, esas cosas que trepaban por su cuerpo habían saltado, aquel ruido estremecedor las había ahuyentado. Comenzó asentir alivio físico, porque su mente ahora tenía un nuevo objetivo. ¿Qué ha ahuyentado a esas cosas?

Vio una sombra acercarse, medía unos dos metros, parecía una vaca gigante, una vaca gigante de dos metros. Martín se puso firme y entrecerró los ojos para poder ver mejor entre tanta oscuridad. Volvió a oírse el bramido. Cuando aquella bestia estaba a unos cuatro metros de él pudo observar unos enormes cuernos. Se asustó, se asustó mucho. En cuestión de segundos agarró dos piedras y volvió a encender la antorcha. Cuando apuntó a la bestia con ella observó una enorme cabeza, de piel gris y ojos rojos. Tenía los morros y boca totalmente morada, como si hubiese cenado una tonelada de arándanos, el morado de la franja de un arcoíris, el morado de los pétalos de aquellas flores. Martín comenzó a correr.

Martín había alcanzado al resto del grupo. Eran unas horas antes del amanecer. En su huida, encontraron una playa a los pies de un lago, decidieron descansar ahí. No pudieron dormir, aunque a algunos hombres les rindió el cansancio.

Con las primeras luces del alba comenzaron a despertar a los dormidos para reanudar el camino hacia el campamento Esperanza. Uno de los exploradores lo intentó varias veces con uno de sus compañeros, pero este no despertaba.

-¡Señor!, ¡Martín!

El noble se acercó.

-Creo que está muerto dijo el explorador de pie al lado del hombre dormido.

Martín se puso de rodillas al lado del hombre y apoyó dos dedos sobre el

cuello del mismo para tomarle el pulso.

-Llevaba días tosiendo sin parar. Hace dos días comenzó a escupir sangre, pero no una sangre normal, era negra. Decía que le dolía mucho el pecho, e incluso creo que llegó a tener fiebre.

Martín oía al hombre que había intentado despertar al explorador.

-Sí, está muerto—dijo el noble mientras ojeaba el cuerpo.

De pronto vio una mancha negra en la muñeca del hombre fallecido, le remangó la manga de la camisa y vio que la mancha no tenía fin. Colocó sus piernas a cada lado del cuerpo dejando al mismo debajo de sí, agarró la camisa por la apertura y la abrió partiéndola, no le costó mucho trabajo, el algodón de la misma ya estaba bastante pasado.

Observó una enorme mancha negra en la carne del hombre fallecido. Los presentes alrededor se taparon la nariz y la boca al verlo.

-¿Lepra? ¿Peste?—preguntó uno de los exploradores.

-He visto la lepra, y la peste, y no te dejan estas manchas en el cuerpo—dijo Martín mientras observaba el cuerpo— ¿dices que tosía mucho?— preguntó Martín mientras oía toser a uno de los hombres que recogía sus cosas apartado de la escena.

Martín se puso en pie rápidamente, se acercó a uno de los hombres y le desgarró la camisa. Tenía la misma mancha en el cuerpo, se sorprendió tanto que le comenzó a temblar el pulso. Martín pensó unos segundos, desapareció de la escena rápidamente, anduvo lo más rápido que pudo hasta Alfonso, el cual se encontraba mirando uno de los mapas de Lute.

-Señor, creo que si tiramos hacia el sur llegaremos al Campa....— no le dio tiempo informar al noble, este le agarró por la camisa, lo puso en pie y la

desgarró como había hecho con los dos hombres anteriores. Alfonso también estaba enfermo.

-¿Qué pasa?—dijo el náufrago mientras tosía.

Martín adoptó los ojos de un búho, abiertos como las puertas de su palacio, amplios como la inmensidad del océano, exclamativos como el dolor de una madre que acaba de perder a un hijo.

Capítulo XLVIII. Pruebas

Xyrya no había pasado frío durante la noche a pesar de las heladas de la misma. La isla presentaba una extrema amplitud climática, pues presentaba varios grados bajo cero durante la noche y altas temperaturas durante el día. El pelaje y musculoso cuerpo del enorme sable habían servido de cama improvisada, lo justo y necesario para descansar tras lo vivido en el poblado.

La joven despertó por el calor del sol acariciando su rostro. Poco a poco abrió los ojos. Lo primero que vio fue una especie de cervatillo muerto a sus pies. Tenía una herida en el cuello, pronto lo comprendió. Miró al sable y este la miró emitiendo un tímido rugido.

Xyrya se levantó del cuerpo del felino y se acercó a un pequeño arbusto provistos de frutos rojos. Eran unas bolitas muy dulces. Prefirió aquel manjar que el pequeño cervatillo.

Tras desayunar comenzó a caminar entre la selva dejando atrás al felino, iba admirando la belleza del lugar, pues cada nueva visión le ofrecía un nuevo paraíso. Cuando llevaba unos minutos caminando sintió un pequeño golpecito en la cabeza, se paró y miró hacia los árboles. Unos pequeños simios saltaban entre los ramajes intentado llamarle la atención tirándoles pequeños frutos. Xyrya entendió que el simio intentaba decirle que subiera a las ramas y esta hizo caso.

No tardó en llegar a la copa del árbol, subió por el tronco en cuestión de segundos, su agilidad le precedía. Estando arriba el pequeño simio subió a la cabeza de la joven, quien desde lo alto de aquel enorme árbol podía ver casi toda la isla.

Miró al Oeste medio cegada por el sol, una columna de humo se liberaba de entre los árboles. Había llegado.

Pronto llegó a la cabaña. Una estructura de madera vieja, con bastantes roturas entre los tablones que simulaban un muro. El techo era de caña, no muy alto, la casa se encontraba en medio de un charco de agua, el cual la rodeaba y el humo salía por una abertura del techo que desde el suelo no se llegaba a ver.

La joven se acercó a la cabaña pasando por el charco de agua, el cual le cubría hasta poco más arriba de sus tobillos. Cuando llegó a la puerta la empujó, pero estaba demasiado atrancada, no conseguía desplazarla.

¡Viento que pasa! ¡luz que rebasa! ¡Fuera de mi casa! —dijo una voz que venía de detrás de la joven.

Xyrya se dio la vuelta instantáneamente.

Una anciana silvestre se iba acercando, apoyada sobre un delgado tronco de árbol que le servía de bastón y que estaba decorado con algunas cabezas de animales que colgaban de él.

Soy yo ¿me recuerdas?

¡Viento que pasa! ¡luz que rebasa! ¡Fuera de mi casa! —la anciana seguía acercándose.

Cuando la anciana se colocó delante de ella le dio un golpe en la cabeza con su bastón, no fue muy doloroso para Xyrya puesto que la fuerza jovial había abandonado a la anciana hacía mucho tiempo ya. Xyrya levantó una mano colocando la palma de la misma delante del rostro de la anciana— ¡espera! dijo antes de recibir otro palo.

Xyrya, sin bajar su brazo, se quitó los zapatos.

¿Karyma? ¿eres tú?... ¿estás viva! ¡¿Dónde has estado?!

gritaba la vieja cuando descubrió los pies de la joven, provistos de cinco dedos.

Al caer la tarde se encontraban las dos en el interior de la cabaña, sentadas junto a una mesa hecha con troncos de palmera. Mientras la joven comía con ansias le contaba a la anciana donde había estado los años que había estado desaparecida. Le habló de Aguas Pardas, de su puerto, de la pesca, del modo de vivir en aquellas lejanas tierras, de su jefe, de los Inmortales, de Martín, de Malco, de Alfonso y del profesor, haciendo especial hincapié en su esposa, Samia.

La anciana miraba con amor a la joven mientras esta hablaba.

Ay... Karyma... parece que fue ayer cuando te encontré en la selva. Cómo has crecido. Sufrí mucho tu desaparición. Mi tranquilidad fue que estaba segura que no fuiste víctima de cualquier depredador carnívoro, por eso te instruí, por eso te di la mejor arma de supervivencia, por eso te enseñé a hablar con madre.

Sí, aprender a hablar con la naturaleza puede que haya sido lo que me haya mantenido viva. Te lo debo todo Algi. Sin ti no hubiese sobrevivido ni un solo día al bosque, ni donde he estado. Suerte que me encontraste.

¡No te creas que quise quedarme contigo! Te recuerdo que intenté coserte las orejas para hacerlas similares a las nuestras, pero como ya sabes no soy muy buena tejedora.

Ambas comenzaron a reír.

Fíjate si hice mal el trabajo con la aguja y el hilo de caña que ninguna tribu te aceptó. Y cuando vieron que tenías dos dedos más que nosotros en los pies pensaron que estabas maldita.

Las risas invadían la cabaña. Alguna vez la anciana se quejaba del dolor que le producían los estiramientos de los músculos de su cara al reír.

Pero háblame de ese tal Lute. Dices que era profesor ¿Qué es eso?

Pues más o menos como tú. Enseñaba muchas cosas asombrosas a un grupo de jóvenes, aunque no todos estaban implicados. Algunos se pasaban la mañana durmiendo en la mesa.

¿Un grupo de jóvenes dices? ¡Ese Lute tendría a madre ganada! ¡yo con solo una aprendiz hubo veces que pensé en ahogarla en la charca de la puerta!

Pasaron las horas, al caer la noche, la historia que la joven contaba ya había llegado al momento en que regresaba de Betalia.

¡Un momento! ¿Dices que el tal Lute hacía símbolos sobre unas pieles? —dijo la anciana exaltada.

Sí, lo llaman escritura. Pude aprender algo. Esas líneas hacen emitir unos sonidos en las bocas de los hombres, es como si la piel del animal hablara por sí mismo, pero a través de las personas.

¿Y dices que esas pieles hablan de todo lo que hay en la isla? —la anciana cada vez estaba más nerviosa.

¿Qué ocurre Argi? ¿Por qué estás alterada? —preguntó la joven sorprendida.

Hace algunos años un grupo de esos seres vinieron a estas tierras. Arrasaron con todo. Venían buscando la Piedra Esmeralda. Ya sabes el poder que tiene esa piedra. Afortunadamente solo quedó un hombre vivo, el cual pudo escapar en una de sus gigantescas canoas. Y afortunadamente no pudo llevarse ni un solo fruto.

-Alfonso...-dijo en voz baja la joven.

¿Sabes lo que significaría que el conocimiento de la

existencia de estas tierras llegase a donde proviene ese ser'? ¿sabes lo que su jefe podría llegar a hacer con la Isla? ¿con nosotros? ¿con madre? ¡El poco tiempo que esos seres estuvieron aquí lo pudrieron todo! Arrancaron árboles del suelo con sus armas, despellejaron animales, y excavaron en el suelo hasta sacar el alma de la tierra.

¿Y qué hacemos? —dijo Xyrya bastante preocupada.

Tienes que conseguir esas pieles. ¡Nunca deben montar en esas gigantescas canoas! ¡Nunca deben llegar a su jefe! ¡No pueden salir de esta isla!

Capítulo XLIX. La Partera

La partera corría por los pasillos de palacio como bien podía, cargada con paños húmedos. Cuando entró en la habitación Mailen gritaba de dolor tumbada en la cama. Sus brazos estaban sujetos por las manos de varias criadas. Su cama estaba rodeada por sus padres, el padre de Martín y el propio Martín.

-¡Aaaa! ¡sacádmelo ya! ¡por favor, no puedo aguantar más!- gritaba Mailen llorosa y sudorosa.

La partera se colocó frente a ella, abrió sus piernas y rasgó el camisón de la joven con unas tijeras. Tras inspeccionar su útero, introduciendo un par de dedos, miró a los padres de la joven.

-No viene bien, viene de piernas-dijo la partera tras inspeccionar a la joven.

La madre de Mailen se preocupó, agarró su pañuelo blanco con fuerza y buscó cobijo en el pecho de su esposo.

- ¡Haga algo! ¡Sácaselo!- Gritó Martín, el cual entendió que la vida de su amada estaba en peligro.

-¡Salíos fuera Martín! ¡aquí no ayudáis en nada!-le ordenó su padre.

-¡No! Yo quiero estar aquí, con ella-dijo mientras acariciaba una mano de su amada.

-¡He dicho que os marchéis!

-Si algo le ocurriese a nuestra hija, vuestra será la culpa.- Dijo el padre de Mailen a Martín con rabia.

Martín hizo caso a su padre. Salió de la habitación no muy convencido, pero se quedó tras la puerta de la misma, sentado en el suelo, con su espalda apoyada sobre la resistente puerta rojiza de madera.

La partera agarró una vela y la colocó sobre la mesilla de noche que había cerca de la cabeza de Mailen.

-Quiero que os concentréis en la llama. No oigáis nada que ocurra más allá de vuestra mente, ignoradlo. mirad la llama con atención. concentraos en ella—la partera hablaba dulcemente a Mailen. Su intención era que se concentrara en la vela perdiendo atención al dolor de su cuerpo durante el complicado parto.

-Amarrad sus manos y piernas a la cama, esto le va a doler—ordenó a las doncellas que estaban presentes.

Cuando la partera agarró el cuchillo que descansaba sobre el fuego el padre de Mailen se dio la vuelta, no quería ver lo que iban a hacerle a su hija.

-Espero que sepas lo que haces—dijo la madre de Mailen a la partera.

-He asistido al nacimiento de la mayoría de nobles de este país, incluso asistí al nacimiento del heredero al trono, el joven Aloys. Mi fama me precede señora—contestó la mujer.

La partera agarró el cuchillo, el cual tenía la hoja del color del rubí debido a su temperatura y abrió el estómago de Mailen como si el cuerpo de esta fuese de mantequilla. Mailen gritó con todas sus fuerzas hasta que perdió el conocimiento. Los gritos de la joven fueron oídos por Martín, que seguía tras la puerta con sus manos apretando sobre sus orejas mientras lloraba y se tambaleaba.

De pronto se oyó un llanto, Martín se puso de pie cuando notó que unos pasos se acercaban a la puerta, la cual se abrió. De la habitación salió primero el

padre de Martín y posteriormente la partera, quien cargaba con la criatura enrollada en una manta. Ninguno de los presentes al parto quiso ver al bebe, prefirieron no hacerlo, de hecho, cuando asomaba el cuerpo de la criatura todos se apartaron de la escena. Vergüenza y lástima era lo que les impedían conocer al bebé, fruto del adulterio.

-Ya sabes lo que debes hacer con el bebé. Que mi hijo se lo lleve al sur.-
ordenó el señor de Monte Dorado a la partera.

La mujer antes de desaparecer con la criatura miró a Martín buscando complicidad, lastima o tal vez piedad por la criatura, al fin y al cabo, era suya, pero Martín entró corriendo a la habitación, solo le importaba Mailen, a quien encontró desmayada y pálida en medio de unas sábanas de color vino y que anteriormente fueron blancas.

Mailen entró en sí cuando oyó abrirse la puerta de su habitación. Se encontraba perdida en su memoria, sentada, mirando por la ventana, a través de la cual los rayos del sol iluminaban su pálido rostro, coronado por un parche que cubría su ojo izquierdo.

Malco se sentó frente a ella.

-El médico dice que necesitáis reposar, así que aplazaremos vuestro ingreso en Almos.

Mailen no gesticuló, parecía seguir perdida en su memoria. Seguía callada, con su rostro serio, mirando por la ventana.

Malco hizo un ademán de levantarse del sillón, pero fue interrumpido por la voz de Mailen.

-Ya nada importa. Podéis enviarme a Almos cuando os plazca. No estaré

mucho tiempo allí.

-¿Por qué decís eso mi reina?

-Me queda poco tiempo en esta vida. He visto la muerte.

-¿La muerte?, ¡Ja!, os tenía por más inteligente—vaciló Malco.

-La muerte visitó durante varios días a mi esposo. Yo tampoco le creí. Y ya sabemos cómo continua la historia.

-Si os pensáis que vais a darme lastima y con eso libraros de vuestra marcha, estáis equivocada mi reina.— dijo Malco mientras miraba también por la ventana imitando la acción de Mailen.

Se hizo el silencio durante un par de minutos. Ambos miraban por la ventana. Malco admirando el paisaje mañanero y Mailen buscando refugio entre las montañas que veía al norte.

-Soy vuestra madre, vuestra verdadera madre— dijo Mailen con voz fría y sin dejar de mirar por la ventana.

Volvieron a pasar unos minutos de silencio. Malco no se había inmutado ante la noticia que Mailen le acababa de dar. El silencio fue interrumpido por una discreta y muda carcajada.

-¿De qué os reís? ¡es cierto!

Tardó unos segundos hasta que la risa de Malco cesó y tras limpiarse las lágrimas, producto de la carcajada, dijo unas palabras que dejarían de piedra a Mailen:—ya lo sé.

-¿Cómo? ¿Cómo que lo sabéis? ¿desde cuándo? ¿Quién os lo dijo?— aunque debía ser al revés, era a Mailen la que le surgieron multitud de preguntas.

-Siempre lo he sabido. Tuve una niñera, la que me crio en Aguas pardas, que

cada noche me contaba la historia de un bebé que nació donde no debía y cuando no debía. Que tuvo que criarse en una familia que no era la suya, lejos de su tierra, y que cuando llegara el día ocuparía su lugar en el trono. Con el paso del tiempo descubrí que ese niño era yo. La verdad es que no me costó mucho deducirlo. Al principio no entendía por qué aquella mujer me contaba la misma historia cada noche, hasta que caí en que lo hacía para que jamás olvidara esa historia y la tuviera muy presente.

- ¿Estáis diciendo que sabíais que era vuestra madre en todo momento? ¿incluso sabiendo que era vuestra madre me forzasteis? ¡Sois un enfermo!- gritó Mailen perpleja.

Malco se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

-Descansad mi reina, en cuanto os recuperéis marchareis hacia Almos- dijo pacíficamente el rey.

Mailen entró en shock. Lloraba por el único ojo que le quedaba. Se preguntó si su hijo era un monstruo, si había desarrollado esa personalidad por haberlo abandonado, si le estaba haciendo pagar el abandono o si el karma le estaba dando su merecido.

Capítulo L. Parlamento en Punta Destroyza

Betalia estaba más hundida que nunca, la memoria de los más ancianos no recordaba una crisis de estas características. El poco trigo que crecía en las dos únicas regiones fértiles del reino no era suficiente para abastecer a la población del reino, los derivados del grano no llegaban a todos los lugares del país y ante la escasa cantidad de alimento los precios se elevaron exponencialmente. Los bancos de peces que paseaban por las costas betalas en su camino migratorio parecían haber cambiado el rumbo, las aguas estaban desiertas de vida. La tasa de mortalidad aumentó considerablemente, siendo los ancianos y los niños los más afectados. La delincuencia aumentó, los robos de vegetales y frutas en los cultivos nobles provocaban multitud de disputas y juicios en las calles del reino. Los cabezas de familias plebeyas comenzaron a caer como moscas, pues la poca comida que había la dejaban para sus hijos. La precariedad social hizo sacar lo peor del hombre.

Ante esta escena, los patriarcas de las diferentes familias de nobles decidieron reunirse clandestinamente con el antiguo Consejo Real en la pequeña y desierta isla de Punta de Tryza, frente a la costa este del reino. Un lugar apartado donde estaban seguros de no ser pillados infraganti y ser acusados de traición.

Los primeros que llegaron hicieron una hoguera en aquel trozo de tierra de apenas una veintena de metros perdida en medio del mar. Era de noche y hacía viento. Se sentaron en el suelo, pues en las pequeñas barcas en las que llegaban no había algún tipo de mobiliario. La comodidad de los traseros nobles no era lo importante, lo importante era que de esa reunión saldría el futuro inmediato de Betalia.

En la oscuridad, y desde la isla, se veían las antorchas acercándose, flotando sobre el agua. Eran los invitados a la reunión que iban llegando en sus respectivas barcas.

-Bien, ya estamos todos—dijo el señor de los Páramos del Águila.

El viento soplaba con fuerza haciendo que la llama de la hoguera que daba luz a los presentes se agitara con fuerza.

-Como ya sabéis la situación de Betalia ha llegado a un punto insostenible. Hemos sido convocados para buscar una solución urgente e inmediata. Desde la subida de Malco al trono la situación no ha hecho más que empeorar.

-Cierto—interrumpió el patriarca de Roca Ferro—sus continuas fiestas y orgías y su gusto por lo exótico genera unos gastos insostenibles, mientras la población muere de hambre, nuestras casas ven mermadas sus riquezas y son víctimas de delincuentes.

-La Casa Hieloverde, guardiana del Paso de Hielo, y protectora del reino, es una de las más castigadas. De la poca mercancía que entra por el puerto de Aguas Pardas al norte no llega ni un saco de grano—dijo el señor de la región de Farunha.

-Si nos ponemos en esa tesitura los isleños somos los que estamos más alejado de la península, ¡a nosotros que sí no nos llega absolutamente nada!— dijo alterado el señor de las Islas del Este mientras el noble del Archipiélago del Sol asentía.

-¡¿No os dais cuenta?!—gritó Roberto Picás, señor de los Páramos del Águila— No se trata de buscar soluciones para cada uno de nuestros dominios, se trata de buscar una solución para la totalidad del reino. Si nos andamos con rivalidades no llegaremos a ningún puerto. Primero busquemos la solución al hambre, después hablaremos de las comarcas.

- ¿Qué proponéis?— preguntó el señor de Welba, una de las regiones más pequeñas y empobrecidas de Betalia.

-Destronar al rey—contestó Roberto Picás ante la mirada atónita de todos.

-No se puede destronar a un rey. Esa función solo compete al Consejo Real, y ya sabemos que este no existe.—dijo uno de los presentes.

El señor de Páramos del Águila pensó unos segundos— El Consejo sí que existe, fue desintegrado de forma ilegal.

- Supongamos que podemos destronarlo. ¿Cómo pensáis hacerlo? Los Inmortales son leales al rey.

-Los Inmortales hace semanas que no cobran el salario, son hombres como tú y como yo, tienen familia y también pasan hambre. Solo tenemos que negociar las condiciones para que estén en nuestro bando—contestó Roberto.

La temperatura comenzó a caer en picado. El viento no había cesado y las llamas de la hoguera seguían bailan su danza. Algunos nobles regresaron a sus barcas atracadas en la orilla para buscar unas pieles que le cobijaran del frío. Tras una breve pausa el parlamento prosiguió.

El señor de Páramos del Águila había llevado la voz cantante durante la clandestina reunión, tal vez por la cercanía de sus dominios con la capital.

-Solo se me presenta una única cuestión a la que no encuentro respuesta alguna -todos miraron con interés.— Conseguimos el apoyo del ejército, cabalgamos hasta Ferralia, destronamos al rey ¿y después qué?—dijo mientras acercaba sus frías manos al fuego.

-No os entiendo, explicaos mejor Roberto— dijo el señor de Cabeza de León encogiendo las cejas.

- ¿Quién ocupará el trono? La antigua Casa Llágara no tiene herederos, lo

mismo que los Gálega, por ello se coronó a un Fadique. Es el pariente más cercano al antiguo rey. Martín, al señor de Monte Dorado ya se le da por muerto y no quiero que la sucesión al trono sea motivo de un nuevo conflicto en el reino.

Efrén de Gálega, padre de la reina, se puso en pie. Se sacudió la arena del trasero y miró a los presentes.—Hay un heredero. Un Bastardo.

Todos se hicieron preguntas entre ellos: ¿quién podría ser? ¿un bastardo debería ocupar el trono? Surgieron argumentos a favor y en contra, pero la situación del reino no estaba para ese tipo de debates.

-¿Quién es?—preguntó Roberto.

-No le conozco, pero conozco de su existencia. Conozco a la partera que atendió el parto. Es hijo de una plebeya y de Máximo de Llágara, primer rey de Betalia tras la Guerra contra los Boleros. Es hermano de Aloys de Llágara, el difunto rey.

-¿Y dónde está esa mujer?—preguntó con interés Roberto.

-Sé que vive en la meseta, a las afueras de la capital. Sé que se dedica a la brujería y que la llaman Lechuza. Ella fue la encargada de hacer desaparecer el bastardo— mientras el señor de Gálega contaba la historia recordaba la historia de Malco, exactamente la misma historia, tan igual que el parto de Mailen fue asistido por la misma mujer que el de Aloys y su hermano bastardo.

-Debemos encontrar a esa mujer—dijo otro de los nobles.

Capítulo LI. Silvestres y Betalos

Los exploradores habían tardado más de lo previsto en llegar al campamento Esperanza porque en el camino se entretuvieron en recolectar frutos para el viaje, aun así, lo hicieron lo más rápido que pudieron. Corrían sin parar, agarraban los frutos de los árboles que encontraban al paso camino a la playa. Uno de ellos pudo incluso coger un ave, era de mediano tamaño, con el cuello muy largo, de plumaje blanco, cola amarilla y con la cabeza coronada por un par de plumas del color del fuego— con esto y unas raíces hago una sopa estupenda—dijo mientras corría con el ave agarrado del cuello.

Cuando llegaron a la playa un sentimiento tranquilizador les embriagó, se sentían como en casa. Era lo único de la isla construido por ellos, eso les calmó. Rápidamente entraron en los pequeños almacenes construidos con troncos de palmera.

-¡Recoged solo lo necesario!— gritó Martín mientras los hombres corrían por todos lados del Campamento buscando sus enseres—¡Vamos! ¡Vamos!—animaba el noble.

Alfonso se acercó a Martín cargado con un par de sacos que no hacían mucho bulto.—¿Eso es lo único que llevas?—preguntó al noble señalando su bolsa de pergaminos.

-Es cuanto necesito.

En medio del descontrol y el ruido que provocaban los hombres se oyó unos tambores. Alfonso quedó quieto y ordenó silencio a todo el campamento. Los hombres quedaron congelados donde les pilló la orden. El aire traía de los primeros árboles de la selva un golpe de percusión cada quince segundos.

Alfonso miró a Martín y este le devolvió una mirada inexpresiva. Estaba demasiado cansado.

De pronto comenzó a llover lanzas, venían de los árboles, algunas lograron atravesar el cuerpo de algunos hombres.

-¡Cubrios! ¡Cubrios!—gritó Martín.

El descontrol se apoderó del campamento, los hombres buscaron refugio donde pudieron. Algunos arrancaron las tablas que servían de techo para los almacenes que habían construido cuando llegaron para ponerlos como escudo frente a las lanzas.

-¿Qué hacemos Martín? No podemos correr hacia las barcas, nos alcanzarían tampoco podemos darle la espalda, y si llegásemos a las barcas en la navegación hasta las naves caeríamos— Alfonso estaba muy nervioso, le costaba pronunciar cada sílaba.

-¡No lo sé! ¡no lo sé! ¡Pero aquí no vamos a morir!—gritaba Martín.

Aparecieron los primeros silvestres de entre la maleza, entre ellos el jefe de la tribu.

Cuando Xyrya llegó a la playa se escondió entre la maleza y observó la escena. No podía intervenir en la lucha, no sabía luchar, además ¿de qué bando lucharía? ambos la querían muerta, pensó. su única fijación era el equipaje de Martín: el colgante y los pergaminos del profesor.

Un segundo grupo de silvestres apareció entre la maleza, portaban una especie de onda, cargadas con piedras en llamas, las cuales comenzaron a lanzar contra el Campamento, haciendo del paisaje de este un auténtico infierno.

El calor por el fuego era insoportable, el humo asfixiaba a los pocos hombres que quedaban ya de aquella exploración que se supone tendría que haber sido

beneficiosa para Betalia.

De pronto se levantó un muro de arena, de unos tres metros, entre el campamento y los silvestres, era como una cascada de arena blanca que se nutrió del suelo y escupía a la vez la arena cuando llegaba a la parte más alta. Los silvestres se quedaron perplejos, no podían ver a través de la arenisca, así como los betalos tampoco podían ver a los indígenas.

¡Vamos Karyma! ¡Ahora! ¡Ve por el colgante y las pieles que hablan!

La chica miró hacia su lado derecho, ahí estaba la anciana, con sus brazos levantados, parecía soportar un gran peso. La había seguido creyendo que necesitaría ayuda. Ella era la fuente del poder que levantó aquel muro.

¡¿A qué esperas jovencita?! ¡no podré soportar esto mucho tiempo!

La joven comenzó a correr hacia el campamento, cuando llegó los únicos betalos que quedaban eran los que yacían en la arena de la playa. Miró hacia todos lados y entonces encontró la respuesta: las barcas que estaban atracadas en la playa estaban camino a las naves, pero del revés, bocabajo, como si las olas de la orilla las hubiese volcado.

Estaban escapando. Martín había tenido la idea de volcar las barcas para que estas sirvieran como escudos y nadar hasta las naves en el interior de ellas. La joven se lanzó al agua, tenía que evitar a toda costa que las pruebas de aquella isla llegasen a esos barcos que partirían hacia Betalia de nuevo.

El jefe de la tribu se dio cuenta de la presencia de la anciana, ya conocía el poder de la misma, por ello llamó la atención del chamán, quien apareció

entre la maleza.

La anciana seguía con los brazos levantados aguantando aquel montón de tierra en vertical, ya no podía aguantar mucho más, no tenía fuerzas, era demasiado anciana. Cuando sus brazos se cansaron los bajó, cayendo con ellos el muro de arena. Tras respirar intensamente unos segundos oyó el crujir de algunas hojas secas del suelo, se dio la vuelta y vio frente a sí al chamán.

Brazos de hiedra, atad a la hiena —dijo el chamán provocando que las ramas de uno de los árboles cercanos atasen a la anciana.

La anciana no luchó mucho contra las ramas, las cuales le oprimían el pecho cortándole la respiración, pero solo le faltó unas palabras en su lengua para que las dianas que le ataban comenzaran a arder consiguiendo desintegrarlas en cuestión de segundos.

Traidora, primero crías a la criatura maldita y ahora salvas la vida de los hombres de piel brillante. Vas a morir por ello. —dijo el chamán pausadamente y con rabia.

Tú eres el maldito, usurpador. Tarde o temprano saldrás de esa piel que usas como disfraz, y madre podrá ver quién eres realmente.

Isla del Aliento, muestra tus entrañas —pronunció el chamán provocando que el suelo comenzara a abrirse en dos.

La anciana se tambaleó perdiendo el equilibrio a medida que el suelo temblaba mientras se abría, dio un pequeño golpe con su bastón en el suelo y

provocó la caída de un árbol sobre el cuerpo del chamán.

La mujer sintió descanso, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la playa para ayudar de nuevo a la pequeña que fue en busca de Martín. Cuando llegó al principio de esta y puso su primer pie sobre la arena observó a lo lejos a la pequeña, nadando hacia las grandes naves. En ese momento sintió un profundo dolor en su garganta, el chamán le había clavado una daga por la nuca, atravesándole la cabeza con la hoja hasta sacarla por el cuello.

Los silvestres habían comenzado a correr hacia el campamento tras caer el muro de arena. Cuando llegaron, algunos se tiraron al agua para ir tras ellos, el jefe de la tribu les había ordenado que no regresasen sin el colgante de la brillante piedra verde. Pero no les dio tiempo, el barco había elevado anclas, sí, el barco, solo partió uno, pues no había tripulación suficiente ni tan siquiera para poder pilotar una sola nave.

El jefe entró en cólera cuando vio alejarse la enorme nave, ante esto, el chamán busco una roca elevada de la playa, subió sobre ella, miró al cielo y abrió sus brazos. Comenzó a hablar en una lengua desconocida, como cada vez que usaba su poder.

El mar comenzó a moverse, las calmadas aguas se volvieron turbulentas en cuestión de segundos. La nave deambulaba de un lugar para otro, no tenía control, parecía que volcaría en cualquier momento.

-¡No quiero morir! ¡Aquí no! ¡Padre, perdona mis pecados!-gritaba uno de los exploradores arrastrándose por la cubierta del barco buscando algo donde agarrarse.

-¡Agarraos!-gritó Martín.

Alfonso corrió como pudo hacia el timón—ya me he enfrentado a esto antes—se dijo a sí mismo. Agarró el barco y luchó contra el mar.

El agua entraba por todos lados, los hombres, temerosos, se agarraron a lo que pudieron. Martín prestó más atención a no perder la bolsa de cuero que agarrarse por salvar su vida.

Tras unos minutos luchando contra la fuerza del chamán, Alfonso pudo controlar la situación y alejar el barco de aquella isla, pero la enorme marea le había desviado de la ruta que quería tomar. De nuevo estaban perdidos en medio de aquel océano, en medio de la nada.

Capítulo LII. Un Nuevo Futuro

Vuestro estado de salud mejora cada día, en un par de semanas estaréis completamente recuperada, tan solo tendréis que tomar el debido descanso recomendado—dijo el médico.

-¿El debido descanso recomendado? Entonces no estaré recuperada del todo—contestó Mailen. Solo pensaba en retrasar su ingreso en la Abadía de Almos.

-Sí bueno, ya sabéis, descanso e infusiones de levadura de cerveza.

-¡¿Levadura de cerveza?! ¡Eso es lo que toman las mujeres que están encinta!—exclamó Mailen.

Se hizo el silencio en la habitación, un silencio que la reina comprendió al instante y que le hizo recordar la escena de cama con su propio hijo.

El médico cogió su bolsa de piel, se puso el sombrero y se dirigió a la puerta.—la semana que viene volveré a inspeccionaros de nuevo—dijo mientras salía por la puerta.

Mailen se sentó, con un rostro inexpresivo. Una lágrima fría como una mañana de invierno recorrió su mejilla derecha.

-Otra vez no.... Otra vez no...— se susurraba a sí misma al recordar que ya había pasado por algo similar, puesto que esta vez y a diferencia de la primera, se trataba de una abominación. Sería el deshonor de la corte, de su familia, del reino, del mundo. ¿Cómo podría explicar una viuda su embarazo? ¿Cómo podría explicar un embarazo fruto de una relación con su propio hijo? Debía arrancarse esa cosa que crecía en su interior.

En ese momento entró una doncella, Mailen se secó los ojos.

-¿Conoces a alguna partera?—dijo seria y con autoridad.

-¿Disculpad majestad?

-Lo que has oído estúpida. ¿Conoces al alguna o no?—parecía más una orden que una pregunta. Esperó la respuesta con ansia, era la solución a su problema.

-Conocí a una majestad, pero su cabaña salió ardiendo con ella dentro, la llamaban Lechuza.

Los ojos de Mailen se abrieron como cuencos, entró en calor y miró hacia el pequeño frasco de veneno que estaba sobre su tocador.

Al día siguiente por la tarde, Mailen salió del castillo acompañada de dos doncellas. Fue al pueblo en su carruaje. Dijo al cochero que se dirigiera a los suburbios del pueblo, este no entendía que podría hacer la reina en esos peligrosos lares, pero debía cumplir la orden.

Cuando llegaron a un punto de la ciudad el carro se detuvo, y la reina bajó del carro con sus acompañantes, le dijo a una que esperara en el carro y a la otra que le acompañase. Tras andar un rato por las calles se acercó a una mujer que tejía sentada en la puerta de su humilde, pequeña y apestosa cabaña. Mailen sacó un pañuelo de su bolso de terciopelo negro y se lo colocó en su nariz.

-¿Conoces a alguna sacaniños o partera?

-Tengo hambre, por favor, deme algo para comer. Mis hijos están enfermos, yo estoy enferma—decía la mujer mientras las moscas se paseaban por la comisura de sus labios.

Mailen reanudó su marcha, se paseó por el pueblo preguntando por alguna

partera, pero no obtenía respuesta, pues la misma respuesta de todos a cuanto preguntaba era las penurias que estaban pasando.

Pronto llegó a una cabaña que hacía esquina, era distinta a las demás, poseía en sus muros de madera unos símbolos pintados, viviese quien viviese allí parecía ser bastante supersticioso, o por lo menos muy místico. Mailen se acercó, no dio tiempo a pegar en la puerta cuando un niño abrió. Tras preguntarle por su madre, este le respondió que había muerto la semana pasada, y que su padre había muerto hoy en la mañana. Mailen entreabrió la puerta y vio el cuerpo de un esquelético hombre tumbado sobre una cama hecha con pasto de caballo, en ese momento oyó una voz que venía de su espalda.

-¿Buscas una sacaniños?

La reina se dio la vuelta y observó a una mujer con la cara tiznada de negro, no daba muy buena impresión y además no inspiraba confianza.

-¿Conoces alguna?—preguntó firmemente.

-¿Para qué quiere una dama como tú una sacaniños?

-Una de mis doncellas se ha quedado encinta de un esclavo, si ese nace me quedaría sin doncella, puesto que tendría que dedicar más tiempo al nacimiento de su hijo que a sus labores. Además, no tengo que darte explicaciones.

-¿Qué gano yo a cambio de que te lleve hasta la partera?— dijo vacilando y mirando de arriba abajo a Mailen.

-¿Qué quieres?—Mailen no podía imponerse ante la mujer, consideraba que era inferior a ella, y que no estaba hablando como se merece una reina, pero era su única salvación.

-Tu bolsa.

Mailen miró su bolsa de terciopelo, se lo pensó unos segundos, pero al final aceptó el trato.

La mujer caminaba por delante, y unos metros detrás lo hacía Mailen, iba sola, había dicho a su doncella que regresara al carruaje. Ni ella misma se creía con el valor que se había armado para ir tras una desconocida de aquellos lares de la ciudad. En el camino pensó varias veces si la mujer le haría daño o si la secuestraría para después pedir un rescate. En los tiempos que corren en Betalia cualquier cosa puede ser, pues el hambre es la peor enfermedad del mundo, pero sabía que tenía que hacerlo.

-¿Hacia dónde vamos?—preguntó Mailen desde detrás.

-¿No me has pedido que te lleve con la sacaniños?

Mailen continuó andando sin volver a interrumpir el camino.

-Hemos llegado— La mujer esperó que llegase Mailen y cuando la tuvo a su altura le arrancó la bolsa de las manos y salió a correr.

Mailen miró al frente, no podía creérselo, estaba de nuevo ante aquella cabaña a la que acudía ciertas noches camuflada para comprar veneno, la diferencia es que esta vez la cabaña estaba casi calcinada por completo.

-¡Hija de puta! ¡me has engañado! ¡vuelve con mi bolsa!— gritaba Mailen tras darse la vuelta y ver como se alejaba corriendo la mujer.

La reina se quedó un rato de pie frente a la cabaña, mirándola, pensando en las veces que había venido y en el giro que había dado su vida desde que Aloys murió. Caminó unos pasos hacia la puerta de la cabaña, acercó su oído hacia la misma esperando recibir algún sonido, si lo hacía sabía que saldría corriendo espantada, pero no oía nada. Decidió entrar.

Aún olía a chamusquina. Todo estaba oscuro, gris y negro, producto del incendio. La mayoría de cristales estaban rotos. Oyó un pájaro, se asustó. Un cuervo salió de la oscuridad del fondo de aquella cabaña de única estancia. Comenzó a gritar, tenía mucho miedo del pájaro, creyó que perdería el otro ojo. De pronto vio unos ojos brillantes en la oscuridad. Los mismos ojos que había visto la noche en que perdió el ojo, los mismos ojos que le describió su difunto esposo.

-Sal a la luz Muerte, si estás buscándome aquí estoy. No deambules más.

Una anciana salió de entre la oscuridad, cuando la claridad iluminó su rostro los brillantes ojos de la vieja se volvieron opacos.

-No soy la Muerte. Pero os dije que la muerte del verdugo es más lenta y dolorosa que la del ajusticiado. Y creo que ya estáis comenzando a comprobarlo—dijo la anciana mientras se colocaba en la luz.

Mailen quedó perpleja. La mujer estaba totalmente arrugada, no había centímetro de su rostro que no tuviese cicatrices de un incendio.

-Pero... no puede ser.... estás muerta.... mandé que te quemaran....—A Mailen le costó pronunciar las palabras.

-La Muerte aún no me reclama. Aún cree que no he finalizado mi cometido en esta vida—dijo mientras se acercaba a Mailen.

-¡No te acerques bruja!—gritó nerviosa mientras daba unos pasos hacia atrás.

-Tranquila, no soy yo la que te hará daño, sino tu misma. Ya estás pagando por tus errores. La amada madre violada por su hijo, la elegante dama vestida con mortaja, el precioso ojo huérfano...

-¡¿Cómo sabes lo de mi hijo?!—cada vez estaba más nerviosa.

-Yo sé muchas cosas, más de las que piensas. Pero tranquila, aún no ha llegado

el momento de dar a luz, y no me refiero a lo que traes dentro de ti— dijo Lechuza calmadamente.

-¿Qué? ... ¿Cómo?

-Bueno, ¿no hay que ser muy inteligente no? Venias buscando una sacaniños—la anciana volvió a la oscuridad de la cabaña sin parar de hablar y sus ojos brillaron de nuevo— conozco los viejos entresijos de este reino como nadie, supongo que la Muerte está esperando a que ponga cada pieza en su lugar antes de llevarme con ella.

Mailen no quiso oír más, estaba bastante asustada, se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la puerta.

-¡Espera!—exclamó Lechuza.

Mailen se detuvo en la puerta, agarró la manilla de la misma, la abrió un poco y miró hacia la oscuridad, hacia aquellos ojos centelleantes.

-No odies la criatura que engendras, no cometas el mismo error. No es quien crees que es.

Mailen salió corriendo hacia el carruaje mientras se extinguía los últimos haces de luz del día.

Capítulo LIII. Cantos Extasiados

Llevaban dos días navegando sin rumbo. Martín había perdido los nervios, miraba los mapas de Lute una y otra vez, y por más que trazaba líneas sobre los mismos no conseguía encontrar el camino. Usó las estrellas de la noche para guiarse, pero desde su posición no se contemplaban las estrellas con las que se guiaban los barcos betalos en alta mar. Sin embargo, los exploradores estaban más que satisfechos, estar en el barco era como estar en casa, cualquier sitio mejor que aquella isla.

La poca fruta que cogieron con prisa de la isla no fue suficiente, las últimas bayas se consumieron esa misma mañana, y aun así solo tocó un par de bolitas rojas por cabeza.

La tripulación no paraba de toser, por la noche se agravaba y los cuerpos comenzaron a cubrirse de aquella extraña mancha negra. O les veía un médico pronto o no llegarían a volver a ver Betalia.

Alfonso entró en el camarote de Martín, el cual estaba leyendo y releendo los pergaminos de Lute, como siempre.

-Tenemos que encontrar una solución o no sobreviviremos. No hay comida, y los hombres empeoran—dijo tras terminar de toser.

-¿Cómo estás tú?—preguntó Martín sin dejar de mirar los papeles.

-La enfermedad avanza. Es como la sombra de una gruta: fría, húmeda y oscura.

-Los hombres que fallezcan tiradlos por la borda. Aún no sabemos cómo se propaga.

-No entiendo como vos no habéis contraído la enfermedad, hay algo que habéis hecho para que no hayáis estado expuesto—dijo Alfonso mientras se limpiaba la sangre oscura que salía de su boca tras toser.

-O algo que no haya hecho, a diferencia de vosotros, pero... ¿el qué? No lo entiendo. Por más que leo los pergaminos no encuentro nada.

La conversación fue interrumpida por el ruido de algo que había caído de la borda y había chocado contra el agua del mar.

-¿Has oído?—preguntó Alfonso.

-Sí, algo ha caído al mar.

-No me refiero a eso, hemos cambiado el rumbo.

-¿Quién está en el timón?

Los dos subieron rápidamente a cubierta. Cuando llegaron vieron a todos los hombres en pie mirando al mismo punto, a la lejanía del mar, a una pequeña isla que se encontraba frente a ellos. Estaban inmóviles, boquiabiertos y serenos, parecía que se les había olvidado el hambre.

Comenzaron a oír un cántico, un grupo de voces femeninas, dulces como la miel, suaves como el lomo de un armiño y perfectamente entonadas, como el primer beso de amor. Pronto Martín y Alfonso adoptaron el mismo estado.

El barco se dirigía hacia las voces, el canto les atraía, les calmaba como la voz de una madre calma a su bebé, como el agua que calma la sed, como la siesta después de un gran banquete. El viento acompañaba a las velas del barco, hacían aligerar el paso de la nave, la propia estructura de madera parecía tener prisa en llegar.

La nave se acercaba a las costas de un pequeño islote, desde donde provenía aquella extasiada melodía. Se acercaba a toda vela hacia aquella isla, rodeada

de rocas que provocarían la fractura del barco provocando su hundimiento.

De pronto la nave cambió de rumbo bruscamente, provocando el despertar de Martín. Cuando este volvió en sí miró hacia el timón, la joven Xyrya había cambiado la dirección de la navegación del barco.

Martín se acercó a ella dando gritos, ordenando que soltara el timón, con gran nerviosismo agarró una espada que se encontraba en la cubierta y se acercó corriendo hacia la joven.

-¡Da la vuelta maldita puta!-dijo levantando su espada.

En ese momento aparecieron una gran cantidad de ratas, todas ellas se colocaron entre el timón y Martín, quien detuvo el paso.

-Da la vuelta por favor, me están llamando. Por favor-Martín suplicaba entre lágrimas mientras Xyrya se concentraba el pilotar el barco para alejarlo de aquellas voces lo más rápido posible.

Pasaron varios minutos hasta que quedó detrás aquella melodía, poco a poco los hombres volvieron en sí y recuperaron su voluntad. ¿Qué ha pasado? Se preguntaban unos a otros sin entender nada. Era como si hubiesen estado muertos durante una media hora.

-¡Maldita rata! ¡Estás aquí!-gritó Alfonso cuando vio a Xyrya.

El naufrago corrió hacia ella con la intención de capturarla una vez más, pero Martín le detuvo el paso cortando su camino.

-Nos ha salvado la vida-dijo al naufrago sin apartar la mirada de la joven.

-Sirenas- dijo Xyrya- con sus cantos atraen a los marineros hasta hacerlos encallar en las rocas para después alimentarse de ellos- hubo un silencio de segundos- yo no soy marinero-finalizó la joven.

-¡Sé que no eres marinero! ¡eres una rata!—gritó Alfonso.

-¡Se refiere a que no es un hombre, imbécil!—contestó Martín.

Tras dos semanas navegando las pocas fuerzas terminaban por flaquear. Debido a la sombra, aquella extraña enfermedad, la población del barco cayó en picado. Encontraron una utilidad para los cuerpos de los fallecidos, más útil que lanzarlos por la borda, y que les ayudarían a sobrevivir: nutrirse con ellos.

Xyrya no encontraba la forma de recuperar los pergaminos y el colgante, lo tenía bien vigilado, pero no podía cogerlo. ¿Qué haría si lo hiciera? ¿Tirarse por la borda e ir nadando hasta la Isla de nuevo? No tenía más remedio que esperar a llegar a tierra para llevar a cabo su misión.

Un día, la joven estaba asomada por la borda del barco, buscando la tierra que no veía, buscando el final de aquella travesía. Un explorador se le acercó por detrás, la agarró por la cintura con todas sus fuerzas y comenzó a rozar su miembro por el trasero de la joven. Esta gritó, era muy pequeña para vencer al corpulento hombre en el forcejeo, los gritos alertaron a Martín, quien salió de su camarote para ver que era lo que ocurría. Al llegar a cubierta y encontrar la escena, agarró una cuerda y la pasó por el cuello del hombre y tiró de ella, provocando que este cayera de espaldas. Xyrya le miró con agradecimiento.

-¡Fuera de aquí perro!—gritó el noble. Martín se apoyó sobre la borda al lado de la joven y se puso a contemplar el paisaje, al igual que hacía ella.— Ya pronto llegaremos, no tendrás que soportar más esto.

-Esta es vuestra forma de actuar. El macho siempre piensa con la entrepierna. Tomáis a la hembra cuando queréis y en la forma en que queréis. No es nada nuevo, siempre ha sido así, siempre será así.

De pronto Martín adoptó una expresión pensativa y de asombro— ¡Claro! ¡Ahí

está la respuesta!– Gritó. Corrió hacia su camarote, sacó los pergaminos del profesor y fue pasando su dedo índice línea por línea, papel por papel, hasta encontrar lo que buscaba.–¡Aquí está!–comenzó a leer en voz alta:

“Llevamos dos días entre estos seres, no me atrevo aun llamarlos personas, pero sus instintos naturales son tan humanos como los nuestros. No han dudado en entregarse al placer de la carne, haciendo disfrutar a los hombres, los cuales...”

Había encontrado la respuesta, Lute y él eran los únicos de los supervivientes que no había tenido relaciones sexuales con los silvestres.

-Se contagia sexualmente– dijo en voz baja mientras levantaba la mirada del pergamino.

Martín fue corriendo hacia la cubierta, allí seguía Xyrya, a su lado había un explorador recogiendo unas redes que habían vuelto del mar sin peces tras horas bajo el agua. El Noble lo agarró por el brazo y le arrancó la manga de la camisa.

-¡Dime! ¿sabes qué es esto?–gritó Martín a Xyrya.

-No.

-¡Dime qué es!–su nerviosismo aumentaba.

-¡No lo sé!

La conversación cada vez era más tensa. Los gritos de ambos hicieron que el resto de tripulantes se presentaran en la escena.

-¡Escúchame bien! Estamos llevando una enfermedad hacia Betalia, necesito saber qué es y cómo se cura. Tú eres una de ellos. ¡Dímelo!

-¡Yo no soy una de ellos!– dijo la joven quitándose uno de sus zapatos y

enseñando los cinco dedos de su pie.

Todos se quedaron estupefactos, excepto Alfonso.

-¡Tierra! ¡Betalia! ¡Tierra!—gritó el hombre que estaba en el mástil.

Todos los tripulantes se acercaron a proa. De lejos se veían las banderas y estandartes de la Casa Fadique coronando el puerto de Aguas Pardas.

Capítulo LIV. Levadura de Cerveza y otras hiervas

Mailen no quiso bajar a desayunar ese día para evitar cruzarse con Malco, pidió a una de las doncellas que le subiera el desayuno a la habitación, pero fue el rey quien se lo llevó.

-Buenos días mi reina—dijo entrando en la habitación portando una bandeja de plata con frutas.

Mailen se encontraba leyendo un libro, sentada en el sofá que está frente al enorme ventanal, tenía las cortinas desplegadas y una gran cantidad de luz entraba por la ventana. Malco dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar que estaba cerca del sillón en el cual se encontraba la reina. Esta observó el desayuno, estaba compuesto por una manzana arrugada y dos higos podridos. Podía olerse la putrefacción desde el sofá.

-¿No pensáis probar bocado?—preguntó el rey.

Mailen volvió a mirar la fruta antes de dirigirse a Malco—¿Por qué me odiáis tanto? ¿Pensáis que os abandoné por gusto? ¿Pensáis que tuve más opciones?

Malco emitió un sonido de negación con su lengua.—Yo no os odio majestad. ¿De dónde sacáis eso?

-¿Entonces? No tenéis ni idea de lo que he sufrido todos estos años, no tenéis ni idea del porqué estáis sentado en el trono, no tenéis ni idea de nada, solo sois un crío.

Malco se levantó del sofá y se arrodilló junto a la reina y colocó sus manos sobre las rodillas de la misma—y a vos os gustan jóvenes ¿no?—dijo mientras

introducía una de sus manos bajo las faldas de Mailen— nunca he estado con una tuerta.

La reina apartó la pierna y se echó a un lado evitando el roce con su hijo.

-Estoy en cinta—dijo apartando su cara ocultando su vergüenza.

-¡¿Qué?!— gritó el rey— ¡serás cerda! ¡qué asco! ¡¿qué puede salir de ahí?!— Malco se puso en pie, gritaba descontroladamente mientras daba vueltas sin parar por la habitación.

El rey se detuvo un momento, se dio la vuelta y se puso frente a Mailen.

-Escúchame bien, nadie va a arrebatarme el trono, es mío. Como esa cosa salga de tu coño moriréis tú y él ¿Me has entendido?—dijo Malco apuntándole con un dedo.

-Sí...—contesto la reina tímidamente producto del miedo que le tenía a su hijo.

-¡¿Me has entendido!?!—gritó el rey agarrándola del pelo.

-¡Sí! ¡para por favor, para!—chilló la reina.

Malco anduvo hasta la puerta de la habitación, antes de salir dijo unas palabras que llegarían a lo más profundo del corazón de Mailen:

-Qué lástima, otro hijo que abandonarás, no sé para que los haces, mala madre—dijo calmado antes abrir la puerta.

Al día siguiente Mailen volvió a bajar al pueblo, esta vez sola. Se dirigió hacia la guarida de la mujer a la que llamaban Lechuza, la sacaniños, la partera, la guardiana de los secretos de palacios.

Cuando llegó a la cabaña estuvo un rato parada frente a ella, dudó si entrar o no, pero la situación en la que estaba envuelta lo requería, necesitaba abortar si quería seguir viva. La duda de si hacerlo o no jamás la atormentó, pues para

ella lo que nacía en su interior era una abominación.

Entró a la cabaña cuando se cercioró que nadie la veía, se paseó por aquel paisaje gris cubierto de ceniza, buscó a la anciana, pero la casa estaba desierta. Pensó que era una locura lo que estaba haciendo y se dirigió a la puerta para salir, las dudas le invadieron.

Antes de que consiguiera llegar a la puerta esta se abrió provocándole un susto. Era la anciana, la cual portaba unos yerbajos que había ido a recolectar al bosque.

-Os estaba esperando—dijo la anciana con su voz temblorosa.

-¿Acaso sabíais que vendría?

-Ya os dije que yo sé muchas cosas—Dijo la vieja mientras dejaba las hierbas sobre una mesa—sentaos.

-No me quedaré mucho tiempo, necesito un brebaje para acabar con lo que tengo dentro, le pagaré bien, mejor que nunca—dijo la reina en tono huraño.

-¿No habéis pensado en lo que os dije?— la anciana se sentó y expiró, estaba cansada— disculpadme, ya soy demasiado mayor para andar por el bosque recolectando.

-Necesito ese brebaje. Dime cuanto quieres y te pagaré por adelantado.

-No lo entendéis. No se trata de lo que vos queráis hacer. El destino está escrito y esa criatura tiene un papel muy importante en él.

Mailen comenzó a ponerse nerviosa— escúchame bruja, necesito sacarme esta cosa, mi vida depende de ello.

-¿Otra vez pensáis hacer lo mismo que antaño?

Mailen se puso seria—¿Cómo dices?

-Os vuelvo a repetir, yo sé muchas cosas.

Mailen no entendía nada, estaba perpleja. ¿cómo esa mujer podía saber un secreto de Estado?

-Ven, siéntate. Os prepararé una infusión que os tranquilizará.

Mailen hizo caso, no pensaba tomarse la infusión, pero si oír lo que esa mujer tenía que decir. Pensaba que sabía demasiado y quería comprobarlo, por si fuese necesario que ella misma acabara el trabajo que una vez mandó a uno de sus criados.

-¿Qué sabes de mí?—preguntó Mailen simulando calma.

-Bueno, nada que no competa a mi trabajo.

-Tu trabajo es ser bruja, solo sabes de mí la sustancia que me llevaba de este lugar.

La anciana soltó una carcajada—yo no soy bruja—soy partera, aunque reconozco que se me da muy bien la alquimia.

-¿Entonces vas a darme el brebaje?—insistía Mailen.

-Hagamos un trato. Os contaré dos historias, en dos días diferentes, entonces decidiréis si queréis el brebaje o no. El destino está escrito y ya os dije que la muerte espera el momento, y el momento será cuando os cuente las dos historias. ¿Aceptáis?

Mailen volvió a pensar que aquella mujer estaba chiflada, por algo la llamaban en el pueblo la Lechuza, y no solo por aquellos ojos brillantes que ella misma comprobó la última vez que estuvo allí. Aun así, el trato le pareció fácil, solo tenía que oír dos historias de aquella anciana y obtendría lo que buscaba.

-Está bien- dijo Mailen levantándose de la mesa- Volveré mañana- dijo mientras se dirigía a la puerta.

-Esperad un momento-la vieja se levantó de su asiento, abrió las puertas de un pequeño mueble chamuscado y sacó un pequeño saco.- Tomad, levadura de cerveza, sentará bien al bebé.

-Ya os dije que pienso arrancármelo-dijo mientras cogía la bolsita con rabia.

-El destino-dijo la anciana mientras levantaba una ceja y la miraba a los ojos.

Mailen salió de la cabaña con la cabeza cubierta de una enorme caperuza. Estaba usando de nuevo el antiguo disfraz de plebeya para pasar desapercibido entre la población.

Capítulo LV. El Palacio del Biajero

El Parlamento que había logrado reunirse de forma clandestina avanzaba hacia la capital. En cada población captaban adeptos a la causa, algunos Inmortales también se unieron, otros simplemente decidieron no intervenir en contra de los nobles. Poco a poco se fue formando un ejército, no especializado, pero ejército, al fin y al cabo.

Efrén de Gálega, estaba bastante cansado, hacía una semana que se había separado del resto de nobles para ir en busca de la Lechuza. Llevaba varios días a pie, pues el caballo se lo robaron en una de las aldeas por las que pasó, tal vez los ladrones quisieron aprovechar la carne del equino tal y como estaban las cosas.

Detuvo su camino cuando encontró un pequeño arroyo que nacía de un acuífero, es como si la tierra escupiera agua de la nada. Se detuvo ante él, colocó una rodilla sobre el fango y comenzó a llevarse las manos llenas de agua hacia su boca. De pronto oyó toser.

Un hombre, joven, desaliñado y con bastante mala cara se acercó y comenzó a beber del pequeño arroyo.

-Buenas tardes—saludó el noble.

El hombre le miró, levantó las cejas a modo saludo y continuó bebiendo, acción que le costaba porque le interrumpía la tos, una tos húmeda y brusca, como el gruñido de un cerdo.

-¿Estás bien? No tienes muy buen aspecto— dijo el noble tras divisar una mancha oscura que salía por el cuello del hombre.

-Sí, gracias.

Efrén sacó un pañuelo del interior de su camisa y se lo ofreció al joven hombre viendo sus labios manchados de un color oscuro.

-Os lo agradezco—dijo aceptando el ofrecimiento.

-Pareces cansado, ¿llevas mucho andando? ¿hacia dónde te diriges?— a Efrén no es que le interesara mucho la vida de aquel hombre enfermo, pero si tenía que compartir arroyo unos segundos qué mínimo que interesarse por el hombre desconocido y desaliñado que bebe junto a él, tal y como están los caminos últimamente podría tratarse de un ladrón, o un asesino, así que más vale prevenir que curar.

-Hace dos semanas regresé de un largo viaje. Vengo de Aguas Pardas.

- ¡¿De Aguas Pardas?! ¡eso está bastante lejos! ¡al sur!— Efrén estaba asombrado.

-Voy hacia Puerto de Cobre, a pasar mis últimos días con mi familia, supongo que ya os habréis dado cuenta—dijo el explorador mientras se ponía en pie.

-Deberías visitar un médico en lugar de perder el tiempo caminando, Puerto de Cobre está bastante lejos, si vas a pie aún te queda una docena de jornadas para llegar.

-Se lo agradezco, pero para visitar un médico hay que tener oro, y si lo tuviera me compraría unos zapatos nuevos para llegar antes a donde me dirijo—dijo el joven mientras mostraba uno de sus rotos zapatos levantando un pie. La suela de esparto estaba despegada, había perdido la parte del talón, y los cordones hacía tiempo que se habían convertido en un par de ramas elásticas.— Si no estuviera enfermo ya habría robado vuestros zapatos, creedme. Bueno, que tengáis buena suerte en vuestro viaje.

El chico se alejó, no paraba de toser. Efrén supo al instante que la inconsciencia habitaba en el joven, qué iluso, no le dará tiempo llegar a su destino, si apenas le quedan seis días de vida, pensó.

Efrén comenzó a alejarse del arroyo, reanudó la marcha. Para hacer del camino más ameno a veces silbaba viejas melodías populares, relacionadas con grandes y victoriosas batallas, bueno, a veces pensó que no todas las viejas batallas podrían haber sido ganadas por Betalia, o puede que sí, al fin y al cabo, el reino era de tradición guerrera y tenía al ejército más temido del mundo, aquel al que se enfrentaría en breve. Cuando se cansaba de silbar, cantaba, el mismo se echaba las manos a la cabeza y reía cuando oía su propia voz, ya que al contrario del resto de la humanidad cuando se oye cantar a sí mismo él sabía que su voz era lo más parecido al rebuzno de un asno.

Anduvo durante horas tras saciar su sed en aquel arroyo, siguió el curso de los caminos, sabía que era peligroso, ya que solía haber ladrones esperando el paso de carruajes para poder atracarlos, pero pensó que más peligroso sería atravesar los bosques, los cuales sirven de guarida para los desertores.

Pronto llegó a una aldea, ya era casi media noche, estuvo buscando por las calles alguien para preguntar de alguna posada donde pasar la noche, pero por la hora que era las calles estaban desiertas. Tras unos minutos callejeando encontró un edificio con luz, se acercó para poder leer el cartel que colgaba de la puerta.

-El Palacio del Biajero—leyó mientras esbozaba una sonrisa por la ortografía del cartel—sí, supongo que es una posada, suerte la mía—pensó en voz alta.

Cuando Efrén entró echó una ojeada general al lugar, todo era de madera, el suelo, las paredes, las mesas, las sillas, los vasos, los platos.... Había cuatro hombres sentados en una mesa, los cuales no paraban de mirarle desde que

entró, los típicos que cierran los bares por la noche y que se han olvidado que sus esposas les esperan en casa con la cena sobre la mesa. En la barra había un hombre, el cual pasaba un mugriento trozo de tela por algunos cuencos y vasos que tenía sobre la barra. Efrén se acercó.

-Quisiera una habitación para pasar la noche—dijo mientras descolgaba de su cinturón una bolsa de terciopelo llena de monedas.

-Mi señor con todos mis respetos, no estamos sirviendo habitaciones.

-¿No es esto una posada?—preguntó extrañado.

-No... quiero decir... sí—el camarero titubeaba y se contradecía—Pero debido a la epidemia, mi esposa y yo hemos decidido no alquilar habitaciones por miedo al contagio.

-¿Epidemia? ¿qué epidemia? Tantas jornadas por los caminos me ha vuelto casi un ermitaño parece ser.

-¿No lo sabéis? Una enfermedad azota el sur del reino, la llaman la Sombra, dicen que no se conoce cura, dicen que una mancha negra te rodea el cuerpo y que cuando llega al cuello te estrangula para después el diablo venir por tu alma. Y claro, en una posada, centro de viajeros que vienen y van de todas partes, no es seguro.

Efrén se acordó del chico que conoció en la tarde en el arroyo, de aquella mancha oscura que le salía del cuello de la camisa.— Está bien, ¿si te demuestro que no estoy enfermo me alquilarás una habitación? Se la pagaré bien.

El posadero asintió con la cabeza. Tras ello Efrén comenzó a desabrocharse los botones de su camisa, posteriormente se abrió la abrió y dejó al descubierto su torso, el camarero lo observó sin pestañear y con gesto de no

convencimiento.

-Está bien- dijo Efrén refunfuñando. Se quitó la camisa y dio una vueltecita sobre sí mismo con los brazos en alza frente al posadero-¿Y bien?

-Dicen que la enfermedad cubre tu cuerpo y mueres cuando llega al cuello, con lo cual debe empezar más abajo.

-¿Lo dices en serio?- preguntó el noble con sorpresa. Miró hacia la mesa donde se encontraban los cuatro hombres, los cuales aún no habían dejado de observarle. Efrén se dio la vuelta de nuevo y se bajó los pantalones-No voy a bajarme los calzones también, esto se va pareciendo más a un burdel que a una posada.

El camarero se disculpó, pero insistió en la necesidad de aquello debido al temor de ser contagiado. Mientras el noble se vestía de nuevo el posadero le dijo que le serviría un cuenco de sopa caliente como compensación.

Efrén ocupó una mesa, estaba bastante cansado, apoyó sus codos sobre la misma y colocó sus pulgares sobre su frente. A través de la abertura de sus brazos observaba cómo aquellos cuatro vecinos del pueblo no dejaban de mirarle.

-Aquí tenéis vuestra sopa. Sé que hay más caldo que sustancia, pero al menos hay un trozo de carne y servirá para llenaros el estómago-dijo el camarero en tono vergonzoso.

Efrén comenzó a absorber cucharadas de aquella sopa, prefirió no preguntar de qué animal procedía aquel trozo de carne, es más, por preferir prefirió incluso dejarlo en el plato.

Mientras comía se acercó uno de los hombres.-¿No vais a comeros la carne?- dijo mientras señalaba con su cabeza al plato.

-No señor, ¿la quieres?

-Claro, estarás acostumbrado a comer faisán para cenar, o tal vez jabalí u oca. ¿no es cierto?—preguntó el hombre con templanza seria.

- Joven, malos tiempos corren para todos, el hambre, la sequía y las enfermedades no hacen distinción de sangre, la tengas azul o roja—el tono de Efrén era bastante amable, nunca fue un patriarca autoritario, egocéntrico o narcisista a pesar de que su familia era de las más importantes del reino, provenía de una de las dos familias aliadas que vencieron a los boleros hacía ya mucho tiempo.

El hombre miró a sus compañeros, tras ello dirigió la mirada de nuevo hacia el noble.—¿Hacia dónde os dirigís?

-Creo que eso no es de tu incumbencia hijo. No creo que te hayas acercado a mi mesa para preguntar por el trozo de carne del plato, ni tan siquiera para saber hacia donde me dirijo. ¿Qué te ha hecho levantarte de la mesa entonces?

El hombre se puso nervioso, miró hacia sus compañeros, los cuales les negaba con la cabeza haciéndole transmitir inseguridad. Hizo un ademán de volver a su asiento, pero volvió a darse la vuelta colocándose de nuevo frente al noble, así un par de veces, hasta que decidió preguntar.

-¿Vais al castillo?— Efrén seguía comiendo haciendo caso omiso al hombre, quien volvió a mirar nervioso a sus compañeros, los cuales seguían negándole con la cabeza—¿estáis solo en el viaje?

La situación era cuanto menos circense: el camarero atento a la conversación mientras limpiaba sobre limpio las maderas de la barra, los tres hombres de la mesa nerviosos haciendo gestos y muecas a su compañero, este de pie delante de la mesa del noble haciendo preguntas bastante nervioso y Efrén comiéndose la sopa impasiblemente.

El joven aspiró profundamente, apretó los puños y expiró— ¡quiero luchar! ¡quiero unirme a vuestra lista!— el noble cesó el movimiento de la cuchara camino a su boca a medio camino.

-¿Cómo dices?

El hombre se puso más nervioso, creía que el noble sacaría un puñal y se lo clavaría en el pecho en cualquier momento, por conspirador e infiel a la corona. Comenzó a temblar.

-Sé que se está formando un ejército—miró a sus compañeros—sé que se están alistando hombres de las aldeas que hay camino a Ferralia—volvió a mirarlos.

Efrén miró a los tres hombres de la mesa antes de responder—¿y para qué crees que es ese ejército?—dijo mirándole a los ojos.

El hombre que estaba de pie sudaba, sudaba mucho, miró a los hombres temeroso, esto seguían negándole con la cabeza, cada vez más convencidos. Giró la cabeza de nuevo hasta el noble.— para destronar al rey— dijo en semblante serio.

Efrén comenzó a comer de nuevo, como si no hubiese oído nada.

-Mi esposa está muerta en vida, el hambre se ha llevado a mi hijo, solo tenía dos años. Llevo tres días sin comer, ¿ves esos hombres de ahí?— dijo señalando a sus amigos—el de la camisa roja ha quedado huérfano, un padre de familia entró en su casa a robar comida, su padre defendió el trozo de pan que le quedaba con su vida. El que está a su derecha ha perdido sus tierras, toda la cosecha se ha secado. ¿Y el otro? El otro tiene el cuerpo de su mujer metido en sal para conservarlo, cada día rebana unos trozos de la carne de su esposa para mantener a sus hijos, a los que les ha dicho que su madre ha migrado para trabajar y que la carne que comen es del caballo que ya no está en su establo porque se lo han robado.

Efrén paró de comer y miró el trozo de carne de su plato. Tras unos segundos serio se levantó de la mesa y se dirigió hasta las escaleras que daban acceso a la zona de habitaciones. Antes de llegar a ellas se dio la vuelta, miró a los hombres, los cuales permanecían en la misma posición que cuando se levantó de su sitio— id hacia el oeste, a dos días de la puerta de Ferralia hay un poblado llamado Tepes, allí encontrareis lo que buscáis— el noble se dio la vuelta y se dirigió hacia las habitaciones.

A la mañana siguiente Efrén comenzó pronto su marcha, cuando despertó aún no había amanecido, bajó al salón del Palacio del Biajero para buscar al posadero, como no lo encontró le dejó unas monedas de oro sobre la barra.

En su camino la cabeza le daba vueltas, pensaba en las vidas de los cuatro hombres que conoció la noche anterior, en la poca que le quedaba aquel viajero que se cruzó en el arroyo y en todas las vidas de las gentes que se cruzaba en su camino a Ferralia. Cuando se cruzaba con alguien en el camino se quedaba mirándolo pensando en cual sería la historia de esa persona, a veces llegó a imaginárselas, pero rápidamente intentaba cambiar de pensamiento ante la crudeza de su imaginación.

Tras varias horas andando, encontró un carro parado en medio del camino. Era de madera, lleno de heno. El caballo que tiraba de él aun estaba enganchado. Se acercó por su lado derecho, pero no vio a nadie. Tras mirar para varios lados y esperar unos minutos decidió poder desenganchar el animal y usarlo él de montura para su viaje, ya se había retrasado lo suficiente. Cuando se desplazó hacia el lado izquierdo del caballo observó al dueño del mismo en el suelo, bocarriba, con la boca abierta, desde la cual salían moscas negras. Se agachó para observarlo mejor y encontrar la causa de su muerte, tenía una enorme mancha negra en el cuello—La Sombra—dijo en voz baja para sí mismo. Consiguió desatar al animal y tras montarlo continuó su camino.

Capítulo LVI. La Puerta de la Sombra

Hacía dos semanas que los exploradores habían tocado tierra betala. Los exploradores tomaron sus rumbos, ya eran libres, como habían firmado en sus contratos de embarque, cada uno tomó su propio rumbo. Alfonso decidió ir tras Xyrya, la cual se había vuelto a escapar, ese hombre tenía una obsesión con ella y Martín le había dado tiempo descansar y ponerse al día. Pensó que al llegar a tierra acabarían sus problemas tras la experiencia en aquella isla, pero la situación que atravesaba sus dominios no era mejor, pensó. Malco había subido al trono tras la muerte de Aloys, cosa que le enorgullecía, pero sus empresas pesqueras estaban casi en quiebra debido a la falta de peces, las minas de Monte Dorado casi estaban sin personal debido a la alta mortalidad del reino y el poco oro que se sustraía era malgastado por el monarca. Sintió que debía viajar hasta la capital cuando recuperase al cien por cien sus fuerzas.

La sombra avanzaba por el reino, nadie conocía la enfermedad, los médicos experimentaban con sus antídotos, los alquimistas elaboraron todo tipo de ungüentos y pociones usando las hierbas que conocían, incluso aquellas de las que no se tenían conocimiento que pudieran sanar, pero todo intento era en vano. La población de Betalia se redujo a un tercio. Los barcos comerciantes no entraban en los puertos betalos por miedo al contagio, los caminos fronterizos estaban desiertos, ni los contrabandistas cruzaban las fronteras de Betalia.

Una tarde estaba Martín en el Coño Áureo, mirando una copa de vino que nunca se acababa, las mesas que le rodeaban nunca habían estado tan vacías, ya no se oían las voces de los marineros regateando el precio del pescado, ya

no se olía a agua salda en aquellos muros de madera.

El noble sintió que le observaban, miró hacia las escaleras que dan a la parte superior de la posada, y allí estaba, la pequeña Helena, donde él mismo la había dejado. Parecía haber madurado en los meses que Martín había estado fuera, la veía más mayor, más atractiva.

Helena le miraba fijamente con sus ojos celestes, una mirada sin alma, ni frío ni cálida, ni temerosa ni complaciente, simplemente le miraba. Tenía su cabeza apoyada sobre sus manos las cuales descansaban en la barandilla que estaba más alta que su cabeza, haciendo que esta se inclinase mientras reposaba.

Martín la miró, recordó el día que la conoció, se acordó de su madre, de cuando conoció a su padre, de las historias vividas en el viaje, de la estancia de ambos en aquella isla y de la muerte del padre de la pequeña. El noble se bebió el vino de la copa de un solo sorbo, se levantó de la mesa y se acercó a la niña, la cual tuvo que inclinar su cabeza levantando su barbilla para poder verle la cara.

-Hola Helena. ¿Te acuerdas de mí?

La joven no contestó, solo le miraba, únicamente le miraba, serena, sin mostrar expresión alguna. Martín sonrió, la cogió de la mano y comenzó a subir las escaleras de la posada. Cuando llegaron a la habitación él quiso desvestir a la niña, la cual no le dejó apartando las manos de Martín de los cordeles que amarraban los trapos que llevaba como ropa. Le dio un pequeño empujón para que el noble se recostara sobre la cama, el cual lo hizo. Se sentó sobre sus piernas, quitó los botones de su pantalón, agarró el miembro y se lo introdujo en la vagina. Sentía dolor, mucho dolor, pero cuanto más dolor sentía más empeño ponía en lo que estaba haciendo. Lloraba mudamente, no era un llanto de dolor, no era un llanto de una niña de seis años, era un llanto del

alma, un llanto de saciedad, un llanto de satisfacción, un llanto de venganza.

-Tu padre habría estado orgulloso de ti pequeña—dijo Martín mientras se vestía tras el acto—él te quería—dijo mirándole a los ojos. Tras ello agarró la camisa, le dejó unas monedas sobre la cama y salió de la habitación.

Helena se quedó sola en aquel sucio y oscuro cuarto. Se acercó al espejo y comenzó a observarse, ya no era la niña que el noble había dejado allí. Comenzó a desabrocharse los cordeles de sus ropajes frente al espejo, el vestido cayó y ella quedó mirando su cuerpo, lleno de manchas oscuras, oscuras como una cueva, oscuras como una sombra.

Capítulo LVII. El Nacimiento de un Bastardo

-Os esperaba—dijo la Lechuza.

-Necesito el brebaje, si para que me lo des tengo que oír dos historias lo haré, podré tener dos días más esta cosa dentro de mí.

Mailen había dudado si acudir o no a la cita, pero cuando se cruzaba con Malco por el castillo recordaba lo que florecía en su interior, lo cual le producía rechazo a sí misma. Llegó incluso a sentir asco por Malco, pero intentaba hacer desaparecer ese sentimiento ¿Cómo podría tenerle asco a su propio hijo? No podía hacerle eso, bastante hizo ya con abandonarlo. Sabía que Malco no estaba bien, que las cosas que hacía no eran de una persona cuerda, pero ella se culpaba de ello, pensaba que si tal vez hubiese renunciado al trono en su momento su hijo hubiese hubiera pasado una infancia feliz y hoy en día sería una persona normal.

-Sentaos, sentaos— dijo la anciana mientras mostraba con una mano a la silla donde debía sentarse Mailen.

-Espero que sea rápido, no tengo todo el día. Di lo que tengas que decir y me iré—dijo mientras tomaba asiento.

Mailen no tenía prisa, pero poco le interesaba las historietas de una vieja a la que el pueblo tomaba por loca y a la que temían.

-Está bien, voy a contaros la historia de un bastardo. Tal vez conozcáis parte de la historia, pero borrad todo lo que sepáis porque no es tal y como os la han contado—la anciana encendió una vela y puso una jarra de infusión con dos vasos de madera sobre la mesa—es té de levadura de cerveza, os vendrá bien para el bebé.

Mailen apartó de forma descarada el vaso que la anciana colocó frente a ella— solo quiero que empieces a hablar.

La anciana suspiró, cruzó sus brazos y comenzó a hablar.

- Hace bastantes décadas, antes de que vos vinierais a este mundo, me despertaron una noche aporreándome en la puerta. Yo me asusté, estaba sola en casa, mi esposo se dedica a la pesca, es muy buen pescador y mejor capitán de barco, y por ello paso muchas noches sola. Cuando fui a abrir me llamaron por mi nombre y posteriormente me preguntaron si era cierto lo que decían de mí, que si yo era capaz de hacer parir una mujer sin dolor. Yo me reí obviamente, menuda locura. Cierto es que tengo buenas recetas de pociones, cosa que vos ya sabéis de primera mano, pero nada puede hacer desaparecer el dolor de un parto. Es más, no estoy a favor de ello, considero que si una mujer no sufre dolor al parir es imposible que pueda sentir amor por su hijo, ya que el dolor del parto es el camino al amor de madre. Una madre durante el embarazo no siente el amor por su hijo, un amor que sí florece segundos después de parirlo, y eso es el producto del dolor del parto. Vos lo sabéis bien ¿verdad?

-¿Cómo?!—Mailen preguntó sorprendida—¿Cómo sabes tú que yo...?

-Te dije que sé muchas cosas— dijo la anciana interrumpiéndole— y no me interrumpas, soy bastante mayor y como pierda el hilo de la historia tendré que comenzar de nuevo.

Mailen comenzó a sentirse insegura, escalofríos le recorrían desde los tobillos hasta detrás de las orejas. Estaba segura y se apostaría la misma vida de que esa mujer le contaría cosas que ella misma no sabía.

-Me llevaron a un palacio. Era de noche, pero, aun así, mientras iba en el carro que me transportaba podía ver edificios que, aunque estaban destrozados

habían seguido en pie tras la guerra civil. Cuando llegué al palacio no hubo mucho tiempo, simplemente me ordenaron que anduviera lo más rápido posible. Al llegar a la habitación me encontré una chica que estaba de parto, tumbada sobre una cama, una chica del servicio de la casa Llágara. ¿Qué hace una criada pariendo sobre la cama de un noble? Y ¿Por qué estaba el señor de la casa presente? ¿Por qué fue él mismo quien me hizo llamar? Yo me limité a hacer el trabajo sin preguntar.>>>

>>> Tienes que salvarla, tienes que salvarla, me gritaba el un joven presente una y otra vez, era el príncipe. Otro hombre presente, que supongo que formaría parte del Consejo Real, intentó calmarlo, pero no tuvo éxito. El señor estaba muy nervioso, le temblaba todo el cuerpo, y entonces entendí lo que ocurría: era amor. El señor se había enamorado de una de sus doncellas, supuse que habrían tenido una relación, la cual habrían mantenido en secreto debido a la deshonra que produce la mezcla de sangre noble y plebeya. La había dejado en cinta. >>>

>>>El parto fue muy complicado, la criatura venía de espaldas. Yo entonces aún no era muy experimentada haciendo cesáreas, pero si no practicaba una aquella joven criada iba a morir, ella y lo que traía dentro. Mientras sacaba mis utensilios de la bolsa, ya sabes, esas cosas que llevamos las parteras: cuchillos, tijeras, aguja e hilos, hierbas, frascos de aceite... se acercó uno de los hombres que estaban en la sala, no recuerdo bien su nombre, pero si su casa, era de los Gálega.

-Mi padre...-susurró Mailen para sí misma y de forma pausada.

-La joven criada ya había perdido el conocimiento cuando llegué. Agarré mis oxidadas tijeras y le abrí el vientre. Fue un precioso niño, bastante fuerte y pesado para ser un recién nacido. Lo envolví en unas mantas y se lo entregué a una de las doncellas que estaba allí.>>>

>>> A continuación me dispuse a coser la abertura que acababa de hacer con las tijeras, pero cuando llevaba unas siete punzadas el cuerpo de la criada comenzó a saltar. La agarraron entre dos hombres mientras el señor de la casa me gritaba una y otra vez: ¡haz que pare!, ¡haz que pare! De pronto la chica comenzó a echar espuma por la boca, era de un amarillento extraño, del color de la bilis, del color del sol en su fase de ocaso. Nada pude hacer por ella.>>>

>>> Me puse en pie, me limpié como pude los brazos de sangre con las propias sábanas de la cama, las cuales ya estaban bastante manchadas, mal hecho porque al final quedé con los brazos más sucios de como los tenía. Rápidamente un hombre me agarró del brazo y me sacó de la habitación, ya había terminado mi trabajo, me dio una bolsa considerable de monedas de oro al mismo tiempo que decía que yo nunca había estado ahí, que jamás había presenciado ese parto>>>

>>> Antes de salir del castillo, uno de los nobles que habían presenciado el parto interrumpió mi marcha, traía consigo unas mantas enrolladas con unas cuantas manchas de sangre, me entregó al niño, me dijo que me lo llevara lejos, que nadie podía conocer el origen de la criatura. Volvió a ponerme otra bolsa de monedas sobre la mano. No es que yo aceptara el trato, la realidad es que comprendí lo importante que ese niño sería en el futuro. El destino le había deparado un importante papel para él. Pudieron matarlo, pero me lo entregaron a mí. El destino no quiso que el bebé muriera, y bueno, las monedas nunca vienen mal cuando eres pobre y vives en una cabaña de madera apartada de la sociedad.>>>>

>>>> Cuando salí de los jardines que dan acceso a la entrada del Castillo me crucé con un hombre. Estaba bastante nervioso, parecía saber lo que ocurría. Cuando nos cruzamos él me miró, miró lo que llevaba entre mis brazos y se

quedó firme, frío, sorprendido. Sin decirme nada abrió las mantas que tenía entre mis brazos y vio la cara del bebé, el cual dormía, cansado del parto, había sido difícil para él también. El hombre tenía uniforme militar, pero yo sabía que no había empuñado un arma en su vida, y mucho menos habría quitado una vida. Cuando vio al bebé me miró a la cara, una lágrima le cayó de sus ojos, los cuales temblaron de dolor. Quedé perpleja, hasta que entendí lo que ocurría, era la misma mirada que el noble de antes echaba a su criada, era una mirada de amor. Entendí lo que ocurría al momento, era el padre de la joven que acababa de dar a luz, le di al bebé y desapareció entre la oscuridad de la noche.>>>

>>>Con el tiempo supe que el niño acabó en Aguas Pardas, un pequeño poblado del sur. Se crio con sus abuelos y que además el nivel de vida de ambos aumentó, no fue gran cosa para no llamar la atención, pero sé que el señor del palacio les proveyó de una buena casa, al menos mejor que las que le rodeaban y donde estaban, se preocupó porque el niño aprendiese a leer y escribir y que no le faltase bocado alguno que llevarse a la boca. Con el tiempo el noble tuvo otro hijo, a quien comprometió con una joven de otra casa para que ambos subieran al trono.

Mailen estaba sorprendida, pálida e inconsciente de su propia respiración, todo su cuerpo estaba dormido, no sentía nada, solo imaginaba, imaginaba todas las escenas que aquella anciana le describía.

-Hay algo que no entiendo—dijo la reina—¿Porqué me ayudaste a matar al rey?

-No te ayudé a matar al rey, de hecho, yo misma le curé de su envenenamiento.

-¿Entonces?

-Aún la muerte no le requería, su destino no era morir envenenado, todo tiene un porqué, necesitaba ganar tiempo.

-¿Tiempo? ¿Para qué?

-Por hoy ya hemos terminado, mañana os contaré la segunda historia y os daré el brebaje que queréis—dijo la anciana mientras se levantaba de la silla.

-¿Por qué no me respondes? ¿Tiempo para qué?— Mailen seguía insistiendo, estaba muy sorprendida por toda aquella historia que acababa de conocer.

-Todo a su debido momento alteza, como ya os comenté solo el destino y la muerte saben cual es el momento en que debéis saberlo. La Muerte me espera, cuando venga por mí será cuando sepáis toda la verdad.

-¿Pero cuando?

-Pronto, muy pronto.

La anciana agarró por el brazo a la reina y con su escasa fuerza hizo que se levantara de la silla, la acompañó hasta la puerta y educadamente la invitó a salir.

Mailen estuvo unos minutos frente a la cabaña, se sentía perdida y no hablaba físicamente. Su cerebro intentaba asimilar toda la información que había recibido, pero le costaba, las ideas y escenas se mezclaban en su cabeza.

Capítulo LX. El Rey Frustrado

Efrén había conseguido llegar a Ferralia. Cuando llegó al pueblo preguntó por la Lechuza, todos querían dar la información a cambio de unas monedas o algo para comer. El noble les iba pagando, pero se preocupó por preguntar a varias personas a la vez temiendo de que le dieran información falsa porque los habitantes del lugar no supieran donde viven, sino que disimulaban saberlo simplemente para poder llevarse algo a la boca.

Efrén se acercó a la cabaña, pegó en la puerta, pero nadie abría. Al final se decidió por entrar él sin ser invitado.

- ¿Hola? ¿señora?— dijo mientras miraba en la oscuridad del interior de la cabaña. En ese momento se dio la vuelta porque oyó alguien entrar en la casa.

-¿Os puedo ayudar en algo mi señor?

-Vengo buscando a una partera— contestó el noble mientras la anciana entraba en la casa y dejaba unas hierbas secas sobre la mesa que había cerca de la puerta.

-Hace bastante tiempo que no me dedico a ello mi señor—cuando la anciana se acercó al hombre y pudo ver su rostro se puso nerviosa e intentó huir, pero sus viejas piernas no le permitieron ir muy lejos. Efrén pudo adelantarla y cerrar la puerta de un portazo.— ¿Qué queréis? Hice mi trabajo tal y como vos mandasteis—dijo la anciana temerosa.

-Si, y por eso estoy aquí. ¿Dónde está?

-En el trono mi señor, en el trono.

-¡¿Dónde está vieja estúpida!?!—gritó el noble.

La anciana se quedó mirando fijamente la vena hinchada del cuello del noble.

-No me tomes por estúpido, pude ver lo que hiciste. ¡Dime donde está!—dijo el noble agarrándola por el pelo— ¡voy a matar a ese usurpador!, la guerra está a punto de estallar! —tiró a la anciana al suelo, quien gritó de dolor— ¡El trono pertenece a la Casa Gálega! ¡Solo un auténtico Gálega merece estar en el trono! ¡Nos lo arrebataron, nos lo arrebataron! ¡Tuve que pactar un puto matrimonio para que mi familia tuviese parte del trono! ¡Tuve que entregar a mi hija a un cerdo! ¡Pero todo mereció la pena para estar donde estamos en este momento!

- ¡Está bien! ¡Está bien! ¡os lo diré! pero no me hagáis daño por favor— la anciana se ahogaba en su propio llanto—murió, murió—dijo llorando.

-¡Mientes! ¡Dime donde está!

-¡Murió!—gritó la anciana.

Efrén abrió los ojos como platos, la ira le recorrió la espalda, respiraba de forma profunda y con rapidez. Se dio la vuelta, colocó una mano sobre su nuca y comenzó a pensar mientras andaba en círculos.

-No puede ser... no puede ser.... no puede ser....—decía en voz baja mientras intentaba pensar, respirar y andar a la vez— entonces la muerte me ahorró el trabajo, el trono entonces es mío, ya no hay marcha atrás, el destino así lo ha querido.

Una de las veces en su caminar circular levantó la cabeza y vio unas viejas tijeras oxidadas sobre la mesa, fue hacia ella, las cogió y se dirigió a la anciana con la mirada perdida y cargada de odio.

-¿Qué hacéis señor? ¡no por favor! ¡solo soy una anciana!—solo dio tiempo a pronunciar esas frases cuando sintió como las tijeras se hundían en su estómago.

En ese momento el noble sintió un fuerte golpe en la nuca que le hizo caer al suelo. Intentó levantarse, pero estaba mareado, pasó su mano por la nuca y la misma se encharcó en sangre.

-Alfonso, mi amor, estoy aquí—dijo la anciana malherida desde el suelo.

El náufrago se acercó, la cogió en peso y la recostó sobre una hamaca.-
¡Alfonso cuidado!—gritó cuando vio acercarse a Efrén.

Al esposo de la anciana le dio tiempo darse la vuelta y esquivar el golpe que el noble le iba a propinar. Hubo un forcejeo, el noble estaba mejor alimentado que el anciano, por lo que en cualquier momento caería al suelo, pensó el náufrago. En mitad del forcejeo Alfonso vio las tijeras ensangrentadas tiradas en el suelo, aflojó un poco la fuerza de sus brazos, los cuales aguantaban los del noble, haciendo que recibiera un puñetazo en la cara. Alfonso cayó al suelo, agarró las tijeras y cuando el noble se iba abalanzar sobre él consiguió clavárselas en un ojo.

El náufrago, cansado, se dirigió hacia la hamaca donde reposaba su esposa malherida—¿estás bien? ¿estás bien? dijo llorando mientras taponaba la herida de su esposa presionando sobre ella con sus manos.

-¡Lo sabía! ¡lo sabía! ¡ahora es el momento! ¡corre! ¡ahora es el momento que hemos esperado tantos años!—la anciana se ahogaba en su propia sangre.

-Pero mujer, estas malherida, necesitas un médico.

-Tráeme ese frasco de ahí— dijo mientras apuntaba a un tarro de cristal que contenía unas hiervas. Lo abrió e introdujo en su herida un puñado de raíces.-
esto contendrá la hemorragia, ahora ve, ¡ve!

Alfonso salió de la cabaña a toda prisa.

Capítulo LIX. Orgías y Venganza

Martín entró a toda prisa por las puertas del castillo, no sabía a quien quería ver primero, si a su amada Mailen o a su hijo Malco, el nuevo rey de Betalia, al final había merecido la pena tanto dolor, tanto sufrimiento, tantas mentiras, incluso su viaje, aunque haya sido en vano. Al fin había conseguido lo que él y la reina se habían propuesto desde que fueron padres: que su hijo fuese el rey, como compensación a la vida de engaño que le habían dado.

Martín subió las escaleras de la entrada principal, cuando llegó arriba se paró en el último escalón. Un enorme retrato de Malco en pose real coronaba la escalinata. Sintió orgullo, pero sabía que tenía una conversación pendiente con Malco, no como súbdito del rey, sino como padre.

Al doblar una de las esquinas de los largos pasillos del castillo, el noble oyó una voz: ¿Martín?, el hombre se dio la vuelta, reconocía la voz, pero no la persona que le llamaba— ¿Mailen? dijo extrañado mientras miraba su vestimenta y su parche en el ojo— ¿Qué os ha pasado?— preguntó mientras se acercaba poco a poco a la reina dando pasos cortos a la vez que la miraba extrañado intentando comprender aquella imagen, aquel cambio.

- ¡Martín!— Mailen comenzó a correr hacia él, cuando lo alcanzó le dio un enorme abrazo, con tanta fuerza que hizo toser al noble. Ella no paraba de pronunciar su nombre.—Martín, Martín, Martín—decía mientras lloraba—¿dónde has estado?!—su tono parecía acusarlo de haberla abandonado.

-Alteza, ¿Qué os ha pasado?—le dijo mientras acariciaba con uno de sus dedos el parche negro que le cubría uno de los ojos.

Mailen lloró con más fuerza, pero fue un llanto mudo, su único ojo gritaban de

dolor, de desesperanza, pero también de alegría y seguridad ahora que su amado había regresado—muchas cosas Martín, muchas cosas.

-¿Y Malco? ¿Qué ha pasado con Monte Dorado? ¿Y con el reino? debo hablar con él—dijo Martín mirando al fondo del pasillo, donde se encontraba el salón del trono.

-Martín, nuestro hijo...—la reina tenía muchas cosas que decir al noble, pero su orgullo y vergüenza se lo impedían.

-Dime Mailen—dijo mirándole a la cara.

La reina apartó la vista, tras mirar unos segundos al suelo se armó de valor, volvió a mirarle—nuestro hijo está enfermo Martín, necesita ayuda.

La conversación entre la reina y Martín continuó en una habitación y duró horas. Ella le narró cada episodio ocurrido en Betalia desde la marcha de Martín de Aguas Pardas: la muerte del rey, la coronación de Malco, la violación que este le propició... todo.

Tras finalizar la reina con su discurso, Martín estaba exhausto, parecía que había vuelto nadando desde aquella isla y andando desde Aguas Pardas, no podía creerlo. Pensó varias veces que se lo tenía merecido, por abandonar a su hijo, por sus filias, por sus prácticas sexuales, por su egocentrismo, por su excentricidad... pero lo que la reina acababa de contarle superaba cualquier acto suyo, e inclusive cualquier falsa leyenda negra inventada sobre él.

Tras unos minutos con la mirada perdida Martín volvió en sí.

- Oídmeme, tenéis que guardar esto, no podéis perderlo, guardadlo a buen recaudo, como si fuera vuestra propia vida—dijo Martín entregando una bolsa de cuero a la reina.

Mailen miró extrañada la bolsa— ¿Qué es?— dijo mientras abría un apoco la

bolsa y veía unos pergaminos enrollados y una brillante luz verde.

-La salvación de Betalia y el motivo por el cual nuestra dinastía reinará durante generaciones.

Martín se puso en pie y se colocó frente al pasillo, parecía infinito, o al menos así él quería que fuese para evitar la situación que estaba dispuesto a protagonizar.

-¿Qué hacéis? ¿A dónde vais?

-Voy a hablar con Malco.

-Mi señor, no debéis enfrentaros a él, tiene guardias a su alrededor las veinticuatro horas.

Martín comenzó a cruzar el pasillo mientras tosía.

Tras llegar al final de la galería observó que un par de Inmortales custodiaba el acceso al salón real. Malco hacía tiempo que había sustituido los guardias reales del castillo por soldados del ejército. Cuando Martín quiso agarrar el pomo de la puerta para abrirla los guardias bajaron sus lanzas cortando el paso del noble.

-Tengo que hablar con el rey.

Los guardias permanecieron inmunes a las palabras del noble, ni tan siquiera pestañearon

Martín intentó agarrar de nuevo el pomo, uno de los guardias se lo impidió dándole un empujón consiguiendo que Martín se desplazara unos pasos hacia atrás. Volvió a acercarse a la puerta.

-¡He dicho que tengo que hablar con el rey!—gritó.

-Dejadle pasar—. Se oyó desde detrás de la puerta. El grito de Martín había

alertado al rey.

Cuando el noble entró en el salón se encontró algo que jamás hubiera esperado: Un grupo de personas estaban practicando sexo en el diván que se encontraba frente a la chimenea del salón. Había un hombre y una mujer practicando el coito. Sobre la roja alfombra que coronaba el suelo del salón, dos mujeres y un hombre se besaban sin parar, Malco sentado sobre el trono recibiendo una felación de un joven esclavo, y dos soldados custodiando la escena.

-¿Pero que abominación es esta?!-gritó Martín al contemplar la escena. Todos los presentes pararon sus actos ante el grito del noble.- ¡Esto es un insulto al trono! ¡a tus ancestros! ¡al reino!- Martín no paraba de gritar mientras todos cogían sus ropas y desaparecían de la sala.

-Hola padre-dijo el rey sin levantarse del trono y con voz relajada, aún estaba erecto.

Martín se quedó paralizado, es la primera vez que Malco le llamaba padre, jamás hubiese imaginado que el primer contacto padre hijo se hubiese desarrollado en tales circunstancias.

-Qué estáis haciendo- dijo con ira mientras se acercaba al trono. En ese momento los guardias del salón se acercaron a Malco colocándose uno a cada lado del rey provocando que Martín se detuviera en el paso.

-¿Cómo ha ido vuestro viaje? ¿Ha sido beneficioso? ¿Qué habéis conseguido para mí?

-¿Para vos?-dijo el noble con expresión irónica.

-Para el reino quise decir-respondió el rey en tono jocoso.

-No sé que os ha pasado Malco, pero os estáis equivocando, este no es el

comportamiento de un rey.

-¿Perdón? ¿Vos me decís a mí cómo debo de comportarme? ¡soy el rey! ¡no vengáis de padre consejero ahora! ¡me abandonasteis en aquella apestosa aldea!

-¡Os salvé la vida! Si se hubiese conocido vuestra existencia los Llágara os hubieran asesinado y se hubiera desatado otra guerra civil.

-¿Qué me salvasteis la vida? ¡¿crecer en una familia engañado, con unos padres que no son mis padres, en una mierda de pueblo y privándome de lo que es mío?! ¡¿eso es salvarme la vida?!—el tono de voz de Malco aumentaba por segundos y la ira florecía en sus ojos—¡hubiese preferido la muerte!

Martín se relajó ante la actitud del rey.—¿y Monte Dorado? ¿Qué habéis hecho con Monte Dorado? Los Fadique hemos sido durante dos generaciones la familia más poderosa del reino, por encima incluso que los Llágara, y vos habéis acabado con ella en solo unos meses.

-Solo he cumplido con lo que me prometí a mí mismo desde que supe la verdad, mi verdad. Acabar con vos y con madre. Al final las cosas han ido mejor de lo que esperaba, pues jamás hubiese pensado que yo acabaría en el trono, y por ello os doy las gracias, pero no esperéis un perdón de mí. Betalia es mía. Monte Dorado es mío. Ya no tenéis nada.

Martín se dio la vuelta y salió de la sala a toda prisa, fue en busca de Mailen, pero no la encontró. Una criada le dijo que hacía unos minutos había abandonado el castillo, pero no sabía dónde, solo que prefirió salir sola, montada a caballo, sin ningún carro que la llevase a su destino.

Martín en el viaje a Ferralia había oído rumores de una posible rebelión, oyó de una conglomeración de rebeldes en un poblado cercano a la puerta de la capital, llamado Tepes, cuando lo recordó decidió poner rumbo allí.

Capítulo LX. El Canto de los Lanceros

Cuando Martín llegó a Tepes la aldea estaba bastante tranquila y casi desierta, se paseó por las calles buscando algún indicio militar, pero únicamente observó gente hambrienta que le extendía las manos para que este le ofreciera unas monedas o algo que llevarse a la boca. Pasó por al lado de un hombre que estaba sentado en la puerta de la que creyó Martín que era su cabaña. El hombre estaba bastante delgado, las moscas se le pegaban a la cara y tosía, tosía mucho.

-¿Y la gente del pueblo?—le preguntó el noble.

-Los muertos de hambre bajo tierra, los muertos por la sombra apilados y calcinados a las afueras del poblado—le respondió el hombre.

-¿Ha pasado algún noble por aquí en estos días?

-Estas tierras no son seguras para hombres de sangre azul, y no lo digo por sus aldeanos precisamente. Bueno, en estos tiempos ni tu propia casa es segura.

Martín hizo un ademán de sacarse una moneda de la pequeña bolsa que transportaba para entregárselas al hombre, pero este le interrumpió la acción.

-No os preocupéis, yo ya estoy sentenciado.

El noble miró el cuello del hombre y observó una oscura mancha negra.—y yo también—le respondió antes de darse la vuelta y proseguir la marcha.

Tras media hora dando vueltas por la pequeña aldea olió a excremento de caballo, le extrañó, los equinos estaban casi extinguidos en Betalia, únicamente el rey y las casas nobles habían evitado comer la carne de caballo para saciar el hambre. Hasta los comerciantes habían alimentado sus familias

con los asnos, caballos y mulos que tenían, a pesar de que estos eran su herramienta de trabajo para recorrer los largos caminos. Siguió el rastro del olor, el cual estaba muy incrementado por el calor del centro peninsular. El olor le hizo atravesar un par de granjas inertes y una arboleda de hojas amarillas y sin frutos. A medida que atravesaba la arboleda el olor venía más fuerte, más intenso, más cerca. Pronto oyó voces.

Desde los últimos árboles de aquella arboleda ya estaba divisando de donde provenía el olor. Lo primero que vio fueron unas tiendas de telas marrones y verdes que formaban un perfecto cuadrado, había personas armadas andando. Cuando salió de la arboleda se introdujo en el campamento, comenzó a andar por el interior de él como si lo conociese, como si se hubiese criado en él, buscaba alguna cara conocida. Cada vez veía más personas, estaba perplejo, intentó echar un ojo y hacer un recuento mental de la cantidad de hombres que había allí, jóvenes y ancianos, de todas las edades, pero era imposible hacer el cálculo de la cantidad de personas que había. De pronto se detuvo, miró hacia su derecha y allí estaban un enorme montón de excrementos de caballo. Lo que le había traído hasta ese lugar.

-¡Martín Fadique! todos pensábamos que estabais muerto.

El noble se dio la vuelta y observó al señor de Páramos del Águila, estaba acompañado por una veintena de hombres armados.

-Entonces es cierto, vais a atacar el castillo—dijo Martín mientras miraba a su alrededor. Poco a poco le habían rodeado.

-¿Habéis venido solo a salvar a vuestro sobrino?—la pregunta hizo reír a todos los presentes.

-¿Cuántos sois? esta gente no es guerrera, perecerán— dijo Martín a modo consejo.

-Cierto, esta gente no es guerrera, pero poseen las armas más poderosas: el hambre, la muerte de sus familiares y el odio hacia un rey cruel, tirano, egocéntrico y narcisista.– dijo el señor de Páramos del Águila mientras caminaba alrededor de Martín.

-Es un niño.

-Un niño consentido cuyos caprichos ha hecho cenizas del reino. No hay comida, no hay agua, no hay comercio, no hay remedio que cure la Sombra.

-Dejadme que saque a la reina del castillo al menos.

-Lo siento Martín, no podemos dejar que os vayáis y contéis al ejército de nuestro ataque. ¡Matadlo!

Tres hombres armados con espadas se acercaron al noble cuando un cuarto intervino.

-¡Esperad! ¡Esperad!–dijo Alfonso corriendo hacia ellos.

-Alfonso, pensé que no vendrías–dijo el señor de los Páramos– mira a quien hemos capturado.

-Esperad– dijo exhalando fuertemente y apoyando sus manos en las rodillas debido al cansancio–no podéis matarlo.

El noble de Páramos desenvainó su espada y amenazó a Alfonso– ¿Has cambiado de bando viejo?

- No, pero no podéis matarlo. Hacedme caso. Martín jugará un papel importante en la guerra. Decisivo.

-El vino te nubla la razón viejo amigo. No te entrometas–dijo el noble mientras se daba la vuelta para contemplar de nuevo a Martín.

-Mi esposa ha visto el futuro.

El noble de Páramos quedó quieto, dándole la espalda al náufrago y apuntando con su espada a Martín. Pensó durante unos segundos antes de darse la vuelta de nuevo—no lo soltaré Alfonso, no podemos jugárnosla.

-No he dicho que le soltéis, tan solo que no le matéis.

Tras pensarlo unos segundos el noble ordenó que encerraran a Martín en una de las tiendas del campamento.

Durante el día aparecían en el campamento nuevos reclutas llegados de todos los rincones del reino, todos querían luchar, pero ninguno era soldado. Lo habían perdido todo, no les quedaba nada, tan solo un ápice de vitalidad que emplearían en la venganza que todos pensaban contra el rey.

Por la noche había varias hogueras encendidas, los hombres que harían de soldado se dividieron entre ellas, por grupos.

Reinaba el silencio, el cual se interrumpió por un pequeño crujido. Era un estómago, todos tenían hambre, no tenían con qué alimentarse antes del día de la batalla.

Tras el ruido producido por el estómago de un hombre vino el suave llanto de otro más joven, las lágrimas del mismo brillaban a la luz de la hoguera que tenían enfrente.

-¿Cómo te llamas hijo?—preguntó un hombre que antaño había formado parte de los Inmortales, las cicatrices de sus manos le delataban, se notaba que fueron hechas por armas afiladas.

-Ángel, señor.

-¿Tienes miedo Ángel?

-No señor.

-Entonces, ¿Por qué lloras?

-Recordaba el Canto de los Lanceros, señor. Mi padre siempre me lo cantaba cuando yo tenía miedo por algo o cuando las cosas se complicaban. Decía que había que luchar por los sueños, por el honor, por los nuestros.

-Ah sí—dijo el exsoldado echando su cuerpo hacia detrás y apoyando sus dos manos en el suelo tras su espalda—¿Murió tu padre en la guerra, hijo?

-No, murió de hambre señor.

Se oyeron un par de estómagos más, consiguiendo poner fin a la conversación.

Ángel comenzó a entonar E Canto de los Lanceros, el resto de hombres le continuó en el tercer verso, todos se sabían la canción, pues formaba parte del folclore nacional.

“Las lanzas marchan por la libertad.

El miedo y la tristeza, la ira da a lugar

Muertos en vida, sin familia y ni hogar.

Las lanzas marchan por la libertad.

Alcémonos compañeros, nos cubre la oscuridad

Que después de la tormenta la calma siempre vendrá.

Las lanzas marchan por la libertad.

Con vientres vacíos, y el alma a rebosar,

Llenos de esperanza nuestros cuerpos lucharán

Las lanzas marchan por la libertad.

Hijos, padres y abuelos, unidos hemos de estar

Destronemos la injusticia, en este día yacerá.

Las lanzas marchan por la libertad.

Cantemos todos hermanos por la libertad”.

A la mañana siguiente Martín se encontraba atado a una silla dentro de unas de las tiendas cuando recibió la visita del náufrago.

-Me has engañado todo este tiempo—dijo el noble cuando vio entrar al náufrago en la tienda.

-Así es, pero ha sido por una causa.

-Conocías la isla verdad, no solo estuvisteis en la parte que exploramos.

-He estado tres veces en la isla.

Martín comenzó a reír mientras tosía. Alfonso se acercó y abrió la camisa del noble, observó unas pequeñas manchas de color morado intenso.

-Sí, al igual que tú, estoy condenado—Martín miró hacia el cuello de Alfonso, y vio aquellas enormes manchas negras—sin embargo parece que tú estás mejor.

-No os equivoquéis, la muerte me aguarda. Una buena receta con hiervas puede hacer prolongar el desenlace, pero al final este llegará.

-¿Qué fuisteis a buscar a la isla?

-La primera vez que fui, fortuitamente, salvar el reino, la segunda, salvar el reino y la última, la cual fui con vos, la avaricia, la necesidad de sobrevivir y el amor a mí esposa, como cualquiera de este reino en estos tiempos.

-Por favor, desátame, déjame salvar a Mailen— Martín adoptó una actitud sumisa.

-Lo siento señor, el destino está escrito y vos formáis parte de él. El destino quiso que os encontrara aquella mañana en aquella posada de Aguas Pardas, quiso que proveyerais unos barcos para realizar una exploración a aquella isla, quiso que os contagiara de la sombra, quiso que perdierais Monte

Dorado, quiso que vinierais aquí, quiso que os capturasen y quiso que yo os visitara. Estáis donde debéis estar. No soy yo quien para contradecir al destino.

-¿Y a qué habéis venido entonces!? ¿a ver al poderoso y rico Martín Fadique indefenso y hundido en la mierda?!

-No, he venido a deciros que...- unas enormes trompetas interrumpieron a Alfonso, quien salió rápidamente de la tienda.

-¿Qué?! ¡dímelo!-Martín gritaba mientras Alfonso se iba.

Cuando Alfonso salió de la tienda observó que los hombres se movían, todos iban saliendo del campamento. Primero los hombres armados con lanzas y escudos que llevaban el emblema de todas las casas nobles implicadas en la rebelión, si una persona entrara en el campamento ahora mismo y no supiera lo que sucedía podía pensar que era una guerra de todas las casas nobles contra todas debido a la gran variedad de colores en los uniformes y emblemas en los escudos. Y posteriormente iban los arqueros. todos caminaban hacia el castillo. Alfonso fue tras el pelotón.

Martín oyó un crujido entre las telas de la tienda, miró y vio como entraba luz a través de una abertura que acababan de abrir con un cuchillo.

-¡No me lo puedo creer! ¿tú?-dijo mientras Xyrya se colocaba frente a él-¿me has seguido desde Aguas Pardas? ¿sabías que me ocurriría esto? Ja, ja, ja, -reía y tosía a la vez.

-¿Dónde está?-preguntó seria.

-¿Dónde está el qué?

-Los pergaminos del profesor y la piedra esmeralda.

-¿Has venido desde tan lejos solo por unos pergaminos y una piedra que

brilla? Estás loca.

-¿Dónde está?—Xyrya seguía en su empeño.

Martín vio que la joven portaba en su mano el puñal con el que había rajado la tela de la tienda.— Si me sueltas te diré donde está. Ahora mismo es más importante que llegue al castillo antes que los rebeldes.

-Dime donde está y te soltaré.

-En el castillo, se lo entregué a Mailen, la reina.

-No te creo, dime donde está.

-No te miento.

-¿Tampoco mentías al profesor sobre su hija?

Martín quedó pensativo mirando los ojos verdes de la joven.

-Escúchame, no te he mentado, necesito salir de aquí e ir al castillo, yo mismo te entregaré los pergaminos y la piedra, pero suéltame por favor.

Xyrya se puso detrás del profesor y le puso el puñal en el cuello. Martín sudaba, tenía miedo. De pronto la joven bajó su brazo y cortó las cuerdas que ataban al noble.—Si me mientes te mataré—dijo la joven. Cuando Martín se dio la vuelta Xyrya ya no estaba en la tienda.

Capítulo LXI. Mentiras de toda una Vida

Cuando Mailen llegó a la cabaña de la Lechuza aporreó varias veces en la puerta sin obtener respuesta, tras esperar unos minutos decidió entrar. Cuando lo hizo observó a la anciana tumbada sobre una hamaca cubierta de sangre. Rápidamente se acercó a ella, y mientras le tomaba el pulso esta reaccionó.

-¡No puedes morirte! ¡Necesito mi brebaje!—dijo nerviosa.

-Pensé que no vendrías, o que tal vez no me daría tiempo.

-¿Has hecho lo que te pedí?— preguntó con nerviosismo, a Mailen solo le interesaba la pócima que la haría abortar.

-Un trato es un trato, aun me queda una historia por contaros— dijo la anciana con pocas fuerzas.

-No puedo esperar a oír otra historia, es más no tienes tiempo para otra historia, por favor, dame el brebaje.

-Primero oiréis lo que tengo que contaros, no me hagáis perder más el tiempo, la muerte ya está aquí, viene por mí, el destino debe llevarse a cabo.

Mailen, impaciente, buscó una silla y se sentó junto a la hamaca. La anciana se acomodó un poco sin realizar movimientos bruscos, pues cada vez que se movía la sangre brotaba de la abertura de su estómago.

-Hace diecisiete años...—la anciana comenzó a hablar pausadamente, en cada sílaba se le escapaba un poco de vida, temía que no le diese tiempo llegar al final de la historia— atendí un parto. Me llevaron hacia el norte del reino. El camino era bastante peligroso porque, aunque ya hubiese acabado la guerra civil gracias al pacto de las dos casas más importantes de Betalia, en los

caminos seguía habiendo personas que se dedicaban a la delincuencia, no porque fueran criminales, sino porque al igual que hoy buscaban mantener a sus familias, al igual que hoy robaban lo que podían a los viajeros para poder venderlo o poder comer. La ciudad me deslumbró, acababan de descubrir una mina de oro y numerosas personas llegaban de todas las partes del reino para trabajar en la mina. La población no pasaba hambre, era curioso, todo el reino pasando penurias y esa región vivía del autoabastecimiento, hasta podían permitirse la construcción de graneros para la acumulación de comida. ¿Qué mal repartida está la riqueza en el mundo no crees?>>>

>>> Cuando entré en el palacio, el cual era más lujoso que el propio castillo de la capital, fui hacia la habitación. Allí encontré una preciosa jovencita gritando de dolor. Estaba de parto. Rápidamente caí en las noticias que corrían por el reino, ya sabes que los cotilleos vuelan más rápido que los halcones.>>>

>>> Había llegado a mis oídos que cuando los dominios de los Gálega fueron arrasados por los boleros, varios años antes, esta Casa encontró cobijo bajo los Fadique, en Monte Dorado. Cuando la guerra cesó, los Gálega regresaron a sus dominios para reconstruir la comarca, la cual había quedado destruida. Se fueron todos, excepto la única hija del señor, la cual quedó con los Fadique hasta que terminaran de levantar de nuevo Gálega, pues aquellas ruinas no eran escenario idóneo donde criar a una joven noble. >>>

Mailen comenzó a darse cuenta que estaba contando su historia, estaba nerviosa, esa mujer conocía su secreto, decidió esperar y no interrumpir, sabía que le quedaba poco tiempo y ella necesitaba el brebaje.

>>> Cuando entré en la habitación me encontré con el mismo patrón que el parto que te describí en tu última visita: un parto complicado, un joven noble nervioso, unos presentes poco comunes para un parto... ¿Qué curioso es el

destino verdad? >>>

>>> El parto fue muy complicado, la joven se desmayó cuando la abrí en canal con las tijeras, sí, ya estaba bastante más experimentada que el parto que te describí ayer, había pasado bastantes años, ya manejaba los utensilios con destreza, tanto que la joven no murió en el parto.>>>

>>>Yo sabía que el joven noble que presenciaba la escena, el que estaba muy nervioso, se llamaba Martín, siempre me gustó esto de las dinastías, podría nombrarte a los integrantes de todas las dinastías de Betalia. Y que la joven que acababa de dar a luz era la prometida de Aloys, heredero al trono. Sus padres los comprometieron desde niños como señal de paz y alianza entre ambas casas. Fue el motivo del cese de las armas en la guerra civil. Ambos reinarían en Betalia.>>>

>>> Pero lo que me llamó más la atención fue que la joven que dio a luz aún no conocía a su prometido, entonces ¿Cómo podría estar embarazada? ¿de quién? la respuesta era fácil y estaba junto a mí, presente en aquella habitación, el joven que estaba muy muy nervioso, el joven Martín Fadique. Daos cuenta que esta situación ya la había vivido años antes. ¿Os imagináis si los Llágara se llegan a enterar de tal traición? se hubiese desatado otra guerra civil. La prometida del heredero al trono había tenido un hijo con otro hombre, y antes del matrimonio, Supongo que os imaginareis la vergüenza de los Gálega cuando conocieron la noticia del embarazo, o que os podéis imaginar el dolor de aquella madre al tener que entregar a su hijo.

-¿Eres la partera que me atendió?—preguntó asombrada Mailen.

-Os dije que era muy cotizada, era capaz de hacer parir a una mujer sin dolor.

-Yo pasé dolor.

-También os dije que todas las historias siempre tienen parte de mentira,

simplemente soy una buena alquimista y una buena partera.

La anciana se retorció de dolor, sus labios habían comenzado a amoratarse. Pidió a Mailen que le acercara una manta que estaba en una silla para poder taparse porque tenía frío. A continuación, continuó con la historia.

-Ha diferencia de la otra vez, que me mandaron deshacerme del bebé, me dieron unas órdenes claras, debía dejarlo al hermano gemelo del joven padre, quien se haría cargo del bebé criándolo como si fuera suyo, además, para evitar sospechas, el gemelo de Martín fue enviado al sur, donde nadie le conocería y donde nadie podría sospechar o hacer preguntas incómodas sobre la criatura. ¿Por qué al sur? ¿Qué mejor escondite que las propias tierras del prometido de la joven madre?>>>>

>>>El gemelo estaba en las caballerizas de palacio, esperando mi llegada con la criatura. Yo salí de la habitación, una vez más, con un bebé envuelto en trapos sangrientos al que debía esconder.>>>

>>>Cuando llegué a las caballerizas no fue al hermano de Martín al que me encontré, sino al mismísimo Efrén de Gálega. Estaba vestido de negro, esperándome junto a un carruaje provisto de dos caballos negros. Cuando llegué hacia él extendí mis brazos hacia el noble para entregarle al bebé, pero este lo rechazó. Me dijo que hiciese con él lo que quisiese: que lo tirase a una pocilga para que fuese comida para los cerdos, que lo dejase en el bosque... cualquier cosa menos que ese bebé creciera y se supiera de la existencia de él. El señor se subió en su carruaje y se fue, y allí me quedé sin más compañía que aquel precioso bebé.

Mailen interrumpió la narración, estaba llorando mientras revivía de nuevo su historia vivida—¿tú misma llevaste a Malco hasta Aguas Pardas?

-No. Lo cierto es que...— en ese momento la puerta de la cabaña se abrió

bruscamente haciendo saltar del susto a Mailen.

Alfonso entró corriendo, se acercó a su esposa, apenas se dio cuenta que la reina estaba sentada junto a ella.

-¡Esposa! ¡Esposa! ¿estás bien?—preguntó exaltado.

-Vienes justo a tiempo—dijo la anciana mientras hacía muecas de dolor.

Mailen se tomó unos segundos para secarse el sudor, una profunda tristeza le invadía el cuerpo, pero estaba impaciente, quería saber cómo Malco había llegado a Aguas Pardas si ni ella, ni el hermano de Martín ni su padre lo habían llevado.

-Esposo, ¿puedes continuar tú mientras descanso un poco?

-¿Dónde te has quedado?

-En tu parte favorita—dijo esbozando una pequeña sonrisa.

Alfonso comenzó a hablar ante la mirada atónita de Mailen.

-Esa noche mi esposa regresó a casa con un bebé. Discutí mucho con ella. Le tenía prohibido que se encariñase con los bebés que trae al mundo. Nosotros no hemos podido tener hijos, algo que siempre ha atormentado a mi esposa, por eso temía que cualquier día apareciera con un bebe robado en casa y nos metiera en un problema. Tiene gracia, una mujer que no puede traer hijos se dedica a traer los hijos de otras.>>>

>>> Me contó lo que había vivido en el palacio de Monte Dorado. Sabíamos que no podíamos quedarnos con el bebé, pero sí coincidimos en que esa criatura era bastante importante, y que el destino le había reservado un papel importante en el futuro. No os niego si también pensamos que si en el futuro quisieran recuperarlo podríamos sacar una buena recompensa por él.>>>

>>> Así que decidimos sacarlo de la península. Pensamos que las Islas del Sol, era un buen lugar para esconderlo, mi esposa tiene una sobrina viviendo allí, pensamos que ella, que tampoco tiene hijos, podría criar al bebé como si fuera suyo, y que en un futuro si reclamaban al bebé o era necesario conocer la existencia del mismo, podríamos sacar una buena tajada de ello.

Mailen se puso en pie, pálida como la nieve que cubre los cumbres de las montañas. Comenzó a respirar fuertemente, como si el pecho reventara dentro de aquel corsé del color de un cuervo.

-¿Me estáis diciendo que Malco no es mi hijo?

La anciana respiró dificultosamente, apenas sentía ya su cuerpo. No tenía dolor, pero tampoco sentía latir su corazón ya. Sacando una fuerza sobrehumana contestó a la reina.- No alteza, vos no paristeis un varón, vos disteis a luz una bonita niña con unos preciosos y llamativos ojos de color esmeralda.

Capítulo LXIII. La Muerte de un Inmortal.

Cuando Martín llegó Ferralia la ciudad estaba siendo ya atacada. El ejército de los Hambrientos había tomado por sorpresa a los Inmortales, los cuales eran bastante inferior en número. No dio tiempo a organizar un plan de ataque o estrategia alguna. Sobre la tierra del pueblo yacían Inmortales y soldados de aquel improvisado ejército.

El noble cruzaba las calles saltando los cuerpos, evitaba la lucha de los hombres para que no resultara herido, se dirigía a toda prisa hacia el castillo, lo único que ocupaba su mente era salvar a Mailen y convencer a Malco que se rindiera.

En su huida se cruzó con el señor de los Páramos—¿a dónde creéis que vais?— le dijo.

-¿Vais a matarme? No estoy armado, no sería una lucha justa— dijo mientras abría sus brazos.

-¿Creéis que esta no es una lucha justa? ¿Qué estos hombres no luchan con honor?— en ese momento el noble intentó dar una estocada con su espada a Martín, el cual la esquivó.

Martín agarró una viga de madera del suelo y luchó contra el noble y su espada, pero la hoja de la misma consiguió partir por la mitad la madera.

-¡No tenéis honor!—dijo Martín al noble.

Tras esas palabras el señor de los Páramos tiró su espada al suelo y comenzaron una lucha cuerpo a cuerpo. Tras varios minutos, Martín, que no dejaba de toser, se encontraba exhausto, su condición física debido a su

enfermedad le hacía estar en desventaja.

- Martín Fadique, señor de Monte Dorado, el hombre más rico del reino, comiendo el polvo del suelo—dijo con aires de grandeza el noble.

Martín se abalanzó sobre él, en ese momento observó que un arquero estaba apuntándole, giró su cuerpo, el cual estaba abrazado al del noble, le dio la vuelta al mismo y la flecha acabó en la espalda del señor de los Páramos. Tras ello corrió hacia el castillo con todas sus fuerzas y con lo que le permitían sus pulmones y sus negras piernas.

Capítulo LXIII. Entonces, ¿Quién es?

Mailen se había mareado. Alfonso le había cambiado la silla por una con un respaldo con relleno, más cómoda. La reina no salía de su asombro. No podía creer que aquel joven que estaba ocupando el trono, al que quería con todo su corazón, no fuese su hijo. Pero ¿Quién era Malco entonces? ¿Dónde estaba su hija? se preguntaba una y otra vez. Alfonso continuó con la historia.

-Fui con la niña al sur. Qué caprichoso es el destino, la niña no debía ir bajo ningún concepto hacia Aguas Pardas y yo mismo la llevé, es más, allí paso incluso unos años.>>>

>>> Fui al puerto para coger un barco comercial que se dirigiera hasta las Islas del Sol. En el trayecto nos sorprendió una tormenta y el barco se desvió de su rumbo provocando que nos perdiéramos en alta mar. Por suerte viajábamos en un barco comercial como os he dicho, con lo cual tuvimos provisiones suficientes para no morir de hambre. Casualmente una mujer viajaba con su bebé recién parido, le conté que mi esposa había muerto en el parto y que me dirigía a casa de mi cuñada para que se hiciera cargo del bebé, puesto que yo pasaba largas jornadas pescando en la mar. La mujer fue tan amable que compartió la leche de sus pechos con la pequeña para que no muriera de hambre. Tras varios días perdidos, no recuerdo cuantos, llegamos a una isla. Atracamos el barco y bajamos en busca de alguna aldea que pudiera echarnos una mano en nuestro regreso. Pero lejos de eso, dimos con unas extrañas gentes, vimos cosas inimaginables para el hombre. Un día nos atacaron, yo llevaba al bebé en un cesto de mimbre. Corrimos hacia el barco para poder salvar nuestras vidas. En nuestra huida me crucé con una anciana, pero no una anciana normal, era una de ellos, pero algo me hizo pensar que

estaba en el lugar en el que debía estar, con aquella pequeña. >>>

-El destino esposo, el destino— interrumpió la anciana antes de que Alfonso continuara con su narración.

>>> Dejé la cesta de mimbre allí mismo. Me cercioré que la anciana viera que dejaba al bebé y seguí corriendo hacia el barco. Pensareis que por qué me fie de aquella extraña anciana, ¿verdad? Pues os diré que simplemente porque los ojos de la misma, al igual que los de todos los aquellos extraños habitantes de la isla tenían el mismo color que los de vuestra hija>>>.

-El destino, alteza, el destino—Interrumpió de nuevo la anciana.

>>> Tengo que decir que muchos perecieron en aquella isla producto del ataque de aquellos salvajes.>>>

>>> cuando llegamos de nuevo a Aguas Pardas tras la aventura vivida, no me preguntéis cómo encontramos el camino de regreso, pero lo encontramos, me enteré que el gemelo de Martín Fadique tenía un hijo al que le habían llamado Malco. Obviamente, yo, que conocía la historia, supe que siete semanas, que es el tiempo que estuve fuera de Betalia, no había dado tiempo a que el joven noble embarazase a una mujer y tuviese un hijo. Pero en Aguas Pardas no le conocía nadie, nadie le preguntaría.>>>

>>>Con el paso de los años apareciste tú en nuestras vidas, comprando unos frascos a mi esposa con un objetivo concreto. Supimos que era el momento de traer de vuelta a la pequeña de los ojos esmeralda. Así que cogí un nuevo barco y me presenté de nuevo en la isla. Me costó encontrarla, pero cuando lo hice observé que aquella niña ya no era el bebé que dejé ante los ojos verdes de aquella anciana, había crecido, y tenía unas facultades especiales, era capaz de hablar con los animales. No me preguntéis como adquirió tal facultad ni penséis que estoy loco, os digo que vuestra hija puede comunicarse con

cualquier bestia. Cuando la encontré tuve que atraparla dada su resistencia, ella tenía que volver a Betalia y ocupar el lugar que le correspondía cuando Aloys falleciera: el trono.>>>

>>> En mi regreso nos sorprendió una tormenta, el barco naufragó y ella aprovechó para escapar. Deduje con el tiempo que había estado todo el tiempo en Aguas Pardas hasta que volví a verla.>>>

>>> Cuando regresé a mi casa mi esposa estaba bastante enferma, de hecho, lo está. >>>

-No creí que acabara conmigo unas simples tijeras, sino mi enfermedad- volvió a interrumpir la anciana con un hilo de voz.

>>> Sin comida, con mi esposa enferma... de pronto se me ocurrió que la anciana a la que dejé el bebé tendría que ver algo en que vuestra hija obtuviera la facultad que os he mencionado antes, así que si era capaz de enseñar a una joven a hablar con los animales seguro que sabría curar a mi esposa. Mi esposa es una experta alquimista, sus pócimas son excepcionales, ya lo habéis comprobado, pero ni ella misma ha podido curarse. Así que me las ideé para volver a la isla en busca de aquella anciana. Simulé un segundo naufragio y conté las experiencias vividas a mis salvadores, esperando que alguien, tal y como estaba el reino falto de recursos, quisiera emprender un viaje hacia aquella misteriosa isla. Como diría mi esposa, el destino puso en mi camino a Martín Fadique, el hombre más rico del reino, con una poderosa flota pesquera bajo su custodia, con ansias de poder, acababa de vencer al rey en la Batalla Dorada y posee un gran gusto por lo exótico. Fue fácil de convencer.

De pronto comenzaron a oírse gritos que venían desde la calle: ¡Están atacando el castillo! ¡Están atacando el castillo!

Mailen miró hacia la puerta de la cabaña cuando oyó las voces. Volvió a mirar hacia la pareja de ancianos.

-Id, corred—dijo Alfonso.

-¿Dónde está ella? ¿dónde está mi hija?— preguntó Mailen aún con los ojos húmedos.

-En Betalia.

Mailen se levantó de la silla, se dirigió rápidamente hacia la puerta.

-Esperad—dijo la anciana mientras tosía— habéis oído las dos historias, ahora os entregaré lo que os prometí. Acercaos al mueble que tenéis a vuestro lado, está dentro del cajón.

Mailen se acercó al mueble, abrió el cajón y sacó de él un puñal. Miró a la anciana extrañada, pero la mirada de la misma la convenció. Se guardó el puñal y corrió hacia el castillo.

Capítulo LXIV. Los Hambrientos

La situación de Ferralia era infernal. La sangre corría como el agua de un río por las calles de la capital. Muchos huyeron, el caos se adueñó de la ciudad, tanto que ni Inmortales ni el Ejército Hambriento parecían ganar la guerra, el caos era el verdadero triunfador.

Los ferralianos habían sido sorprendidos por el ataque del ejército de los nobles ya que allí no habían alistado a soldados, puesto que sería el escenario de la batalla.

Inmortales comenzaron a llegar de las poblaciones colindantes a la capital, pero no eran suficientes, y aunque eran expertos en la guerra, eran muy inferior en número.

Los Hambrientos lucharon con gran ferocidad, es como si la sangre derramada acabara con el hambre de sus familias. No tuvieron objeción alguna a la hora de quitar la vida a sus víctimas, no tuvieron en cuenta si eran nobles o plebeyos, ancianos o niños, partidarios o contrarios a su lucha, nada, se dedicaron a matar, matar y matar.

Mailen consiguió llegar al castillo sin ser vista por los Hambrientos, evitó las calles principales, donde se disputaban las luchas. Cuando llegó al castillo corrió hacia las escaleras que dan acceso a la planta superior, corrió con todas sus fuerzas, estaba muy nerviosa, había presenciado un auténtico purgatorio mientras atravesaba la ciudad. Cuando llegó al último escalón oyó una voz.

-¡MAILEN!

Miró hacia abajo, era Martín, venía herido.-¡Martín!-dijo mientras bajaba las escaleras de nuevo hasta que se reencontró en mitad de estas.

-Los soldados están a punto de entrar al castillo, ¡vamos, tenemos que salir de aquí! ¡Vamos por Malco!- dijo mientras comenzaba a subir escaleras

rápidamente.

-¡Martín espera!—dijo la reina deteniendo el paso del noble.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Martín bajó los escalones que le separaban de Mailen, le agarró del brazo— ¡vamos, no hay tiempo! ¡Hay que sacar a Malco del castillo!

-¡Malco no es vuestro hijo!—gritó la reina.

-¿Qué?—dijo Martín extrañado—¡vamos Mailen ahora no tenemos tiempo!

En ese momento la puerta del castillo se abrió, comenzaron a entrar Hambrientos por doquier, no paraban de entrar. Gritaban el nombre del rey, lo maldecían. Martín miró a Mailen, una mirada profunda, como la miraba antaño, la misma mirada que la reina recibió del joven la noche en que fue madre, una mirada de amor, de despedida, de un “te quiero”, de un “nos volveremos a ver”.

-¡Correeeeeeee!—gritó Martín a la reina mientras este corría hacia los primeros hombres que habían entrado, los cuales ya subían por los primeros escalones de la escalera.

-¡No! ¡Martín, Noooo!

Cuando Mailen vio acercarse Martín a los hambrientos prefirió no mirar y correr, correr lo más rápido posible.

Terminó de subir las escaleras, atravesó corriendo el pasillo y fue directa al Salón del Trono. La puerta del salón estaba custodiada por siete guardias. Malco ya sabía del ataque, le dio tiempo a proteger la puerta de donde se encontraba escondido. Cuando la reina se acercó corriendo los guardias apuntaron con sus lanzas a Mailen.

-Aquí no puedes entrar—dijo uno de los guardias.

-¡Soy la reina!— dijo nerviosa mientras miraba hacia detrás temerosa de que apareciera algún Hambriento. Se oían voces cerca, habían conseguido subir las escaleras y se estaban repartiendo por todas las estancias del castillo. <<

¡Muerte al rey!>> era la frase que más se multiplicaba dentro de los muros de la residencia real.

-Por eso mismo no puedes entrar—respondió el guardia.

Malco había prohibido la entrada de la reina en el Salón, pensó que si tal vez agarraban a la reina los Hambrientos pedirían negociar con el rey la devolución de Mailen. No lo hizo por negociar, lo hacía por matar dos pájaros de un tiro, él acababa con Mailen y salvaba su vida.

Mailen corrió hacia su habitación, al doblar una de las esquinas del pasillo vio como por otro corrían los asesinos que venían por ella y por el rey. Entró en su recámara, la cerró y se escondió debajo de la cama.

Un grupo de Hambrientos llegó al pasillo que daba acceso al Salón del Trono, comenzaron a luchar con los guardias que custodiaban la puerta. Fueron sorprendidos por otro grupo de guardias por detrás. Se desató una lucha, a vida o muerte, finalizando esta con la totalidad de Hambrientos muertos y un solo guardia en pie, el cual siguió custodiando la puerta.

Milen oyó un ruido, la puerta de su habitación se abrió. Desde su escondite lloró en silencio, controlaba su exaltada respiración en la medida de lo posible, pero le era casi imposible. Vio como la puerta se abrió y colocó su mano en su cara, tapando su boca y nariz, apretando fuertemente, tan fuerte que le costaba respirar y le provocaba el derrame de lágrimas. Tenía miedo, mucho miedo.

Aparecieron unos pies, los cuales deambularon por la habitación de un lado para otro. Mailen no tenía escapatoria. De pronto notó un pinchazo en su muslo, tocó con su mano la parte detrás de la cintura, y allí estaba, el brebaje que le había dado la Lechuza, el puñal.

Sabía que estaba todo perdido, solo le quedaba luchar por su vida, así que se armó de valor y salió de debajo de la cama colocándose en pie apuntando con el puñal hacia la persona que había entrado en su habitación.

-¡Vete de aquí! ¡Déjame en paz!-dijo gritando y llorando fuertemente a la vez apuntando con el puñal hacia la persona, la cual estaba de espaldas. Xyrya se dio la vuelta rápidamente y se colocó de frente a la reina.

Mailen observó unos ojos grandes, de color esmeralda, eran los ojos más bonitos que habría visto jamás. El tiempo se detuvo. Mailen sintió un enorme pellizco en el corazón.

Ambas se miraron a los ojos durante un tiempo, tal vez un par de minutos, les parecieron una eternidad.

-Tú.... Esos ojos....-susurró Mailen con los ojos aguados mientras recordaba la segunda historia que le había contado aquella anciana en su cabaña.

Siguió el silencio hasta que Xyrya lo interrumpió.

-¿Dónde está los pergaminos y la piedra?-dijo en tono serio.

Mailen la miraba, no oía la voz de la joven, estaba embriagada con el verde de aquellos ojos, con el sentimiento que le estaba floreciendo en su interior.

-Martín dijo que te los entregó.

Mailen volvió en sí y señaló hacia las puertas bajas de su cómoda. Xyrya fue

hacia el mueble, lo abrió y encontró una caja de madera con decoraciones doradas, la abrió y encontró dentro los pergaminos y el colgante. Agarró la caja y se colocó delante de la reina de nuevo, la cual seguía de pie, asombrada, mirándola con ojos serenos, con la boca medio abierta. La joven la miró y se dio la vuelta, ando unos pasos hacia la puerta, y sin darse la vuelta le dijo a la reina que sería mejor que se escondiera, pues el castillo estaba lleno de hombres que la querían muerta. Xyrya salió de la habitación y cerró la puerta.

Mailen seguía en pie, mirando hacia la puerta cerrada. La historia de su vida le pasó por su pensamiento en cuestión de segundos: su infancia, su huida de Gálega, el día que llegó a Monte Dorado, el día que conoció a Martín, su amor por él, el nacimiento de su hija, la muerte de Aloys, la coronación de Malco, la violación del mismo, su actual embarazo... toda su vida en imágenes que viajaban por su mente a la velocidad de la luz. Llorando en silencio y sin quitar la mirada de la puerta colocó la hoja del puñal apuntando hacia su estómago.

Xyrya no conocía el castillo, corrió por los pasillos buscando una salida a la vez que evitaba el cruzarse con algún Hambriento. Saltó por numerosos cuerpos, tanto de implicados en batalla como del propio servicio doméstico del rey. Cuando cruzó una de las esquinas miró al fondo y vio un único guardia, entre cuerpos inertes regados por el suelo, que protegía una puerta, estaba nervioso y herido. La joven se acercó y pudo leer el cartel que había sobre la puerta: Salón del Trono. De pronto una imagen se le vino a la mente: la agonía del profesor destripándose y pronunciando su tesoro más preciado, Helena.

Xyrya miró hacia el otro extremo del pasillo, hacia donde estaba la salida de aquella galería, pero sus ojos se direccionaban sin control hacia aquella puerta. Comenzó a caminar hacia el guardia.

-¡Detente ahí, no sigas avanzando!-le gritó el guardia.

Xyrya hizo caso omiso, y solo se detuvo un par de metros antes de llegar a aquel hombre, el cual le apuntaba con su lanza.

Xyrya sacó la piedra verde de la caja, extendió su brazo portándola y dijo unas palabras en lengua silvestre.

Corazón de la Agonía, cumple el destino.

La piedra comenzó a brillar y vibrar, su luz era tan intensa que le cegaba tanto a ella como al guardia, aquel destello inundó todo el castillo. Cuando la luz se apagó el guardia se había convertido en arena, sí, como aquellos exploradores un día en la lejana isla.

Xyrya abrió la puerta, el rey se encontraba detrás del trono, escondido, asustado. Oía su fuerte respiración.

Cuando Malco vio entrar a la joven se tranquilizó un poco. El noble portaba una espada, cuya hoja era más alta que él si la colocaba verticalmente apoyada en el suelo.

-¿Tú?-dijo vacilando-¿Has venido a matarme tú?-comenzó a reír.

Xyrya se acercó unos pasos y se detuvo a unos metros del monarca.

-La rata de ojos esmeralda... esta vez sí que no tienes salida hija de puta.

La joven comenzó a andar hacia él lentamente a la vez que hablaba— Me han llamado rata, me han llamado puta, me han llamado zorra, me han llamado maldita.... Pero mi nombre es Xyrya.

En ese momento comenzaron a salir una legión de ratas de todas partes: de la chimenea, de debajo de las puertas, de detrás de lo muebles... ratas negras como la noche, negras como el odio, negras como el corazón de un diablo.

-Pero... ¿Qué brujería es esta?— dijo Malco nervioso mientras miraba hacia todos lados.

Xyrya no paraba de mirar al joven noble con ojos serenos. Los gritos de Malco se oyó desde el exterior del castillo.

Continuará...

